



# *Irresistible*

Hollywood BI  
6300 W

MIRIAM MEZA

# IRRESISTIBLE



*Miriam Meza*

*Hay amores que son inevitables.*

*También hay amores que parecen  
imposibles.*

*Que son como el pecado, tentadores...  
Irresistibles.*

# PROLOGO



*15 años antes...*

Una Caroline de 13 años, asustada pero emocionada, evaluó el aspecto de sus zapatos y sus medias, que no habían sobrevivido la travesura a pesar de estar empezando, y suspiró. Mark la había retado, y ella siempre terminaba haciendo tonterías solo para pasar más tiempo con él. Se ocultó en el baño de chicas durante el timbre del segundo periodo, y cuando los pasillos quedaron desiertos se escabulló para encontrarse con él en el gimnasio. De allí salieron con el mayor de los sigilos, como una versión adolescente de Bonnie y Clyde, y al atravesar la puerta principal corrieron tan rápido como los llevaron sus pies hasta llegar a la chocolatería.

Ella estaba cansada y hambrienta. Se había saltado el desayuno porque se le hacía tarde para su examen de cálculo, y ahora que estaba en la calle —y podía comprar lo que quisiera —, se dio cuenta de que había dejado el dinero dentro de su morral. Morral que seguía dentro del salón y que probablemente le entregarían a sus padres cuando les avisaran que se había vuelto a escapar con Mark Laurens. El mismo Mark Laurens que vivía junto a su casa y del que horas antes le habían advertido debía mantenerse lejos.

Cuando llegaron al pequeño establecimiento ambos chicos se sentaron en el borde de la acera para descansar y ella se quedó atontada, mirando los coches pasar a toda velocidad de un lado al otro. Siempre le había llamado la atención el asunto de la velocidad, y en más de una ocasión se encontró discutiendo con su mejor amigo sobre tener una motocicleta cuando fuera mayor. Ella adoraba la sensación de la brisa agitando su cabello. A Mark no parecía hacerle gracia la idea de verla corriendo a toda velocidad por la ciudad, e insistía que lo único que ella conduciría sería un carrito de supermercado.

Caroline estaba perdida en sus pensamientos y Mark aprovechó que estaba distraída

para inclinarse sobre ella y robarle un beso.

—¡Oye! —ella se apartó rápidamente, sintiendo que sus mejillas se calentaban mientras lo miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? —Mark se encogió de hombros y puso cara de inocente—. Estabas distraída y no me pude resistir —sonrió el muchacho. Al ver que ella no dejaba de mirarlo con cara de susto Mark frunció el ceño—. Quita esa cara, tonta, tampoco estuvo tan mal ¿o sí?

Ella pareció dudarle por un momento, pero luego negó con la cabeza.

—Lo sabía —Mark sonrió con suficiencia mientras se ponía de pie—. ¿Crees que a Ashlyn le guste? —Preguntó arqueando una ceja—. Que la bese, quiero decir. Los chicos han estado apostando a que me golpeará apenas lo intente... ¿tú qué dices?

—Creo que ella debería golpearte —señaló Caroline—. Yo misma te golpearía si no estuviese tan cansada —suspiró.

—Tú no me golpearías —aseguró Mark—. Soy tu mejor amigo, y los amigos no se dañan —recitó como si se tratara de una verdad universal—. Ahora espera aquí mientras voy por los chocolates —la instruyó—. Pero la próxima vez serás tú quien pague por ellos.

—Está bien —aceptó ella mientras su mente empezaba a volar de nuevo a cualquier lugar.

Mark entró en la tienda haciendo tintinear la campana que estaba sobre la puerta. El intenso olor a chocolate invadió su olfato haciéndolo suspirar. Finalmente se había atrevido a besar a la niña que le gustaba. Su mejor amiga. Pero no se atrevió a admitir en voz alta lo que llevaba tiempo pensando. En lugar de eso se obligó a fabricar una historia.

Por un momento le pareció que Caroline se puso celosa cuando él mencionó a Ashlyn, pero luego ella actuó como siempre. Como si no le importara. Como si él fuera un chico más.

Caroline no hacía caso a los muchachos en la escuela, sin embargo pasaba todo el tiempo con él. Ella era casi como una hermana, pero mejor, porque con ella no corría peligro de que sus padres se enteraran por accidente de sus planes secretos. Con ella siempre podía contar. Aunque no supiera cuánto tiempo fuera a durar eso. Caroline

estaba empezando a llamar la atención en el colegio, con su melena pelirroja, sus expresivos ojos verdes, su sonrisa pícaro y sus curvas delicadas. Ella era irresistible, como el chocolate que le gustaba comer y que él estaba a punto de comprar.

Sí, en cualquier momento ella le daría una patada y empezaría a salir con otros chicos, y él no tendría con quien compartir sus aventuras.

—Eso apesta —bufó Mark adelantándose sobre el mostrador para señalar los bombones que quería.

—¿Qué es lo que apesta? —preguntó Paolo, el encargado de la chocolatería.

—Enamorarse —suspiró—. Enamorarse apesta.

# CAPÍTULO I



Caroline tomó un sorbo de su té helado y volvió a dejarlo a un lado para seguir tecleando. Estaba teniendo una racha y su editora estaba más que complacida con ella. Era lo único bueno de su enamoramiento crónico con Mark *me-follo-todo-lo-que-se-mueve* Laurens. Cuando empezaba a escribir se perdía en un mundo perfecto en el que su amor era correspondido, y él se dedicaba a complacer sus deseos. El que alguna vez fuera su mejor amigo y cómplice durante la infancia, creció para convertirse en el protagonista de sus fantasías y de sus libros, aunque de esto último él no tuviese ni la más remota idea. Caroline vivía a través de sus personajes cosas que en la vida real estaban muy lejos de suceder.

Con un nuevo sorbo a su bebida, Caroline se obligó a dejar esos pensamientos a un lado y continuar con su tarea. Ella se había prometido no seguir soñando con Mark Laurens como si una relación con él fuera posible. Él había dejado claro a lo largo de los años que prefería llevarse a la cama a cualquier desconocida antes que a ella. Y no es como si Caroline hubiese vivido en celibato tampoco.

*«Ahí vas otra vez, idiota. Vuelve a lo tuyo.»*

La fantasía, eso era lo suyo, no amargarse la vida con la realidad. Crear historias era lo que la mantenía cuerda.

Se suponía que debía tomarse un descanso y dejar reposar los manuscritos que ya había terminado antes de empezar a editar, pero descansar significaba tener tiempo libre. Y tener tiempo libre significaba que su mente empezaría a añorar lo que no podía tener. Entonces, en lugar de descansar, Caroline se dedicaba a escribir.

*El sonido de sus tacones resonaba en el amplio vestíbulo del edificio. La doctora Camille Pierce recorrió el lugar con la vista, sorprendida de no encontrar a nadie. Ni siquiera al portero, que siempre estaba alerta y esperando enterarse de la vida y milagros de los vecinos, estaba en su lugar habitual. Lo único que llenaba aquel*

*vacío era el sonido de sus pasos.*

*«¡Rápido!»*

*Sobresaltada, Cami giró sobre sus talones pero no vio nada. Suspiró aliviada y negó con la cabeza.*

*—Después de esta guardia, voy a dormir 3 días seguidos —se prometió.*

*El cansancio ya estaba pasándole factura. Sentía que la observaban, cosa que era imposible porque el vestíbulo estaba desierto. Sacudió su cabeza tratando de expulsar todos sus pensamientos y echó a andar hacia el ascensor. Las últimas horas en el hospital habían sido una locura, pensó, pero esa no había sido su guardia más larga.*

*«Solo la más acontecida.»*

*Mientras avanzaba, Cami sintió un fuerte escalofrío recorrer su espalda a pesar de ir bien abrigada. Aceleró un poco más el paso hasta cruzar las puertas del aparato y marcó su piso en el tablero. Las puertas empezaban a cerrarse cuando vio cruzar una sombra por el lugar donde había estado parada hacía unos instantes, pero su visión quedó obstruida por los paneles metálicos justo antes de que el ascensor iniciara su viaje.*

*Cami empezó a buscar nerviosamente sus llaves dentro de la cartera. En el momento que sintió el metal contra sus dedos, suspiró aliviada.*

*—Relájate, Camille —se dijo y luego soltó una risita nerviosa.*

*Se dijo que estaba siendo ridícula, y se obligó a relajarse. Cami apretó la llave fuertemente, formando un puño y cerró los ojos los últimos segundos del viaje. Mientras ascendía repasó mentalmente su despensa solo para recordar que estaba vacía. Desde que Sam, su compañera de piso, se trasladó a California no había hecho las compras, y eso pasó una semana atrás.*

*«Eso es una misión para una pizza de queso y pepperoni.»*

*El ascensor se sacudió un poco antes de detenerse completamente. Las puertas del ascensor se abrieron y Camille las atravesó, deteniéndose un momento en el pasillo. Todo parecía estar en orden, como siempre, pero los vellos de su nuca se levantaron en alerta.*

*Apenas dio tres pasos cuando las luces se apagaron.*

*Cami maldijo en silencio y empezó a caminar a ciegas. Sus tacones parecían hacer más ruido que antes, así que se inclinó para quitárselos. Un escalofrío la atravesó. No estaba sola en el pasillo. De eso estaba segura.*

Usualmente desconectaba su teléfono para trabajar, pero debió haberlo olvidado porque en el aparato del infierno empezó a sonar *On the top of the world*, su canción favorita de **Imagine Dragons**. En la pantalla apareció una foto de su amiga Lucy sosteniendo una copia de su última novela y haciendo una mueca de desagrado.

Sonrió antes de atender:

—Usted se ha comunicado con el 0800 Caroline —bromeó la escritora—. Para hablar con nuestros operadores en Inglés, presione el número uno.

—Eres una payasa de lo peor, Caroline. Corta con esa broma de una vez —se quejó su amiga—. Ya no da risa después de las primeras 50 veces.

—Oh, vamos, Luce —Caroline hizo un puchero, aunque su amiga no podía verla—. Siempre soy yo quien te llama, y cuando por fin puedo hacer mi rutina de comedia me cortas la inspiración. Así no se puede... —suspiró—. ¿A qué debo el honor?

—Necesito ayuda —gimió Lucy—. Urgente.

—¿Qué tipo de ayuda? —Se preocupó Caroline, entonces empezó a hablar a toda velocidad—. ¿Estás en problemas? ¿Arrollaste a alguien y necesitas desaparecer el cadáver?

—En problemas estaré si no logro terminar el condenado manuscrito a tiempo —dijo su amiga—. Y todavía no hay cadáver que ocultar, pero mis niveles de inspiración están en números rojos.

—Como mi cuenta bancaria después de aquella convención en Las Vegas. Juro que no quería comprar tantas cosas, pero ellas estaban allí... tan solas... no me pude resistir —trató de calmar a su amiga con una broma—. Tranquila nena, usaremos mi fórmula patentada y en poco tiempo estarás escribiendo tu próximo *Best Seller*. Confía en mí.

—Famosas últimas palabras —respondió Lucy—. *Confía en mí*.

Ambas escritoras conversaron durante un rato y se despidieron con la promesa de reunirse por la tarde para visitar el bar favorito de Caroline, un local bastante

agradable con las mejores vistas de la ciudad. Y no se trata de vistas panorámicas precisamente. Después de todo, ella también debería pensar en algo que no sea rubio ni tenga ojos azules, y de preferencia que no se llame Mark Laurens.

Tomando un sorbo de su abandonado té frío, que ya no estaba tan frío como le gustaba, Caroline retomó su escrito. Repasó el último párrafo para ubicarse en la escena y luego continuó tecleando.

*«No estás sola.»*

*Cami se incorporó rápidamente cuando escuchó aquella voz. El tono grave y seductor en el que se envolvía esa pequeña frase despertó algo dentro de ella, pero no pasó por alto la ferocidad con que fue dicha. Una advertencia, quizás. Camille abrazó sus zapatos con el brazo izquierdo y aguzó el oído para tratar de captar los sonidos a su alrededor. Empezó a sudar frío cuando unos pesados pasos empezaron a acercarse desde donde ella suponía era el acceso de las escaleras.*

*—¡Mierda! —farfulló, y empezó a caminar en línea hacia la puerta de su apartamento.*

*Se dijo que debía ser rápida y evitar llamar la atención. Debía moverse silenciosamente, como cuando era niña y no quería despertar al borracho novio de su madre cuando se dormía en el sofá de la sala. En ese tiempo ella se levantaba para asegurar las puertas para evitar el peligro, pero el monstruo nunca estuvo afuera...*

*«No es el momento de pensar en eso.»*

*Tenía que lograr llegar a su puerta y necesitaba estar concentrada. Recordar a su padrastro no la ayudaría a conseguirlo.*

*A medida que el sonido de las pisadas se acercaba, el pulso de Cami se aceleraba. Podía sentir su corazón bombeando más de prisa, elevando la temperatura de su sangre. Toda la adrenalina contenida en su cuerpo le provocó temblores, y sin poderlo evitar sus manos se sacudieron haciendo tintinear las llaves. Debería seguir caminando para completar la distancia hasta su casa, pero el pánico la había paralizado.*

*«¿Me escucharía?»*

*Una carcajada ronca sonó a unos metros detrás de ella. Todos sus instintos la instaban a ocultarse, pero ¿dónde? Sus habilidades para la medicina no la ayudarían en caso de que la atacaran. No sabía cómo defenderse, pero no estaba dispuesta a volver a ser la víctima.*

*«¡Nunca más!»*

*Con renovada resolución avanzó un paso más, entonces volvió a escuchar esa voz grave y cadenciosa que le parecía reconocer de algún lado.*

*«Estoy contigo, no tengas miedo.»*

*Repentinamente estalló la lucha. El sonido de unos puños estrellándose contra la carne llenó sus oídos. Un quejido, seguido del sonido del aire escapando rápidamente de los pulmones. El crujir de un hueso al romperse. Un jadeo por el esfuerzo. Otro par de golpes y, finalmente, un bulto precipitándose al suelo muy cerca de ella.*

*Camille sintió el deseo urgente de desaparecer... de hacerse invisible. No sabía qué clase de peligro representaba la persona que había quedado en pie, si sería amigo o amenaza. No había sentido más que un par de pisadas, sin embargo los ruidos de lucha eran como los de un ejército contra otro. Decidió que estaba muy cansada que su mente le estaba gastando bromas. En ese momento dudaba de todo, hasta de su cordura. Se sentía débil y mareada, ahora que la adrenalina que había llenado su cuerpo minutos antes estaba empezando a desaparecer. Sus manos temblaban y sentía como si el piso se abriera a sus pies.*

*No lograría llegar a su puerta, pensó, a pesar de estar tan cerca. Quería gritar, pero no quería poner en peligro a nadie más. No había nadie que la ayudara.*

*«No te preocupes. Te tengo.»*

*Allí estaba nuevamente esa voz. Entonces Camille empezó a sentir que su cuerpo pesaba demasiado, y ella no tenía suficientes fuerzas para mantenerse de pie. El mareo se hizo más fuerte y tuvo la certeza de que iba a caer contra el suelo. Ya esperaba el impacto contra el frío piso del pasillo, pero ese golpe nunca llegó.*

*Caroline estaba contenta con lo que había conseguido. Repasó una vez más las escenas, y mientras más leía más se emocionaba. Pero no podía seguir escribiendo si*

quería llegar a tiempo para su cita con Lucy, así que guardó los cambios en su archivo, hizo un respaldo en su *pendrive* y luego cerró la sesión en la computadora. Se dirigió al baño de su habitación y preparó todo para darse un baño de inmersión, y mientras a bañera se llenaba Caroline empezó a revisar en su armario en busca de la ropa adecuada para su misión de esa noche.

\* \* \*

Mark estacionó su motocicleta en un espacio reservado para el personal del hospital, se quitó el casco y se pasó la mano por la cabeza para darle un poco de forma a su cabello. Lo tenía demasiado largo, según su madre, y tenía que cortarlo. Al menos lo suficiente para quitársela de encima un tiempo.

Apenas había regresado de su viaje a Nueva Orleans, y antes de volver a casa hizo una parada en San Diego para visitar a sus padres. Podían pasar semanas, meses o años. Podían decir por teléfono que sólo les importaba saber que estaba bien, pero apenas ponía un pie en aquella casa la lluvia de quejas y críticas no se hacía esperar.

Mark Laurens no era perfecto. Nunca el perfecto estudiante o el perfecto hijo. Su espíritu le impedía actuar para complacer las expectativas de la gente. Mark solo vivía para ser él mismo, pero un simple Mark Laurens nunca ha sido suficiente para nadie. Él nunca sería como su hermano Chris, o como su primo Joseph. Él no sentía pasión por salvar vidas, y tampoco tenía paciencia para confinarse más de ocho horas en una oficina. No, definitivamente él no había nacido para eso.

Él fue a la universidad para estudiar una carrera que hiciera orgulloso a su padre, pero que realmente no lo satisfacía porque, a ver ¿qué iba a hacer con un título en finanzas si odiaba estar encerrado detrás de un escritorio?

A Mark lo que le gustaba era la velocidad, y tomaba su dosis de adrenalina cada vez que podía, corriendo en circuitos locales. Allí no había una madre que lo regañara por dejarse crecer el cabello y la barba más de la cuenta, y tampoco un padre que le preguntara cuándo iba a madurar. Allí solo había adictos a la velocidad igual que él, que evadían sus problemas pisando el acelerador en cada vuelta.

Quizás su vida se había vuelto cada vez más vacía y superficial con el paso de los

últimos años. Mujeres entraban y salían de su cama, pero no sentía ninguna conexión con ellas. Sus relaciones eran simples y casuales, y siempre huía cuando las mujeres empezaban a esperar cosas que él no podía darles. Porque ninguna de ellas era la mujer correcta. Ninguna de ellas era Caroline James.

Dejando atrás los asuntos serios, Mark empezó a caminar hacia la entrada de la sala de emergencia. Atravesó las puertas dobles y fue directo hasta la recepción. Allí estaban un par de enfermeras jóvenes conversando con Lorna Jones, una mujer con una edad cercana a la de su madre, pero con la que podía hablar sin riesgo de que le preguntara cuando iba a hacerse hombre y sentar cabeza. Mark sonrió cuando ella notó que él estaba allí.

—Vaya, pero si es el mismísimo Mark Laurens quien nos visita —se burló la mujer—, y esta vez sobre sus propios pies en lugar de usar una de nuestras camillas.

—No es que me queje del servicio, preciosa —respondió él guiñándole un ojo—, pero tengo que variar mi rutina de entrada a este lugar antes de que se aburran de mí.

El comentario hizo reír a la enfermera, quien rodeó el mesón de recepción para acercarse y abrazarlo.

—Ay muchachito, tú no cambias ni que vuelvas a nacer.

—Quizás es que no he encontrado a la que me haga cambiar —comentó él, echando una mirada furtiva al pequeño público que se había empezado a reunir, formado mayormente por enfermeras.

—Sí, claro. Eso ve y díselo a alguien que no te conozca —lo reprendió Lorna—. Ahora cuéntame, ¿a qué debo el honor de esta visita?

—Vine a ver a mi hermano —respondió Mark—. Le envié un mensaje para avisarle que ya estaba en la ciudad, pero no me respondió. Así que aproveché que estaba por aquí para venir a molestarlo un rato.

—El doctor Laurens debe estar terminando con sus pacientes.

—Mira, cuanta formalidad —se burló él—. Doctor Laurens...

—Pues claro. Mientras esté de guardia siempre será el doctor Laurens —la enfermera se encogió de hombros—, y tú serás mi accidentado favorito. Dame un minuto, ya le aviso que estás aquí

—No hace falta, preciosa. Me anunciaré yo mismo —anunció.

—Bien —asintió ella—. De todas formas ya sabes dónde están todos los consultorios, todas las salas de curas..., eres como un miembro más del personal, pero sin las responsabilidades.

—Ni el sueldo —añadió Mark.

—¡Payaso! —Lorna le golpeó el brazo en broma.

—Una cosa más, guapa —quiso saber Mark—. ¿Cuándo es su próxima guardia?

La enfermera pareció pensarlo por unos minutos, pero caminó hasta el mesón para revisar una carpeta y asegurarse antes de responder.

—Ésta debería ser su última guardia, porque ya sus vacaciones fueron aprobadas —respondió finalmente—. No hay nada con su nombre en el cronograma por las próximas cuatro semanas.

—¡Excelente! —Celebró el menor de los Laurens—, eso quiere decir que puedo iniciar mi entrenamiento pre-vacacional con Chris desde esta noche.

—¿Entrenamiento pre-vacacional? —Quiso saber Lorna—. A ver, muchacho loco, ¿de qué va ese entrenamiento?

—Es un secreto—respondió él en voz baja y luego miró a todos lados, como asegurándose de que nadie lo escuchara—. Si te digo tendría que matarte, y este hospital no sería lo mismo sin ti —siguió diciendo en el mismo tono conspiratorio.

## CAPÍTULO II



Mark tocó la puerta del consultorio de su hermano, pero no esperó a que le avisaran que podía entrar. En lugar de eso hizo girar la perilla para abrir y asomar la cabeza, con su infaltable sonrisa en el rostro.

—Me acaban de contar que abolieron la esclavitud, así que vine a asegurarme que recibieras el memo —saludó.

—A mí me acaban de avisar que se les escapó un niño a los del área pediátrica, los llamaré para avisar que ya lo encontré —respondió Chris.

Mark entró como si estuviese en la sala de su casa, tomó asiento y subió los pies sobre el escritorio para ponerse cómodo.

—Tus chistes están mejorando, pero todavía te faltan algunas rondas con mi amigo José o con Jack para que salgan con más fluidez.

—¿Por qué tengo la impresión de que hablas sobre botellas de licor en lugar de personas reales?

—Eso es porque eres el más inteligente de los dos —señaló Mark—. No podía quedarme con la belleza y el cerebro, no sería justo para la humanidad.

—No tienes remedio, hermanito —sonrió Chris, negando con la cabeza—. Cuéntame, ¿cómo te fue en Nueva Orleans?

—Me fue bien... —empezó a contar su hermano con bastante menos entusiasmo—. Joseph estaba atravesando una de esas crisis existenciales que a ustedes, los tipos maduros y responsables, suelen atacarles. Mientras estuve allá amenazó con mandar todo al demonio e irse a recorrer el mundo... —suspiró—. Yo preferí acortar mi viaje y huir antes de que cumpliera su amenaza y al tío Robert le diera por dejarme como encargado del hotel.

—¿Y eso sería un problema por...?

—Porque, a diferencia de ti, odio la esclavitud. Soy un firme creyente de que el ser humano nació para ser libre —Mark se encogió de hombros—. Ahora, hablando en

serio, no me veo tan lejos de casa haciendo algo que no me hace feliz. Tú tienes tu carrera, tus pacientes, tus amigos... yo solo tengo mis motos, un fin de semana loco al mes...

—O cuatro veces al mes —lo interrumpió Chris.

—Como sea. Estudié finanzas porque eso era lo que se esperaba de mí. Fui interno con mi tío porque es un negocio familiar y mi madre no podía siquiera considerar la idea de que fuera a trabajar con alguien más. Pero no me veo a mí mismo vistiendo un traje 24/7 durante todo el año, revisando números y haciendo proyecciones, cuando la vida está ahí afuera... pasando frente a mis ojos.

—Te pones bastante existencialista para explicar tu alergia al trabajo.

—A mí no me molesta trabajar, y lo sabes.

—Jugar al mecánico de vez en cuando con tus amigos y correr motos no es un trabajo real.

—Está claro que nunca vamos a llegar a un acuerdo en ese tema —suspiró Mark—. Hablar contigo es como hablar con papá, y sinceramente ya tuve una dosis de eso antes de llegar aquí. Así que corta un poco con el rollo y vamos a celebrar que tu hermano favorito está en la ciudad.

—Yo sí tengo trabajo que hacer.

—No es cierto —lo corrigió—. Lorna me acaba de decir que esta es tu última guardia, que tus vacaciones están arregladas y que, además, debiste salir hace un rato. Así que mueve tu pesado trasero de esa silla y vamos por algo de comer, y luego vamos por algo de tomar.

—Está bien, vamos —Chris se rindió. Después de todo, su hermano tenía razón. Además, estaba hambriento.

Salieron del consultorio, y del hospital. Al llegar al estacionamiento se separaron para tomar sus respectivos vehículos. Chris en su carro, y Mark en su moto. El más joven de los Laurens hizo señas a su hermano para que lo siguiera, y enfiló hacia su restaurante favorito. Era un poco tarde para tomar un almuerzo, y era un poco temprano para la cena, pero estaba seguro de que allí podrían conseguir una buena comida antes de dejarse caer por el bar.

\* \* \*

Después de varios cambios de ropa y de peinado, Caroline finalmente abandonó su casa y se dirigió a su bar favorito para encontrarse con Lucy. Hizo el recorrido en tiempo récord, agradeciendo al universo por el espacio vacío para estacionar justo frente a la entrada.

Salió del vehículo y atravesó la concurrida calle. Saludó al portero, que alabó su *outfit* de la noche, unos pantalones ceñidos de corte bajo y una camiseta amplia que dejaba al descubierto su hombro derecho, y luego se hizo a un lado para esperar a su amiga.

Lucy no se hizo esperar, cosa que la hizo sonreír. Pero la sonrisa murió rápidamente en la cara al ver el aspecto cansado que tenía. Ya no se veía como de costumbre, alegre y llena de energía. Su cabello rubio estaba recogido en una coleta sin chiste, y llevaba puesta la primera muda de ropa que se encontró. Caroline podría apostar lo que quisiera a que su ropa interior ni siquiera era sexy. Era como si la hubiesen expuesto a la criptonita por meses.

No dijo nada, sin embargo su cara habló suficientemente alto al ver cómo estaba.

Ambas escritoras se saludaron intercambiando cumplidos que, en el caso de Caroline eran solo para levantarle el ánimo a su amiga. Luego entraron juntas, sin hacer fila y caminaron directamente a la barra. No habían pasado ni cinco minutos cuando empezó a correr el licor.

La terapia James acababa de empezar.

—¿Tu plan es embriagarme? —preguntó Lucy cuando sirvieron la primera ronda de margaritas.

—Mi plan consiste, básicamente, en embriagarnos... sí... —admitió—, pero también ayudarte a superar este bache. Somos amigas, Luce. No solo para los momentos buenos —declaró—, también para limpiar la mierda. Que es mucha a veces —sonrió—. Más de mi parte que de la tuya, además.

La última parte del discurso de Caroline provocó una carcajada de Lucy.

—Tengo mucha suerte de tenerte como amiga —dijo ella entre risas.

—La tienes —concordó Caroline—. Recuerda eso y recomienda los servicios del

0800 Caroline a tus familiares y conocidos —bromeó la escritora con un guiño.

Rieron e intercambiaron bromas mientras bebían. Un trago daba paso a otro, y ya habían perdido la cuenta de los cocteles que llevaban, pero la terapia estaba empezando a hacer lo suyo. Animada por los tragos, Lucy le habló a su amiga sobre su incapacidad para escribir en las últimas semanas. La escritora estaba visiblemente frustrada, y Caroline entendió la razón. Ella estaría igual de frustrada, o peor, si fuera incapaz de sentarse frente al ordenador y llenar las páginas del procesador de texto con historias. El discurso de Lucy incluía una sarta de maldiciones a su ex novio, a quien hacía responsable de su incapacidad de hilar más de tres ideas coherentes para continuar su manuscrito.

—Es una fase —trató de tranquilizarla—. Ya pasará, no te preocupes. En menos de lo que canta un gallo estarás escribiendo millones de palabras por año y Victoria no va a encontrar qué hacer con tantas historias.

—Eso lo dices porque Victoria está feliz contigo y no te presiona un día sí y el otro también con un estúpido *deadline* —dijo Lucy— Y sinceramente, no sé cómo lo logras. Es como si tus novelas se transfirieran de tu cerebro al procesador de texto sin necesidad de sentarte a transcribirlas... de otra manera no entendería que tengas tiempo para pasearte por los centros comerciales a comprar ropa casi diariamente, salgas a cuanto bar se pone de moda en la ciudad, acudas a convenciones por todo el país y cumplas con los plazos —suspiró frustrada.

—No hay ningún truco de magia, *babe* —Caroline se encogió de hombros—. La inspiración llega cuando llega. Puede que esté de compras, o tomando una copa, o haciendo mi rutina en el gimnasio... yo siempre voy preparada para atrapar esas ideas —confesó agitando su celular frente a la cara de su amiga—. La aplicación para hacer notas de voz y texto es una gran herramienta si quiero recordar cosas luego. Transfiero mis fantásticas ideas al ordenador y luego les doy forma. Y sí, es verdad que estás atravesando una fase complicada en tu carrera, pero eso no quiere decir que tu bloqueo vaya a durar para siempre —la reprendió—, así que deja ese pesimismo a un lado y disfruta la noche, que para eso hemos venido.

Lucy asintió ante las palabras de su amiga, aceptando sin palabras que ella tenía razón. Decidida a hacerle caso y a cambiar el tono de la velada, añadiendo una

anécdota más divertida, empezó a contarle la propuesta de su editora, de tomar un crucero por el Caribe para despejarse y conectar con su historia. Debía admitir que después de todo no era una mala idea.

Caroline la escuchaba atenta, sonriendo porque finalmente se veía entusiasmada. Pero a medida que el reporte de Lucy llegaba a temas más jugosos su sonrisa se iba ampliando. Con lujo de detalles la rubia le contó que había conocido a alguien. Su amiga siempre había sido tímida, y no es que ella tomara siempre la iniciativa con los hombres, pero Caroline había aprendido hace mucho tiempo que la vida era muy corta para dejar pasar las oportunidades.

*«Eres una hipócrita, Caroline James.»*

Ella estaba instando a su amiga a seguir adelante, a atreverse, mientras ella se quedaba atascada en la misma línea, del mismo párrafo, del mismo capítulo de esa novela llamada Mark Laurens. Una novela en la que había estado viviendo desde que era una niña, idealizándolo e idolatrándolo mientras él llevaba del brazo a cualquiera menos a ella.

Hubo un tiempo en que pensó que finalmente dejarían atrás el territorio de la amistad, y llevarían su relación por rumbos más interesantes. Pero siempre aparecía una mujer, que era todo lo contrario a ella, colgando de su brazo. Se dijo entonces que confesar sus sentimientos sería estúpido, y correría el riesgo además de perderlo como amigo, y eso era lo único que no estaba dispuesta a sacrificar.

Ella podía aceptar que él no la viera como mujer, que no le interesara de manera romántica, pero de eso a vivir una vida sin Mark Laurens había mucho trecho.

Sin embargo, Caroline reconocía que no podía seguir esperando que él tocara a su puerta y reconociera que había sido un imbécil por nunca darle una oportunidad a ella. Debía seguir adelante, encontrar un compañero que la entendiera y apoyara. Alguien que además de su amante fuera su amigo y su cómplice... y que la alejara de la tentación.

—¿Qué harás? —preguntó Caroline concentrándose una vez más en su amiga, mientras dejaba su copa vacía en el mesón y hacía señas al barman para que la reemplazara—. Tienes que pasar esa patética página de tu vida llamada Shane Carter y disfrutar de tu juventud —que era exactamente lo que ella quería hacer también con

Mark—. Además, quién dice que este Dios de la cafetería no pueda ser tu nuevo muso —sugirió tratando de animar a Lucy.

Lucy gruñó ante el comentario de Caroline. Ella odiaba a Shane. No tenía por qué endulzar la realidad. Siempre le pareció un payaso patético que vivía a expensas de su amiga sin aportarle más que malos ratos. Lucy siempre hacía excusas por él, por sus formas groseras de tratar a las amigas de la escritora. No era capaz de alegrarse con sus logros y se comportaba como un enfermo controlador cuando estaba fuera. Sí, Shane Carter era una verdadera joya y Lucy finalmente se estaba dando cuenta de quién era.

—¿Musos? ¿Siquiera existe esa palabra? —se burló ella—. Y no es un Dios, Carol. Solo es otro tipo que va por allí dando su número a todas las chicas que conoce.

«*Paciencia, Caroline. Mucha paciencia.*»

La pelirroja contó hasta diez en su mente para evitar zarandear a su amiga hasta hacerla expulsar toda esa actitud negativa de una buena vez. Sabía que iba a ser difícil que Lucy dejara atrás a Shane, pero no pensó que fuera TAN DIFÍCIL considerando que el individuo en cuestión era un tarado. Respiró profundo y completó su cuenta hasta veinte. Entonces habló:

—Déjame creer que este galán no es un idiota como tu ex, y que si te dio su número es porque le interesas —le dijo mirándola fijamente a los ojos de esa manera tan particular que tienen las amigas cuando se sujetan al último hilo de sentido común para evitar un homicidio—. Hazme caso, llámalo —sugirió—. Para ser una escritora de romance te has vuelto bastante cínica —se burló—. Además, si las cosas no resultan con este tipo, te vas a ese crucero que dijo Vicky. Unos días de vacaciones te harán bien. Si quieres yo podría acompañarte —añadió.

—Eso sería genial —respondió Lucy—. Un poco de tiempo de chicas antes de volver al trabajo.

«¡Aleluya!»

Finalmente su amiga estaba tomando las cosas de la manera correcta, y ¿cuántas margaritas hicieron falta? Pues, muchas. Debía aprovechar que ya estaba sintonizada en la frecuencia adecuada y ayudarla a soltarse un poco.

—Bien, ¿cuándo nos vamos? —empezó a preguntar, pero luego se encogió de

hombros y dijo—: No importa, ya nos ocuparemos de eso. Pero llamarás a ese bombón y lo invitarás a salir. Ahora.

Vio la indecisión en la mirada de su amiga. Sabía que su amiga estaba pensando en hacerle caso, y ella se permitió sonreír. Casi sacaba el celular. Casi. Luego la vio sacudir la cabeza como si apartara una pesadilla y empezó a echar todo el trabajo de Caroline por tierra.

—Estás loca —negó Lucy—. No puedo hacerlo.

«¿Loca?, loca estabas hace unos meses cuando pensabas que Shane era perfecto.»

Caroline apretó las manos, clavándose las uñas en las palmas, para no soltarle un rechazazo a su amiga. Estaba allí para apoyarla, no para mandarla al hospital con una contusión.

—Sí, quizás estoy un poco loca —aceptó—. Pero esa locura, que mi editora llama imaginación es lo que paga las facturas, así que confía en mí. Llámalo. Puedes hacerlo, ¿o es que acaso tienes miedo? —la retó.

Si hay algo que tenía Lucy es que era una competidora nata, y eso lo sabía Caroline muy bien. Su comentario surtió el efecto deseado, porque en esa ocasión la escritora sí que sacó el celular, además de una servilleta donde se adivinaban algunos trazos que, por más que se esforzó, no pudo ver con claridad.

«¿Será que necesito lentes?»

La rubia presionó la pantalla de su teléfono unas cuantas veces y se llevó el aparato al oído mientras que Caroline recibía un nuevo trago de manos del barman. Ella le guiñó el ojo y le sonrió cuando le entregó su bebida, y luego devolvió su atención hacia su amiga.

—No responde —anunció Lucy—. Debe ser una señal, ¿no?

—Sí, tal vez —consideró Caroline—. Una señal para buscar a alguien más que le pueda aportar algo de emoción a la noche y te llene de pensamientos sucios para la próxima novela —se empezó a reír.

Lucy arqueó una ceja, mirándola como si le hubiese salido otra cabeza, y Caroline pensó que tal vez, solo tal vez, debería comer algo antes de seguir ese ritmo que llevaba con los tragos.

—No me mires así —le pidió a Lucy con seriedad—. Sigo pensando que ese Dios de la cafetería puede ser algo especial.

—Seguro —asintió Lucy dando un último trago a su bebida, ya caliente antes de decir—. Vuelvo en un momento. Debo ir al baño.

—Anda, que yo te tendré uno de estos cuando regreses —respondió agitando ligeramente su bebida.

\* \* \*

Después de una cena relativamente tranquila, en la que evitó ferozmente ponerse personal con su hermano, Mark hizo rugir el motor de su motocicleta guiando a Chris hasta un bar que le habían recomendado. A él le gustaba descubrir lugares nuevos en la ciudad para pasarse un buen rato. Por lo general, ese tipo de excursiones terminaban con una nueva conquista. Con un alivio temporal para la sensación de soledad que lo embargaba al llegar a casa, cuando el ruido de la música o de los motores no estaba allí para consolarlo.

Encontró un lugar para estacionar y entró para esperar a su hermano, quien no tardó demasiado en unírsele. El ambiente era perfecto. Oscuro, decadente, seductor. Inmediatamente Mark se sintió a gusto.

Los hermanos Laurens buscaron una mesa y se sentaron. Chris colocó su bata blanca sobre la mesa, miró a su alrededor intentando encontrar alguna cara conocida, y luego sacó su celular para revisar si tenía algún mensaje. Mark estudiaba los movimientos de su hermano atentamente con curiosidad, pues él no era aficionado a la tecnología precisamente.

—Creo recordar que estás de vacaciones, así que cualquier mensaje relacionado con el hospital puedes ignorarlo —sugirió.

Chris negó con la cabeza.

—¿Ahora estarás en modo policía?

—El policía de la diversión —sonrió Mark—. Ahora deja ese aparato y empieza a disfrutar de tus vacaciones.

Mark recorrió las mesas cercanas con la mirada hasta que ubicó a una camarera. Le

hizo señas para llamar su atención, y en pocos minutos ella se acercó a ellos para tomarles su orden. Mark sonrió apreciativamente al detallarla más de cerca. Tenía la piel muy blanca, su cabello era castaño, largo y ondulado, además de expresivos ojos azules y unas pestañas tan largas y densas que no podían ser reales. Era alta y atlética, con un pecho prominente enmarcado por el vertiginoso escote de un vestido rojo, que mostraba más de lo que cubría, y unas piernas infinitas que se verían muy bien rodeando sus caderas. Chris negó con la cabeza al notar el escrutinio al que la chica estaba siendo sometida por parte de su hermano.

—Hola chicos, mi nombre es Lisa y seré su camarera esta noche —anunció la rubia—. ¿Qué puedo traerles?

—Lisa... me gusta... —anunció Mark, como si el nombre de la camarera fuera objeto de debate—. Yo soy Mark.

Chris rodó los ojos. Estaba seguro de que su hermano desaparecería en pocos minutos tras la rubia, así que más le valía encontrar un entretenimiento o volver a casa.

—Una cerveza —dijo Chris, interrumpiendo el intenso intercambio de miradas entre Mark y Lisa— Por favor.

La camarera asintió y tomó nota de su orden en una pequeña libreta, luego retornó su atención a Mark.

—Que sean dos cervezas —dijo él sonriéndole y guiñándole un ojo antes de que ella se retirara de su mesa para cumplir con su pedido.

—No tienes remedio —se burló Chris de su hermano apenas quedaron solos—. ¿Qué sabes tú si esta chica tiene novio o esposo, y el susodicho está por allí vigilando?

—Eso sería un problema —admitió Mark—. Porque no tengo sexo con mujeres comprometidas ni casadas.

—¡Qué responsable! —Su hermano negó con la cabeza—. Espero que esa regla incluya no tener sexo sin protección. Lo último que necesito es...

—¿Un hermano enfermo? ¿Un sobrino? —A Mark se le agrió el humor—. No te preocupes, papá, soy un hombre adulto y sé cómo encargarme de mis asuntos.

Se hizo un silencio incómodo entre ellos que se vio interrumpido por la camarera, que regresaba con sus bebidas. Deslizó primero la cerveza de Chris, colocando un posavasos y una servilleta al lado de su bebida, luego repitió el procedimiento con

Mark, solo que la servilleta de Mark llevaba unos cuantos números garabateados. No había que ser un genio de la NASA para saber que se trataba de su teléfono. La muchacha se retiró de la mesa dejándolos solos, contoneándose exageradamente pues sabía que la mirada de Mark seguía pegada a su trasero.

— Supongo que así descartamos mi teoría de la mujer comprometida... —suspiró Chris llamando la atención de su hermano.

—Quizás no, pero será divertido averiguarlo —respondió Mark sin voltearse a mirarlo.

Chris quiso relajar un poco la tensión, y empezó a preguntarle cosas sobre su viaje a Nueva Orleans, sobre la familia y sobre sus planes para los próximos días. Él tenía un viaje programado, y quería asegurarse de que su hermano estuviera bien en su ausencia.

La conversación regresó la sensación de normalidad entre ellos, aunque las discusiones entre hermanos no eran extraordinario precisamente. Mark y Chris siempre habían tenido maneras distintas de ver la vida, uno enfocado en su carrera y el otro en encontrar su lugar en el mundo.

Muchas veces Mark sentía que no pertenecía a ningún lugar. Se sentía solo, y esa era su excusa para seguir viviendo en la casa familiar. No tenía nada que ver que Caroline James viviera justo al lado. Él ya se había prometido sacarla definitivamente de su cabeza. Quizás si él no hubiese sido un imbécil con ella cuando estaban creciendo, ni cuando regresó de la universidad, restregándole todas sus conquistas a la cara, Caroline podría haberse fijado en él. Pero él nunca ha clamado ser el más inteligente de la clase, y tontamente pensó que de ese modo llamaría su atención. En cambio lo único que lograba era alejarla más y más. La que antes fuera su mejor amiga, ahora es solo una vecina con la que difícilmente habla y con la que apenas coincide en algún evento social. Como la fiesta de Halloween que celebraron en su casa el año anterior.

*«Esa sí que fue una fiesta para recordar.»*

Ambos se habían pasado con los tragos y accedido a participar en aquel juego, como si fuesen adolescentes otra vez. La posibilidad de volver a besarla golpeaba en su mente con tanta fuerza que temió que todos pudieran escuchar sus pensamientos. Mark trató de mantenerse impasible, pero hubo una persona a la que no pudo ocultarle

lo que sentía. La única persona a la que debía importarle besar esa noche. Pero él nunca hacía lo que debía.

Después de esa fiesta Layla empezó a demandar más tiempo, más atención... más. Pero él no podía darle lo que ella pedía. Decir que la relación terminó en malos términos sería poco acertado. Layla no podía escuchar su nombre siquiera, y él terminó despreciándose a sí mismo porque había sido un idiota. No solo con Layla, también con Caroline. Durante toda su vida la había idealizado como la amiga y la cómplice perfecta. Pero, ¿y si ella resultaba ser como las demás? ¿Y si ella le pedía más de lo que estaba dispuesto a dar? No solo perdería una relación, perdería una amiga, y ese pensamiento lo había perseguido desde entonces.

—Y es muy generoso de tu parte que aceptes donar tus motocicletas para colaborar con el ala pediátrica del hospital, yo nunca pensé que serías así de desinteresado.

—¿Perdón?

—Ah, ya regresaste —se burló de Chris—. Tengo rato hablando como un reproductor descompuesto mientras tú sueñas despierto con vivir rodeado de conejitas *Playboy*.

«*Con conejitas pelirrojas. Una en específico.*»

—No estaba soñando despierto... —se defendió—. Solo estaba... —dudó—, pensando tonterías —dijo finalmente con un suspiro.

No valía la pena entrar en detalles con su hermano. Chris no lo entendería. Al contrario, solo aprovecharía la ocasión para recordarle que estaba metido en aquel asunto por sus propios actos. No había nadie más a quien culpar sino a él mismo.

Cuando vio a la camarera acercarse le hizo señas para una nueva ronda y sacó su teléfono para asegurarse una distracción. Su mente se estaba paseando por territorio peligroso, y cuanto antes alejara sus pensamientos de allí, mejor sería.

### *Espérame en el baño*

Cuatro palabras. Una instrucción que dudaba ella fuera a desobedecer. Claro que podía estar equivocado, pero sinceramente esperaba que ese no fuera el caso.

\* \* \*

Mientras Lucy estaba en el baño, Caroline decidió pedir un vaso con agua y una nueva copa. Sacó su teléfono y abrió el procesador de texto. Tenía una idea rondándole la cabeza y quería dejarla escrita antes de que desapareciera en medio del estupor etílico.

*Decir que las cosas se habían salido de control era un eufemismo. Su misión había sido cuidarla desde las sombras, mantenerla alejada de los problemas. Sin embargo, no pudo evitar involucrarse en los eventos de esa noche.*

*—¿Por qué la trajiste aquí?*

*Lilith no entendería nunca sus razones, pensó, él mismo no las entendía... por eso no se molestó en compartirlas con ella.*

*—No podía dejarla allí —y era verdad.*

*Había vencido a sus atacantes, pero no había un líder entre ellos. Cuando no se reportaran, enviarían a alguien más. Había observado Camille Pierce durante mucho tiempo y estaba seguro de que ella no sabría defenderse.*

*—La habrían matado esta noche de no ser por mí —continuó. La certeza provocaba que algo en él, algo oscuro y peligroso, se agitara. No sabía por qué le habían asignado la tarea de cuidar de aquella mujer, y el precio que pagaría si fallaba era bastante alto. Pero no era la posibilidad de recuperar sus alas lo motivaba a Belial. Era algo más. Algo inexplicable y prohibido. Algo con lo que no debería permitirse soñar.*

*«Pero lo prohibido siempre ha sido mi debilidad.»*

*—¿Y eso por qué debe importarnos? —se quejó su compañera—. Ella debería estar muerta de todas formas —y era cierto.*

*Cuando la misión le fue encomendada, Camille tenía una sentencia de muerte suspendida sobre su cabeza, esperando ser cobrada. Que Lilith tuviera razón al*

*respecto fue un trago difícil de digerir para él. Aceptar sus errores no era algo que se le diera muy bien.*

*«Siempre has preferido mirar los errores ajenos antes que mirar los tuyos.»*

*Esa fue la razón por la que lo expulsaron del paraíso en primer lugar, y providencialmente eso podría llevarlo de regreso a su hogar.*

*Hay algo curioso sobre los tratos entre ángeles y demonios. A los ángeles siempre se les ve como seres puros, incapaces de cometer errores, mientras que a los demonios se les ve como los portadores del vicio y de la corrupción. La gente suele olvidar con frecuencia que los demonios también fueron ángeles. En otro tiempo.*

*Si los eventos que dieron paso a su vida actual se hubiesen desarrollado de una manera distinta, quizás él habría sido encargado de cobrar el alma de Camille. De extinguir sus sueños y sus ilusiones. Su vida hubiese sido un pequeño sacrificio para lograr un bien mayor, o al menos eso se habría dicho para sentirse mejor consigo mismo. Pero él sabía que todo aquello no era más que una mentira. ¿Matar a uno para salvar a miles? ¿Es que acaso todos no merecían ser salvados? Pero apuntar esas preguntas hacia su creador le había costado caro*

*Desde su destierro había tomado como misión personal demostrar que tenía razón. Demostrar que su creador era capaz de cometer injusticias. Que el orgullo, del que había sido acusado, no era un pecado exclusivamente suyo. Pero no era una empresa sencilla.*

*Se había asociado con otros ángeles caídos, con la esperanza de que lo ayudaran a lograr sus objetivos. Pero ellos rápidamente se dejaron corromper por las emociones humanas, sacando a relucir su lado más oscuro. Extinguiendo para siempre la luz de la que solían ser portadores.*

*Su destierro no solo lo había condenado a encontrar un nuevo lugar al que llamar hogar, y vagar en solitario. También lo había separado de su única familia. Por eso no dudó en aceptar la misión que Azrael le propuso.*

*«Si logras mantenerla a salvo, Él verá que mereces regresar.»*

*Esas habían sido las palabras de su hermano, y por mucho tiempo lo consiguió sin exponerse. Pero entonces aquellos ángeles habían ido por ella. Belial pudo reconocer a algunos de ellos. Por un momento consideró que todo aquello de cuidar a Camille Pierce era una retorcida trampa para romper los últimos retazos de humanidad que poseía, para que sucumbiera a la tentación. Pero Azrael nunca lo traicionaría, ¿verdad? Por eso decidió protegerla. Eso era a lo que se había comprometido, después de todo.*

*—Tengo una misión que cumplir, y lo sabes.*

*—Pero esa misión no incluía traerla a tu propio apartamento y hacer el papel de niñera —señaló Lilith—. ¿Cierto?*

*—La misión incluye lo que yo crea conveniente para completarla —gruñó—. Que no se te olvide quién pone las reglas aquí. Y si no estás de acuerdo, te puedes devolver al inmundo agujero del que has salido.*

*Cada vez que Belial hacía gala de su genio algo se retorcía en su interior. Como si su creador necesitara recordarle que tenía razón, que él era un arrogante y un orgulloso, y que nunca sería capaz de hacer algo noble o desinteresado. Eso hizo que se llenara de rabia. Porque tal vez sí había empezado a proteger a Camille para recuperar sus alas, pero ahora su necesidad de mantenerla a salvo significaba algo distinto para él.*

Caroline estaba totalmente metida en la trama cuando sintió que alguien posaba una mano sobre su hombro izquierdo, haciéndola saltar del susto.

—Tranquila, roja —le dijo Chris, utilizando el apodo que solía decirle cuando era una niña—. Solo es tu vecino.

Sonrió girándose en su asiento para darle un abrazo. Los chicos Laurens siempre fueron sus vecinos favoritos. Los demás chicos de su calle solían ser groseros con ella, pero no Chris o Mark. El menor de los Laurens incluso fue su mejor amigo en la escuela. Su cómplice. Pero cuando comprendió que entre ellos nunca habría algo más que una amistad empezó a evitarlos a ambos. Estar cerca dolía demasiado. Estar cerca

era exponerse a las preguntas, y ya tenía suficiente viniendo de su madre.

*«¿Cuándo piensas madurar y formar una familia? Escribiendo guarradas no vas a conseguir que un hombre decente te tome en serio.»*

—Mi vecino favorito —sonrió antes de darle un beso en la mejilla—. Es bueno verte en un sitio que no sea el hospital, o corriendo hacia él —se burló ella.

—Lo mismo digo —respondió Chris.

—¿Qué dices? si yo nunca voy al hospital —Caroline se carcajeó.

—Lo que quiero decir es que siempre nos encontramos entrando o saliendo de casa —aclaró él—. Hace mucho que no aceptas las invitaciones a pasar por casa cuando vienen mis padres. Antes solías ser como una más de la familia. Cuando empecé en la universidad siempre estabas allí, metiéndote en líos con mi hermano. Eras como la hermanita molesta que quería dar en adopción.

—¡Oye! —Caroline le pegó con la palma de la mano en el antebrazo—. Gracias por los buenos deseos.

—Tonta... —Chris sonrió—. Se te extraña en casa.

—Vivo justo al lado —le recordó ella—. Puedes visitarme cuando quieras, tarado.

## CAPÍTULO III



Mark se deslizó entre la pequeña multitud que empezaba a agruparse en medio del bar, en la pista de baile, con dirección al baño. No era estúpido. Era posible que la dulce Lisa lo dejara esperando solo para probar algún punto con sus compañeras, porque estaba seguro de que ya había presumido sobre su conquista, o para hacerse la interesante.

El nunca entendería a las mujeres, sin embargo sabía cuándo les gustaba, y se aprovechaba de eso. Sabía que le gustaba a la camarera. Prácticamente lo había desnudado con la mirada cuando se acercó la primera vez a la mesa, él solo hizo lo suficiente para darle a entender que su interés le satisfacía. Luego ella le dio su teléfono. Obviamente esperaba que lo usara, sino ¿para qué se molestaría? Solo tenía que ir a ese baño y probar su suerte.

Lisa podría jugar a hacerse la difícil, y en otras circunstancias él disfrutaría del juego... de perseguir, de conquistar. Pero los juegos no estaban en el menú. Él solo quería distraer su cerebro con sexo. Podía ser Lisa, o podía ser otra mujer. Estaba seguro que conseguir a alguien dispuesto no sería complicado en un lugar como ese. Los rostros nunca son importantes para él, porque ninguno es el que ha soñado ver contorsionándose de placer por sus atenciones.

*«Este no es el mejor momento para pensar en eso.»*

De hecho, todo aquel show era para no pensar. Punto. Una distracción era lo que necesitaba, y eso era lo que iba a tener.

Cuando llegó a la puerta del baño, Lisa estaba esperándolo con una sonrisa seductora en el rostro. Como si hiciera falta. Como si ambos no supieran para qué habían ido hasta allí.

Mark decidió que la dejaría jugar por un rato, ver qué tan lejos llegaría... la dejaría pensar que ella controlaba todo. Pero no por mucho tiempo, porque su mente inevitablemente empezaría a compararla con cierta pelirroja y aquel encuentro era para

sacarla de su mente, no para fantasear con ella.

Lisa se acercó a Mark con decisión, acortando la distancia que los separaba en pocos pasos. Colocó las palmas de sus manos contra su pecho y se inclinó para susurrarle algo al oído.

—Por un momento pensé que no vendrías, y que me dejarías esperando —confesó.

—¿Sí? —preguntó Mark arqueando una ceja, porque curiosamente él había considerado un escenario similar.

—Si —le aseguró ella haciendo un puchero antes de deslizar la lengua por su cuello—. Eso hubiese sido una pena... —continuó Lisa—, porque realmente tenía muchas ganas de que vinieras.

—Y ya estoy aquí —sonrió Mark—, completamente a tu merced. Ahora dime ¿qué tienes en mente?

Lisa hizo aparecer casi mágicamente un papel del interior de su escote y se alejó de él para pegarlo en la puerta del baño de caballeros. Claramente se leía: DAÑADO, con una caligrafía firme y uniforme. Luego se giró con una sonrisa traviesa en el rostro, para ver qué opinaba Mark de su movimiento. Él asintió complacido con su creatividad, y se acercó para premiarla por la idea.

Mark la acercó tomándola de la cintura y reclamó sus labios como un hombre hambriento.

—Así no nos interrumpirán —atinó a decir Lisa sin aliento entre beso y beso.

—Uhhh... —el fingió considerarlo por un momento—. Pero antes debería probar si de verdad no quiero ser interrumpido —dijo besándola nuevamente, poniendo sus manos sobre sus firmes glúteos para impulsarla hacia arriba.

La tela del vestido se deslizó por las piernas de Lisa, revelando sus muslos cuando le rodeó las caderas con sus piernas. Ella trató de sostenerse como pudo en el calor del momento, clavándole las uñas en los hombros. Mark sonrió contra sus labios.

«¿Le gusta jugar rudo? Excelente...»

Lisa podía sentir la erección de Mark crecer contra la humedad de su ropa interior, en el punto exacto en el que deseaba sentirlo, y empezó a frotarse descaradamente contra él. Podía sentir cada pulgada de su dura, alargada y gruesa polla a través de su ropa y no podía esperar para tenerlo dentro de ella. El pensamiento le provocó un

escalofrío.

Mark enredó los dedos en sus cabellos y avanzó hasta tener la espalda de Lisa firmemente contra la pared. Apartó uno de los tiros del vestido con los dientes, para tener libre acceso a la piel de su cuello y a su clavícula besándola, lamiéndola, mordisqueándola. Enloqueciéndola.

La camarera movía sus caderas buscando alguna clase de alivio, pero Mark no iba a permitir que se divirtiera sola.

Con sus manos firmemente contra las caderas de la chica, Mark evitó que se siguiera moviendo y volvió a reclamar su boca. Ella gruñó frustrada, pero no intentó liberarse. Mark continuó su ataque, penetrándola con su lengua sin piedad, dominándola, poseyéndola. Separándose por un instante para recobrar el aliento y observar el efecto que tenía en ella.

Luego miró a su alrededor, notando por primera vez las cámaras de seguridad que enfocaban el pasillo en el que estaban. Su sonrisa no podía ser más grande. A Lisa le gustaba dar espectáculos.

*«Perfecto. Entonces vamos a ponerla a prueba.»*

Sin romper el contacto, Mark envolvió su muñeca derecha con el cabello de Lisa, tirando con la fuerza suficiente para dirigir su rostro hacia donde lo quería pero no tan fuerte como para hacerle daño

—¿Te vas a meter en problemas por esto? —Preguntó señalando las cámaras.

Al principio ella no parecía entender lo que le decía. Sus ojos vidriosos por la excitación no le permitían enfocarse bien. Cuando comprendió a qué se refería Mark, Lisa se sonrojó pero no respondió. Solo se mordió el labio inferior y bajó la mirada.

*«Después de todo no es tan atrevida como quería hacerme creer. Qué mal.»*

—No estamos haciendo nada malo —le dijo Mark volviendo a lamer su clavícula—. Solo nos estamos divirtiendo —mordisqueó su barbilla y presionó su erección un poco más contra su cuerpo, haciéndola suplicar.

—Por favor... —gimoteó.

—Dime qué es lo que quieres —la tentó Mark mientras abría la puerta del baño.

Lisa intentó mover sus caderas para aumentar el contacto, para recibir la presión que necesitaba, a la vez que se aferraba al cuerpo de Mark para no caerse mientras él

caminaba hacia el interior del baño. Cuando los encerró dentro, él empezó a besarla nuevamente. Besos profundos y desinhibidos que transmitían sus deseos sin lugar a equivocaciones.

—Todavía no me has dicho lo que quieres —insistió contra sus labios mientras la apoyaba contra la pared.

—Esto... —gimió e lla deslizando sus manos desde los hombros de Mark hasta su erección, apretándola ligeramente. Ella sintió como su polla se estremecía con el contacto.

Sonrió complacido por la respuesta. Él no estaba allí por el romance. Mark había ido a ese baño por sexo, y eso sería lo que tomaría.

—Creo que debí ser un poco más claro —sugirió—. Lo que realmente quiero saber es dónde lo quieres primero —dijo dándole una palmada en el muslo, instándola a bajar.

Ella gruñó, pero obedeció la orden. Tomó una de las manos de Mark y la llevó a su entrepierna. Su tacto cálido contrastaba con la humedad de su ropa interior, y eso la hizo gemir con fuerza.

—Aquí lo quiero —respondió sin aliento.

Mark se inclinó sobre ella, aprovechándose de su altura, y deslizó su boca a través del cuello femenino, lamiendo y mordisqueando, mientras que con sus manos empezaba a deshacerse de la ropa de Lisa. No es que fuese mucha, de todas formas.

—Esto será rápido —le advirtió—. Y no será suave.

Lisa gimió sin pudor, sin importarle que pudieran escucharla.

—No lo quiero suave, cariño —ronroneó.

Con destreza, Mark la hizo girar poniéndola de cara a la pared. Encajó su erección entre sus glúteos mientras bajaba la cremallera de su vestido. Luego arrastró los tirantes a los lados usando los dientes, provocando que la prenda cayera finalmente al piso y Lisa quedara en nada más que unas pequeñas *panties* de encaje.

Mark recorrió su cuerpo con la punta de los dedos, desde su pelvis hasta sus pechos. Los que luego cubrió con sus palmas, apretando y masajeando con fuerza. Lisa alcanzó la cinturilla de los pantalones de Mark y a ciegas empezó a deshacerse de la prenda, soltando primero el botón y luego bajando el cierre. Mientras tanto, él hundía

el rostro en su cuello, jugueteaba con sus pechos con una mano y viajaba al sur con la otra.

La penetró con un dedo sin preámbulo, haciéndola estremecer. Empezó a bombear dentro de ella, haciendo círculos, y las caderas de Lisa cobraron vida cabalgando su mano como si fuera una misión de vida o muerte. Mark añadió un segundo dedo, abriéndola un poco más, y suspiros entrecortados empezaron a hacerse escuchar. Él adoraba llevar a las mujeres al borde, y con ella no sería diferente. Casi podía sentir el orgasmo de Lisa acercarse, y escogió ese momento para sacar los dedos de su interior y buscar un preservativo en el bolsillo trasero de su pantalón. Sosteniendo el envoltorio entre sus labios, usó ambas manos en las caderas de la chica y tiró de la tela de sus *panties* hasta romperlas. Luego la hizo girar.

A partir de ese momento las cosas cobraron velocidad. Besándola, Mark tomó una de sus piernas y la llevó a la altura de sus caderas. Ella lo ayudó a romper el envoltorio del preservativo y lo instó a cubrir rápidamente su miembro con él. Mark sonrió complacido por la desesperación con la que Lisa lo reclamaba, pero no le gustaba que le dieran órdenes. Cuando se trataba del sexo, él era el que marcaba el ritmo.

Con una mano le dio una palmada fuerte y sonora a la chica, haciéndola saltar por la sorpresa, y se aprovechó de esos segundos de desconcierto para tomar su erección y guiarla hacia la húmeda vagina de Lisa. Introduciéndose completamente, en un solo movimiento. Lisa gritó, totalmente enloquecida por las sensaciones, incapaz de articular palabras diferentes a “sí”, “más”, o “así”.

Con una mano en la parte baja de la espalda femenina Mark la inclinó suavemente, cambiando un poco el ángulo de la penetración, mientras tomaba los pechos de Lisa en su boca, lamiendo, succionando y mordisqueando primero uno, y luego el otro.

El ritmo de su encuentro se volvía cada vez más rápido y desesperado, sus cuerpos buscaban alivio, y ese fue el momento en el que Mark cerró los ojos e imaginó una escena totalmente distinta a la que vivía. Una escena protagonizada por una pelirroja, en lugar de una morena. Una pelirroja que no se sometía a sus deseos, sino que lo retaba.

Los espasmos de Lisa alrededor de su pene cuando alcanzó el orgasmo, y su

traicionera imaginación, hicieron imposible que retrasara su propia liberación. Gruñendo contra la piel de aquella chica se maldijo por su poco autocontrol y por su incapacidad de sacarse a Caroline James de la mente. Sentía rabia, pero también vergüenza, porque situaciones como aquella eran las que lo alejaban de una posibilidad con ella, sin embargo él seguía dejándose llevar.

Sin ánimos de una conversación post-coital con aquella mujer, se separó de ella y se deshizo del condón en una papelera, y luego empezó a arreglarse. Ella se vistió rápidamente, haciendo su mejor esfuerzo por borrar los rastros visibles de su encuentro.

Antes de salir Lisa le dedicó una sonrisa tímida, invitándolo a decir algo. Y sabía que se estaba comportando como un imbécil al no responder, al tratarla con indiferencia. Pero sería mucho peor si entraba en su juego y decía las palabras que ella quería escuchar, porque él no volvería a contactarla, y aquel encuentro nunca volvería a repetirse.

Al ver que él no decía nada, Lisa salió azotando la puerta y dejándolo solo con sus pensamientos. No tenía que ser un genio para saber que con cada paso que ella daba, se pronunciaba una maldición en su contra. Eso lo tenía muy claro. Era la misma escena, cada vez, solo que en un lugar y con una persona diferentes. Un montón de momentos intrascendentes con mujeres cuyos nombres difícilmente lograba recordar. Esa era su vida. Esa era su elección.

Mark se miró al espejo, imaginando que en algún momento su reflejo empezaría a recriminarle su inmadurez, y luego se concentró en la tarea de pararse frente al urinario. Ese fue el momento en el que se dio cuenta de que no estaba solo en aquel lugar, y que su pequeña indiscreción no sería ningún secreto.

Aunque la rubia que salió del cubículo de aquel baño, y se estrelló contra él, era una total desconocida, él podía notar la desaprobación en su rostro.

*«No es más de la que siento yo mismo, preciosa, así que déjame en paz.»*

—¡Mierda! —dijo la rubia.

Y Mark respondió de la única manera que sabía. Coqueteando.

—Lo han llamado de muchas maneras —sonrió de medio lado tomando su miembro con ambas manos—. Pero te puedo asegurar que nunca le han dicho así.

\* \* \*

Caroline y Chris pidieron una nueva ronda de tragos para ponerse al día sobre la familia y amigos en común. Ella siempre había sido cercana a los Laurens, y les tenía un cariño especial. La madre de Chris y Mark era a quien acudía cuando tenía problemas, porque en lugar de hacerla sentir como una tonta —que era lo que generalmente sucedía con su propia madre—, ella la aconsejaba y la animaba a perseguir sus sueños.

—¿Y tus padres? —preguntó Chris—, desde que se mudaron no he vuelto a saber de ellos.

*«A veces yo desearía no saber nada de ellos.»*

—Están bien —respondió ella—, disfrutando de su jubilación. Ya sabes... recorriendo el mundo sin preocuparse de hijos, de plantas o animales. La última vez que hablé con ellos estaban en Roma.

*«Y ojalá se queden por allá un buen rato.»*

—Siempre recuerdo las veces que tu madre tocaba nuestra puerta, con cara de circunstancias, para preguntar si sabíamos dónde estabas.

—Sí, eso suena como algo que ella haría —suspiró Caroline—. Y generalmente sucedía cuando ella tenía que estar en algún evento social y se le hacía tarde por mi culpa.

—Tal vez solo estaba preocupada por su hija.

—Tal vez —dijo ella sin convicción.

La relación de Caroline con sus padres estaba muy lejos de ser ideal. Para su padre, ella solo era un elemento más en su plan para ascender en los negocios: Una buena casa, una esposa guapa, una familia estable; para su madre, ella solo era motivo de decepción porque nunca tenía calificaciones tan altas como las hijas de sus amigas, ni tenía un título —o marido— tan importante como ellas. Caroline solo era Caroline. La que siempre estaba soñando con cosas que no podía tener: una familia amorosa como los Laurens, una carta de admisión a Hogwarts, poderes mágicos, o un novio como Mark.

«No un novio como Mark. A Mark como novio, que no es igual.»

—Mejor cambiamos de tema —sugirió ella.

—Veo que en todo este tiempo las cosas no han cambiado.

—Ni un poco —sonrió Caroline con pesar—. Así que, háblame de ti. ¿Qué hace el ocupadísimo doctor Chris Laurens en un bar, en un día de semana, y con su bata todavía colgando del brazo?

\* \* \*

Lucy miró al desconocido desde arriba hacia abajo y sintió que se le secaba la boca. Su cabello cobrizo estaba desordenado, quizás debido a la acción reciente, sin embargo eso no le restaba atractivo. A través del espejo ella vio sus ojos azules y su mirada ligeramente divertida, los pómulos altos y su mandíbula cincelada, salpicada de una barba de pocos días. Los labios hinchados del hombre se arquearon completamente, mostrando una dentadura perfecta. Lucy sintió que su cuerpo se derretía.

«Vamos, que no solo es guapo, sino que además está muy bueno.»

—¿Vas a quedarte mirando? —Le preguntó Mark, enfrentando su mirada a través del espejo—. Porque me gustaría terminar esto a solas —dijo, asintiendo hacia su pene.

—Ehmm, sí... digo, no —Lucy se reprendió por el ligero temblor en su voz—. Yo solo... —suspiró—, yo solo me iré. Lo siento —se disculpó y luego se alejó de aquel lugar como si la persiguiera el mismísimo Satanás.

—Este día no hace sino volverse más y más interesante, ¿no? —Mark interrogó a su reflejo entre risas mientras terminaba de orinar—. Lo único que falta es que tú me respondas y me mandes al demonio, y eso solo significará que, oficialmente, estoy loco —suspiró sacudiendo su pene y guardándolo en su ropa interior—. Creo que es momento de dar por terminada la noche y volver a casa. Con mi suerte, podría terminar encontrándome con ella...

Mark cerró la cremallera de su pantalón, se lavó las manos y salió del baño, no sin antes deshacerse del letrero que la camarera había colocado antes, cuando llegaron allí. Dobló la hoja de papel y se la guardó en un bolsillo, y luego salió por la puerta de

atrás para no tener que encontrarse nuevamente con Lisa, o con la rubia. Ya le enviaría un mensaje a su hermano para dejarle saber dónde estaba

\* \* \*

—A decir verdad, acabo de terminar la última guardia antes de mis primeras vacaciones en tres años —respondió Chris antes de poner el vaso con su bebida sobre la barra y dejar caer la cara entre sus manos. Estaba cansado. Lo último que quería hacer era pasar la noche escuchando música ruidosa en un bar, sin embargo allí estaba. Por culpa de su hermano.

«*Hermano al que pienso matar apenas tenga oportunidad.*»

—¡Vacaciones! —Celebró Caroline—. ¡Excelente! Brindémos por las vacaciones —propuso mientras alzaba su trago.

Chris sonrió y asintió, tomándolo su trago y haciendo chocar su trago con el de Caroline.

—¿Tú estabas aquí sola? —preguntó él, dándose cuenta de que en el rato que estuvo con ella no se le había acercado nadie.

—No, estaba aquí con una amiga... —Caroline se levantó y empezó a recorrer el bar con la mirada, como si buscara a alguien—. Espérame aquí, que voy por ella. Ya está tardando demasiado en el baño.

—Excelente, una misión de rescate —se burló él—. Una mujer sale a buscar a otra, en el baño.

—No seas imbécil, Laurens —se quejó Caroline—. Que el papel de idiota, en tu familia, ya está asignado... y la última vez que revisé, no eras tú el que lo tenía.

—Gracias, supongo...

—No es un halago si estoy pensando en revocarle el título a tu hermano para dártelo a ti —dijo ella arqueando una ceja.

—Perdón —se disculpó sonriendo—. Ve por tu amiga. Aquí te espero.

—Bien —asintió Caroline antes de alejarse de él.

Chris volvió a concentrarse en su trago, en la decoración del bar, y en cualquier cosa que lo distrajera del hecho de que su hermano lo había arrastrado hasta allí para

luego abandonarlo e irse a follar con una desconocida.

—¡Lucy, ahí estás! —gritó Caroline, y Chris sonrió porque al parecer *La Roja* había encontrado a su amiga—. Acércate para que pueda presentarte.

—Lo siento Carol, tengo que irme —respondió una voz que Chris creyó reconocer.

«Quizás solo estoy imaginándome cosas.»

Caroline caminó hacia su amiga, y en ese momento Chris se dio cuenta porqué la voz le resultaba conocida. La conversación de Caroline y su amiga quedó ahogada por la música y por la intensidad del momento. Para Chris, en ese instante no había más en ese lugar salvo un par de ojos azules que lo miraban con sorpresa.

—Lucy, déjame presentarte a...

—Chris —completó ella.

Caroline sonrió cuando comprendió lo que sucedía. Por mucho tiempo había intentado hacer de Cupido con su amiga y con su vecino. En su mente eran perfectos el uno para el otro, sin embargo el destino se había encargado de hacer lo suyo.

«Es que cuando tengo razón, el universo lo acepta.»

No pasó mucho tiempo antes de que Chris y Lucy se excusaran para ir a la pista de baile, dejándola sola para que pudiera volver a la idea en la que estuvo trabajando hasta que su vecino la encontró en la barra. Abriendo nuevamente el procesador de texto de su celular, Caroline se dejó llevar por la fantasía, repentinamente inspirada por lo que acababa de suceder.

## CAPÍTULO IV



*Hacía frío. Pero no cualquier clase de frío, pensó Cami. Era la clase de frío que entra por cada poro de tu piel y te hiela la sangre. La clase de frío que le recordaba su pasado. Uno que creyó enterrado y en el que no se permitía pensar. Así era como, usualmente, empezaba aquel sueño.*

*Un sueño contra el que siempre luchaba pero con el que, ahora, se sentía incapaz de pelear.*

*Cada vez que aquellas imágenes aparecían, Cami trataba de expulsarlas, de abrir los ojos y de concentrarse en algo más. Conocía muy bien cada escena, cada detalle. Sabía muy lo que pasaría, cada palabra que se diría..., sin embargo había algo distinto.*

*No se trataba del escenario. El polvoriento paraje, tan alejado de las luces y el ruido de Las vegas, era igual de lúgubre y aterrador. Tampoco había nada distinto en las personas que apuntaban armas contra su madre y la amenazaban para que les dijera dónde estaba ella, dónde la había escondido. No, eso seguía igual. Lo distinto, notó, no estaba en el sueño sino en cómo ella se sentía.*

*Lo que antes le provocaba un miedo paralizante ahora le producía rabia. Sus sentimientos habían mutado en algo tan frío como aquella noche. Tan frío que quemaba. Era una rabia difícil de contener, que amenazaba con romper todo vestigio de control que ella poseía. Una furia que le era ajena y que le asustaba más que aquel sueño, que el sonido de los disparos cuando su madre se negó a entregarla y que el río de sangre que fluía de su cuerpo sin vida.*

*Una cosa más había cambiado. Ya Cami no escuchaba el sonido amortiguado de su llanto, como aquella noche. Ahora escuchaba el grito desesperado de alguien clamando venganza y una risa siniestra que le erizaba la piel.*

*«Al fin te he encontrado, filia mea.»*

—Wow, eso fue intenso —suspiró Caroline haciendo una pausa en su escritura para refrescarse un poco.

Había llegado al bar conduciendo, y a menos que planeara dejar abandonado su auto y volver al día siguiente por él, lo mejor sería cambiar el licor por agua para hidratarse un poco y aclarar su mente.

Buscó con la mirada a su amiga y a su vecino en la pista de baile y frunció el ceño. Era como estar mirando la parodia de una película romántica, que poco a poco se convertía en una historia de terror. La cara de Lucy no era la de alguien que estaba tocando y dejándose tocar con un hombre atractivo, al contrario, era la cara de alguien que estaba a segundos de vomitar como Linda Blair en *El Exorcista*.

—¡Mierda! —dijo llevándose la mano a la boca, para frenar sus propias ganas de vomitar cuando vio que su predicción se cumplía y Chris cargaba el cuerpo de Lucy como si se tratara de una muñeca de trapo.

Caroline se apresuró a reunir sus cosas, buscar las llaves de su carro y correr tras Chris para tratar de ayudar.

—Creo que fue suficiente licor por esta noche —suspiró.

Abriéndose paso a empujones, Caroline alcanzó a su vecino en la entrada.

—Estas son las llaves de mi auto —se las guardó en el bolsillo del pantalón, pero no sin antes desbloquear el seguro automático de las puertas—. Yo iré en el coche de Lucy, y tú me seguirás —le indicó.

Chris no estaba en posición de discutir con su vecina. Apenas conocía a Lucy, y aunque el instinto le gritara llevarla a su casa para cuidar de ella, esa no era la opción más inteligente. Caroline le ofreció una alternativa con la que además podría asegurarse de que ella estaría bien, así que la tomaría.

—Bien —aceptó—. Vamos entonces.

\* \* \*

«Eres un estúpido.»

Su vida se había convertido en una sucesión infinita de malas decisiones y errores, seguidos de más malas decisiones y errores. No podía evitarlo. Esa era la única

explicación para el rumbo que había tomado su noche. Lo que había iniciado como un plan para pasar tiempo con su hermano terminó con otro polvo rápido con una mujer intrascendente, en un lugar cualquiera. Y eso ya no sorprendía a nadie. Al contrario, eso era lo que se esperaba de Mark. Él era el salvaje, la bala perdida, el incorregible. Pero, al parecer, su conciencia era más grande que su sentido común porque, de lo contrario, no estaría recorriendo la ciudad en su moto como si lo persiguieran mil demonios mientras se recriminaba por su falta de autocontrol.

No importaba cuantos kilómetros recorriera, o cuán rápido lo hiciera, porque no podía escapar de la voz en su mente que le gritaba lo imbécil que era. Aun así, aceleró un poco más. Las imágenes de la ciudad pasando como un borrón a su alrededor. Mientras la bruma de alcohol y sexo se disipaba y la verdad se hacía más clara, y más dolorosa. Aunque un futuro con Caroline James fuera posible, él se había encargado de quemar cada puente hacia ella. Y no podía culpar a nadie excepto a sí mismo.

*10 años antes...*

*Ya había perdido la cuenta de las veces que había visto desde su ventana a los padres de Caroline salir de casa para ir a sus trabajos, y pocos minutos después la veía salir a ella. Era una rutina que había estado desarrollándose por años, quizás. Una especie de ritual que terminaba con ellos metidos en cualquier cantidad de problemas. Un ritual que involucraba risas y aventuras, y que probablemente tenía los días contados.*

*Mark no era tonto. Sabía lo que pasaba, a pesar de que su amiga pretendiera que todo estaba bien. No era un secreto para nadie que los James le habían prohibido a su hija mantener su amistad con la bala perdida de los Laurens. Con el rebelde. El indeseable. El que no tenía ningún futuro..., como tampoco era un secreto que ella no les hacía ningún caso.*

*Su amistad, en lugar de debilitarse, se había fortalecido con el tiempo. Así como sus sentimientos por ella. Era confuso, se dijo. Mark se sentía posesivo y territorial cuando estaba alrededor de Caroline. Sentía la necesidad de protegerla, de cuidarla,*

de sorprenderla y hacerla reír. También había notado que esos sentimientos no viajaban en una sola dirección. Y eso lo asustaba.

Lo asustaban las expectativas que otros tuvieran sobre él. Le asustaba no cumplirlas. Mark sentía que constantemente defraudaba a su familia, y lo odiaba. Pero no podía hacer nada para contener su espíritu salvaje y su sed de aventura. Mark ansiaba recorrer el mundo, correr más rápido que nadie..., anhelaba ser libre. Y en unas semanas estaría más cerca de conseguirlo. Irse a la universidad era solo una excusa para experimentar la vida. Para ser algo más que el hermano menor del señor perfecto. Para ser simplemente Mark. Pero sobre todas las cosas le asustaba que Caroline intentara hacer algo para que él se quedara, porque si había alguien a quien Mark no podía negarle nada era a ella. Aunque Caroline no tuviese idea de ese detalle.

Por eso había echado a andar un plan que resolvería su dilema...

Mark vio a Caroline acercarse a la puerta de su casa y tocar. Seguramente su madre le abriría, ya que su padre estaba de viaje, Chris nunca tenía tiempo para nada que no fueran sus libros de medicina. Y él..., él no podía dejar de mirarla.

Cuando desapareció del alcance de sus ojos, se retiró de la ventana. Abrió su armario y sacó la bolsa que su amigo Erick le había dejado. Sacó el sujetador rosa y lo colocó cuidadosamente bajo su cama. Como si lo hubiesen dejado allí de forma descuidada, y luego volvió a su lugar frente al televisor donde pasaban un episodio de la Liga de la Justicia.

Veía las imágenes moverse en la pantalla. Escuchaba las voces intercambiar diálogos. Pero su atención no estaba en la misión que sus superhéroes favoritos estaban por emprender, sino en la pelirroja que estaba subiendo las escaleras hacia su habitación y que en cualquier momento abriría la puerta como si fuera la dueña del lugar.

—Laurens, espero que estés vestido —se burló Caroline mientras abría la puerta, y él no pudo evitar sonreír. Era el mismo viejo chiste desde una vez, cuando tenían nueve años. Ella había entrado sin tocar para encontrarlo en ropa interior, en cuclillas junto a su cama, mientras intentaba encontrar uno de sus zapatos deportivos.

*—Lamento decepcionarte, enana —respondió él—, sé que esperabas encontrarme desnudo para satisfacer esa curiosidad malsana que tienes por mi cuerpo. A veces temo por mi virtud cuando estás cerca —se burló.*

*Caroline recorrió el lugar con la mirada, como cada vez que lo visitaba. Tratando de encontrar una razón para burlarse de él. Sabía que era cuestión de tiempo que sus ojos aterrizaran sobre el sujetador rosa. Que era cuestión de tiempo que...*

*—¿Virtud? —preguntó Caroline con un ligero temblor en la voz, pero se repuso rápidamente—. Si quieres seguir pretendiendo ser un chico inocente, esconde mejor las evidencias de tus fechorías para que tu madre te crea esa historia —dijo ella, con una sonrisa triste que le dijo que su plan había funcionado.*

*Pero ¿por qué, si todo había salido como quería, se sentía como un miserable?*

Mark apartó el recuerdo con la misma violencia con la que aceleró su motocicleta. Seguía siendo el mismo miserable que rompió el corazón de Caroline 10 años antes. Solo que en aquel momento pretendía ser un mujeriego, y ahora no había nada falso sobre su papel.

\* \* \*

Después de canalizar a su madre interior, cambiarle la ropa a Lucy y acostarla en su cama, Caroline tomó prestada la computadora de su amiga y abrió su cuenta de correo electrónico. El último mensaje se lo había enviado ella misma con algunas notas que había estado tomando en su celular para darle forma a su nueva historia.

Abrió el procesador de texto, y dejó su imaginación volar. Siempre que se sentía intranquila recurría a la ficción, y su encuentro con Chris Laurens la hacía sentir así. Bueno, eso no era exactamente lo que la hacía sentir ansiosa. Era Mark. Porque siempre que Chris estaba en un lugar, su hermano no tardaba en aparecer.

Mark Laurens, a pesar de todo, seguía haciendo que su cuerpo se descontrolara y que su imaginación tomara caminos decadentes. Era una pena que su cuerpo y su mente no conocieran la diferencia entre fantasía y realidad, porque eso era algo que no iba a ocurrir en el plano físico. Jamás.

*Cami abrió los ojos, sobresaltada por las emociones que la embargaron en su sueño, y se llevó las manos al pecho. Sentía como si hubiese estado corriendo por horas. Una capa de sudor cubría su cuerpo, su respiración era rápida y superficial, y su corazón estaba acelerado. Cerró los ojos un par de segundos, intentando calmarse. Entonces el sonido de un cristal rompiéndose hizo que sus sentidos se pusieran en alerta.*

*Fue cuando reparó en el lugar donde se encontraba. Las paredes borgoña, totalmente desnudas. Unas pesadas puertas de madera oscura a su izquierda, una biblioteca con tomos de aspecto antiguo a su derecha, y una lámpara que derramaba un ligero fulgor sobre la habitación, dándole un aspecto tenebroso.*

*«¿Dónde estoy?»*

*Las puertas se abrieron, revelando un hombre de aspecto amenazante. Tenía el cuerpo de un guerrero, alto y musculoso; con el cabello largo sujeto en uno de esos moños descuidados que a ella no terminaban de salirle bien, el tono cobrizo añadía un efecto inquietante porque la luz parecía reflejarse en él, como la aureola de un ángel; sus ojos eran tan azules como el mar. Unos ojos que parecían cortar a través de ella. Como si pudieran ver cada uno de sus secretos. Cami sintió un escalofrío. Había algo oscuro sobre ese hombre. Algo peligroso. Y esa sensación de peligro que tenía al estar en su presencia no tenía nada que ver con que estuviera vestido totalmente de negro, ni que sus brazos estuvieran marcados con intrincados tatuajes que contrastaban el dorado bronceado de su piel.*

*Era algo que tenía que ver con su ceño fruncido, con lo frío de su mirada y la severa línea formada por sus carnosos labios. Camille nunca había visto a alguien tan hermoso ni tan siniestro. Era una contradicción. Su belleza la incitaba a acercarse, pero su presencia la intimidaba y la hacía querer correr a ocultarse.*

*Es curioso, se dijo Caroline. Como siempre todo terminaba girando en torno a Mark Laurens. Su aspecto y su personalidad infectando a sus protagonistas, sus sentimientos por él burlándose de ella a través de las páginas que escribía...*

—¿Ya terminó la inspección, doctora Pierce? —preguntó el hombre arqueando una ceja, haciéndola sonrojar.

Camille apartó la mirada, abochornada por la manera en que aquel hombre la hacía sentir. Y él, consciente del efecto que tenía sobre ella, sonrió.

Había algo tremendamente erótico sobre la manera en que Belial se movía en la habitación, como un depredador con un objetivo en la mira. Distrayendo, seduciéndolo mientras se acerca. Cuando Camille se dio cuenta él ya no estaba en la puerta, sino junto a ella.

—Porque me gustaría saber qué calificación me da —la cercanía, su aroma y la gravedad de su voz hicieron que la piel de Cami se erizara—. Espero que fuera una buena, de lo contrario tendré que convencerla de rectificar.

Para ella esa declaración sonó, a partes iguales, como una invitación y como una amenaza. Y a pesar del miedo que sentía, no podía esperar a ver qué podría hacer aquel hombre para persuadirla.

La bruma sensual en la que Camille y aquel extraño estaban envueltos desapareció rápidamente cuando la puerta de la habitación volvió a abrirse, revelando a una mujer menuda con un cabello tan rubio que parecía blanco y unos inusuales ojos color café.

—Jefe, tenemos un problema... —dijo antes de mirar a Cami—. Oh, pero si nuestra invitada ya despertó —dijo la mujer, y a ella le pareció escuchar cierto tono de disgusto.

—Lilith... —el desconocido prácticamente ladró el nombre de la mujer, y fue cuando Cami se dio cuenta de que él la había llamado doctora Pierce, como si la conociera. Ella estaba segura de que nunca había visto a esas personas, y se preguntó qué tanto podían saber de ella. De su pasado.

—¿Qué? —se quejó Lilith—, ¿es que no he sido lo suficientemente hospitalaria para sus gustos, jefe? —la voz de la mujer destilaba sarcasmo—. Me disculpo por eso, entonces. Pero mientras unos juegan a despertar a la bella durmiente, otros tenemos que trabajar. Lo que me lleva de nuevo a los problemas que mencioné antes —señaló con impaciencia—, pero si estás demasiado ocupado para hacerte cargo, puedo tomar las riendas y...

*—Y nada —la interrumpió Belial—. Estás bajo mis órdenes. No olvides eso, Lilith, porque no le va bien ni a los subordinados ni a los traidores.*

*La autoridad en sus palabras era innegable. Él era quien estaba al mando en aquel lugar, no había duda. Si la palabra “jefe” le había dado una pista, la respuesta severa y autoritaria del hombre lo terminaba de confirmar. ¿Pero jefe de qué?*

*Camille se preguntó qué clase de personas eran y porqué la tenían allí. Ella no recordaba haberlos acompañado voluntariamente. Los únicos eventos que recordaba, anteriores a su sueño, eran el haber llegado a su edificio al final de la guardia y que la electricidad falló*

*«Hubo una pelea...»*

*Camille recordó la voz en su cabeza diciéndole que estaba a salvo. Ahora la identificaba como la voz del hombre amenazante que estaba junto a ella. Su mente la llevó al sueño que había tenido, a sus recuerdos, y sintió miedo.*

*«¿Será que el pasado finalmente me alcanzó?»*

## CAPÍTULO V



Mark no era de los que normalmente madrugaban, pero apenas había podido dormir y no le veía sentido a permanecer acostado pensando estupideces. Así que se dio una ducha y se vistió para salir a correr. El ejercicio lo ayudaba a distraerse, a desconectar su cerebro por un rato, y eso era lo que necesitaba con urgencia. Desconectarse de sí mismo.

Con su iPod reproduciendo canciones de **Incubus** empezó su rutina con un trote ligero, incrementando fuerza y velocidad poco a poco. No supo cuánto tiempo pasó antes de que su cuerpo empezara a quejarse del abuso. Hizo breves pausas para tomar agua, pero siguió adelante. Su objetivo no era entrenar sino castigar su cuerpo para no pensar.

Poco a poco, el sendero que había estado casi desierto empezó a poblarse con las corredoras matutinas. Corredoras con cuerpos perfectos, creados con la precisión de un relojero suizo y con más piezas cambiadas que su motocicleta. El pensamiento lo hizo reír.

«¿Y desde cuando somos selectivos?»

Tomando un sorbo de agua, volvió a concentrarse en mantener el paso. Estaba unas cuadras de la chocolatería a la que escapaba con Caroline cuando eran niños. Sus músculos estaban doloridos, pero se obligó a continuar. Como si esperara encontrársela allí por casualidad.

«Que patético eres, Laurens.»

Corrió los metros que le faltaban hasta tener el viejo local en su línea de visión y se detuvo. Era como si una pared invisible le impidiera continuar. Ese lugar estaba lleno de recuerdos relacionados con ella. La última persona en la que debería estar pensando. La persona de la que debería olvidarse de una vez por todas, se recordó.

—Hasta aquí llegamos —dijo intentando controlar su respiración—. Verla no cambiaría nada —suspiró con amargura—. Absolutamente nada.

Entonces dio la vuelta y empezó a trotar el camino a casa.

\* \* \*

*Belial salió de la habitación sin dirigirle siquiera una mirada a Camille. Lilith había llegado justo antes de que hiciera una estupidez, pero no siempre tendría a alguien para salvarlo de sí mismo. Ahora lo escoltaba mientras bajaba las escaleras para encontrarse con sus compañeros en el salón.*

*Asmodeus, Valac y Samael ocupaban el sofá con expresiones difíciles de descifrar, Sariel y Tamiel estaban de pie junto a la ventana hablando en voz baja, pero sus palabras eran bastante claras para él. Todos temían que la misión, con la que no estuvieron de acuerdo en primer lugar, fuera una trampa. Y que Camille, en lugar de ser una llave para su ascensión, fuera la que los condenara a una eternidad en la tierra.*

*Tamiel se apartó de la ventana, sin enmascarar sus emociones, su miedo, y se acercó a Belial.*

*—Belial...*

*—Sé lo que todos piensan... —respondió él para que todos lo escucharan. Estaba cansado de que todos cuestionaran su autoridad—, que es un error, que es una trampa. Pero los he comandado desde nuestra caída, y nunca los he defraudado. Les pido que confíen en mí una vez más...*

*—Confiamos en ti —respondió Samael—. Siempre lo hemos hecho.*

*—En quien no confiamos es en Azrael —dijo Valac sonriendo de medio lado—. Después de lo que pasó, tú tampoco deberías confiar en él —le recordó—. Sin embargo aquí estamos —se puso de pie—, siempre fieles. Somos hermanos, después de todo. Estamos juntos en esto.*

*Sariel, Asmodeus, Samael y Tamiel se pusieron de acuerdo y asintieron mostrando que estaban de acuerdo con las palabras de Valac.*

*—¿Y tú, Lilith? —preguntó Valac entonces—. ¿Estás con nosotros?*

*—Es una misión estúpida —replicó ella—. Es suicida.*

*—¿Tienes algo que perder? —se burló Sariel—. ¿Tus alas, por ejemplo? Ah, no...*

*esas ya las perdiste.*

*—Y eso no pasó por seguirle la cuerda a Belial, precisamente, según recuerdo —añadió Asmodeus.*

*—Ustedes son de lo peor —se defendió ella.*

*—Pero aún no respondes —insistió Valac—. Siempre te hemos defendido, Lilith. Todos caímos por un error excepto tú. Sin embargo, el trato nos incluye a todos. Solo queremos saber si podemos confiar en ti.*

*Belial estaba conmovido por la muestra de lealtad de sus compañeros, a pesar de sus temores. Podía sentir a cada uno como si fueran parte de sí mismo. Sus dudas, la desconfianza hacia Azrael, el miedo a fracasar..., sin embargo estaban dispuestos a seguirlo.*

*—No podrán librarse de mí tan fácilmente —contestó Lilith. Y aunque tener a su equipo completo le complacía, Belial sabía que debía cuidarse de Lilith.*

Eran las 8 de la mañana. Había estado despierta desde mucho antes que el sol asomara, incapaz de soñar algo que no incluyera a Mark Laurens. Su subconsciente parecía querer jugar con ella, restándole horas de sueño.

*«Como si no las necesitara.»*

Guardando los últimos cambios sobre el documento, respaldó la información en su cuenta de correo electrónico, apagó el computador de su amiga y se fue a dar un baño.

*—Quizás el agua fría me ayude a despejarme un poco —se dijo.*

Las últimas horas había estado tan consumida por la historia de Belial y Camille que no había pensado en nada más. Pero no podía estar 24 horas en un mundo de fantasía, por más que lo deseara. Eventualmente tendría que encarar la realidad. Y allí, en el mundo real, no podía borrar los capítulos que no le gustaran o crear finales alternativos para su historia. Tenía que seguir la escena que la vida le había servido.

Se levantó del escritorio, teniendo cuidado de dejar todo exactamente como estaba antes. Luego entró a la habitación de Lucy evitando hacer ruido. Tomó una toalla limpia del armario de su amiga, y tomó las prendas de ropa que había usado la noche anterior.

Entró al baño, dejando sus cosas sobre la tapa del váter. Se desvistió y entró a la ducha, haciéndose un moño antes de abrir la regadera. Cerró los ojos y se paró bajo la

mampara, dejando que el agua abrazara su cuerpo y la relajara.

Se limpió metódicamente, concentrándose en la tarea para evitar que su cerebro se llenara de tonterías. Estaba tan abstraída que no escuchó cuando Lucy entró al baño hasta que tiró de la cortina, haciendo tintinear los ganchos.

Ambas mujeres gritaron, luego Caroline empezó a reírse a carcajadas por la situación tan absurda.

—Por Dios, Lucy —se quejó—. Me vas a matar de un susto.

—Lo siento, lo siento —respondió su amiga—. Te juro que pensé que...

Caroline volvió a reírse. Ella sabía bien lo que su amiga había pensado.

—Olvídalo —le pidió Lucy—. Seguro ayer me puse en ridículo y no querrá volver a verme.

—¿Estás segura de querer tener esta conversación en el baño? —preguntó ella—. No tengo problemas, pero me gustaría recuperar mi ropa y tener un café antes.

Caroline trató de componer el gesto. De parecer seria. Al parecer le funcionó, porque Lucy empezó a disculparse nuevamente antes de hacerle espacio para dejarla salir. Envolviéndose en la toalla que había tomado prestada, salió de la ducha. Tomó su ropa y salió a la habitación para secarse y vestirse.

—Sin ropa interior, será —se dijo, arrugando el rostro antes de buscar algo para guardar la prenda y depositarla en su cartera.

Tomó entonces un cepillo de peinar, sacó su estuche de maquillaje y empezó a arreglarse. Cuando estuvo conforme con su apariencia, salió a la cocina para echar a andar la cafetera y preparar algo para desayunar. Encontró pan, mantequilla y embutidos, así que encendió la tostadora y colocó las primeras 4 rodajas de pan. Luego encendió la cafetera, sirvió agua y café tostado, y dejó que completara su ciclo mientras ella encontraba dos tazas en el armario y las colocaba sobre la barra.

Sacó dos platos y sirvió las rodajas de pan ya tostado, poniendo a tostar 4 nuevas rodajas. El aroma del café empezó a llenar la cocina, y Caroline sonrió. Ese era uno de sus aromas favoritos. Ella estaba de espaldas a Lucy cuando entró, así que su amiga no vio la sonrisa en su rostro. Al contrario, lo que logró ver fue el rictus serio que compuso antes de girarse hacia ella.

—Suéltalo —le pidió Lucy—. Si hice algo verdaderamente vergonzoso y debo

cambiar mi apariencia, además de mi número de teléfono, debo saberlo ahora.

—Deja el drama, Luce —se burló—. Ustedes dos se veían realmente geniales en la pista anoche —dijo con un suspiro—. Juro que jamás había visto una pareja tan perfecta... —dejó la frase en suspenso—, hasta que tú vaciaste tu estómago en sus pies y te desmayaste. Por suerte te atrapó antes de que cayeras en el charco de vómito —arrugó la nariz y fingió estremecerse ante la idea.

Por dentro, Caroline se carcajeaba de la cara de vergüenza de Lucy, pero por fuera su rostro seguía serio.

—¡Oh por dios! —gritó Lucy abochornada, cubriéndose la cara.

—Luego él me ayudo a traerte a casa —siguió relatando Caroline, encogiéndose de hombros—. Por lo que, pues, ya sabe dónde vives. Se quedó preocupado por ti —sonrió entonces.

Lucy dejó caer su frente contra la mesa varias veces haciéndola reír a carcajadas.

—Lo de ustedes anoche fue.... —recordó Caroline emocionada—. ¡Por dios! Querías verlo y lo llamaste, pero tenías el número mal. Entonces él aparece y ¡puf! —suspiró—. ¡Se veían tan geniales juntos! —normalmente no creía en las casualidades, pero lo de Chris y Lucy parecía de película.

—¿Puedes dejar de repetir eso? —Le pidió Lucy—. Seguro él también pensó que era genial... Hasta que vacié mi estómago sobre sus zapatos.

—Bueno, eso no fue tan genial —admitió Caroline—. Pero todo lo demás fue bastante sexy —dijo moviendo las cejas de manera sugerente.

—No creo que vuelva a verlo —respondió su amiga resignada—. No corregí el número y, además, nos iremos de viaje. Y será lo mejor porque no creo que la vergüenza me deje mirarle a la cara —añadió, como tratando de convencerse a sí misma.

Caroline quiso agarrarla por los hombros y zarandearla hasta que entrara en razón. En lugar de eso le sirvió una taza de café y empujó hacia ella el plato donde estaba el pan tostado.

—Ese encuentro era inevitable, querida amiga —le advirtió a su amiga—. Y entre ustedes no se ha dicho aún la última palabra. Ahora apura ese café. Iremos a mi casa para que pueda cambiarme y luego vamos a la agencia de viajes.

—Bien —aceptó Lucy—. Pero sigo pensando que estás equivocada respecto a lo de Chris.

—Si quieres insistir en eso, eres libre de hacerlo —respondió Caroline con cansancio—. Pero pocas veces me equivoco en estas cosas.

—Cuando no se trata de ti —se burló su amiga.

—Exacto —admitió Caroline—. Cuando no se trata de mí.

\* \* \*

Después de su salida a correr, Mark decidió que lo mejor para él sería ponerse a trabajar. Mantenerse ocupado. Así que se dio un baño de agua caliente para relajar sus músculos, se afeitó la barba de pocos días y luego se vistió con unos vaqueros gastados y una camiseta negra. Sacó una chaqueta y una vieja gorra de beisbol de su closet, y luego bajó por algo de comer.

En el comedor se encontró con su hermano, que estaba por sentarse a la mesa. Cuando lo vio, enarcó una ceja. Esperando que él dijera algo, pero su mente no estaba en el lugar correcto.

—Buenos días —lo saludó Chris, que lo examinaba con curiosidad.

Mark simplemente asintió. Se acercó a la cocina para servirse la comida, y luego se unió a su hermano en la mesa. Él no se estaba comportando como de costumbre. Eso estaba claro, de lo contrario su hermano no seguiría mirándolo como si fuera un gorila en el zoo. Tenía que colgarse la máscara que siempre usaba. Pretender que la vida era una fiesta, aunque la suya fuera un total desastre.

Chris estaba a punto de decirle algo, pero justo en ese momento sonó su teléfono alertando la llegada de algún mensaje.

—Anoche desapareciste del bar —comentó Mark, sabiendo que eso no fue exactamente lo que había sucedido. Si alguien desapareció del bar, había sido él—. Cuando me deshice de Lisa ya no estabas.

—Surgió algo —fue la escueta respuesta de Chris, quien aparentemente quería reservarse los detalles porque en lugar de explicarse, se metió un trozo de pan en la boca.

—¿Si? —se burló Mark. Si el desayuno iba a girar en torno a las aventuras de alguien, ¿por qué no hablar de las de Chris, para variar?—. ¿Surgió algo o surgió alguien?

La mirada de advertencia que recibió Mark fue tan fría que podría congelar el infierno, pero esa clase de respuestas ya no le afectaban. Las había recibido desde que tenía memoria. Si su hermano creía que eso iba a intimidarlo, estaba muy equivocado. Tomando un sorbo de jugo, se preparó para seguir fastidiando a su hermano mayor.

—Entonces doctor —le dijo—. ¿Te irás a ese crucero para olvidarte de tus pacientes achacosos y de tu hermano el descarriado?

—No empieces, Mark —respondió Chris—. Deja de comportarte como un adolescente. Ya es hora de que le pongas algo de seriedad a tu vida.

—El polvo con Lisa en el baño del bar fue algo bastante serio —dijo él encogiéndose de hombros—. Hasta tuvimos una espectadora —sonrió.

Chris abrió los ojos como platos y se ahogó con el zumo que estaba tomando. Su rostro se tornó rojo brillante y no dejaba de toser. Mark estaba haciendo un esfuerzo titánico para no soltarle la carcajada en la cara. Chris, por su parte trataba de relajarse y llevar algo de oxígeno a sus pulmones, y cuando logró superar el episodio enfrentó a su hermano.

—¡Debes estar bromeando! —se aclaró la garganta antes de seguir—. Uno de estos días vas a hacer que te arresten —le advirtió.

—Y tú pagarás la fianza, ¿no es así? —Mark apoyó los antebrazos sobre la mesa y miró a su hermano directamente a los ojos, retándolo a desmentirlo.

—Imbécil —dijo Chris rindiéndose a la risa—. Lo digo en serio —se recompuso—. Trata de no meterte en problemas mientras no estoy.

—Ok, lo tengo —asintió Mark, preparándose para listar con los dedos—. No incendiar la casa, no hacer mi propia versión de *Proyecto X*, no meterme en problemas, no respirar... ¿Algo más para agregar a la lista, jefe?

—¿Seguro que no quieres venir? —preguntó su hermano preocupado. Chris parecía leer a su hermano mejor de lo que a Mark le gustaría—. Todavía puedo arreglarlo con la agencia. Sé que tu ruptura con Layla fue muy dura, pero no tienes que quedarte y actuar como un idiota para llamar su atención. Tienes que superarlo.

O quizás no lo leía tan bien, después de todo. Layla nunca fue alguien importante para él. Solo fue una excusa para mantener a Caroline alejada. Cuando regresó de la universidad, tuvo que presentar a la novia de la que siempre le hablaba en sus correos, así que no le quedó más remedio que encontrar una.

—Pensé que eras cirujano, no psicólogo —respondió Mark fastidiado—. De cualquier modo, aunque Layla es un asunto superado en mi vida, creo que tienes razón; necesito unos días lejos de toda esta mierda. Sin mujeres locas corriendo tras de mí para pedir cosas que no puedo dar.

—¿Un anillo de compromiso, por ejemplo? —se burló Chris.

Mark enarcó una ceja ante el tono sarcástico de su hermano. El recordatorio de cómo las cosas se habían ido a la mierda no le venía bien en ese momento. Una cosa era buscarse una novia falsa para presentársela a Caroline, la otra es que la mencionada novia falsa soltara la palabra compromiso delante de ella.

—Tú búrlate, señor "*estoy casado con la medicina*" —hizo las comillas en el aire—, pero cuando aparezca una mujer demandando más tiempo del que tienes, o alguna mierda parecida, no hagas drama.

—En algún momento tienes que sentar cabeza, hermanito.

—Sí, pero ese momento no es ahora —replicó—. Ahora cuéntame de la misteriosa emergencia que te sacó del bar anoche —pidió, ansioso por cambiar de tema.

—Ayer conocí a una chica en la cafetería que está cerca del hospital y le dejé mi teléfono, entonces...

—Te llamó mientras estabas en el bar y saliste corriendo tras ella —Mark empezó a probar suerte.

—No... ella estaba en el bar.

—Entonces, ¿saliste a esconderte? —sonrió—. Si no es así, entonces no entiendo...

—Estaba bailando con ella, entonces se sintió mal y...

—Y salió *Súper Doctor* al rescate —Mark se burló de Chris interrumpiendo cada vez que intentaba terminar su relato. La cara de impaciencia de su hermano era realmente muy divertida.

—¿Puedes, por el amor de Dios, dejar de interrumpirme para decir tonterías? —bufó Chris—. Ella se puso bastante mal, así que ayudé a Caroline a llevarla a casa.

—¿Caroline? —preguntó Mark con incredulidad. No era posible—. ¿Caroline James?, nuestra Caroline ¿quieres decir? ¿Ella estaba en el bar anoche? —Mark sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo.

—Sí, la misma —respondió Chris a su hermano ignorando su extraña inquietud—. Nuestra vecina estaba allí anoche con esta chica, que resultó ser amiga suya.

—Pues mira que es un mundo pequeño —murmuró.

—Sí, tan pequeño como tu sentido común...

—No empieces —lo cortó Mark.

—Tú empezaste, yo solo continúo —sentenció Chris antes de dar un sorbo a su café y levantarse de la mesa—. Ahora en serio, ¿vendrás? Para ir a la agencia y hacer los arreglos.

—Iré —aceptó Mark. Él pensó que estaba listo para volver a la ciudad, pero al parecer eso no era cierto.

—Bien —asintió su hermano—. Entonces pongámonos en marcha.

—Algún día deberás dejar de tratarme como tu hijo.

—Sí —asintió Chris—. El día que dejes de comportarte como un niño tonto que necesita que lo rescaten —dijo antes salir del comedor dejándolo solo.

El viaje hasta a la agencia de viajes fue silencioso. Incómodamente silencioso. Chris sabía que estaba siendo duro con su hermano, pero ya era tiempo de que madurara. Por años lo había visto malgastar su vida. No porque prefiriera vivir de pista en pista sobre una moto en lugar de encontrar un trabajo, sino porque lo veía ir por la vida como si pensara que no merecía nada. Era como si nunca hubiese superado los dramas de la adolescencia. Y él no tenía paciencia para ser el padre de Mark.

Para cuando llegaron a la agencia, Mark había tenido suficiente tiempo para repetirse cien mil veces lo idiota que era. Chris no tenía la culpa de sus problemas, sin embargo para él era más sencillo desviar la atención que enfrentar las cosas.

—¿Estás bien? —le preguntó su hermano al verlo abstraído.

—¿Por qué no habría de estarlo? —respondió con una sonrisa tensa, evitando su mirada.

Los atendía una muchacha guapa y agradable. Mark no había pasado por alto la forma en que lo miraba desde que llegaron, simplemente había estado concentrado en

otra cosa.

*«En tonterías, obviamente.»*

Los avances de la chica no eran sutiles. Lo miraba fijamente, y cuando él le devolvía la mirada ella lo esquivaba y se sonrojaba. Se humedecía los labios con la punta de la lengua mientras lo inspeccionaba de pies a cabeza, deteniéndose el tiempo suficiente para evaluar sus talentos ocultos. Pero era bastante profesional, además, porque no había descuidado su tarea frente al ordenador.

*«Y yo amo a las multitasking.»*

La agente de viajes hizo una última consulta antes de responder a su hermano.

—Bien, señor Laurens, ya lo tengo —anunció la muchacha—. Los cambios en su reservación han sido actualizados —sonrió—. Por suerte había vacantes y no he tenido que cambiar la programación, así que en unos minutos tendré listos sus pases de abordaje y su itinerario. En caso de que deseen programar las actividades adicionales disponibles, podrán hacer los arreglos con nuestro representante a bordo.

—Gracias —respondió Chris devolviéndole la sonrisa.

Grace, Mark se fijó que se llamaba así, regresó su atención al computador. Mientras ella tecleaba, Mark observaba disimuladamente su escote. Chris se volvió hacia su hermano para decirle algo, y cuando se fijó en lo que hacía le dio un golpe con la palma abierta en la parte trasera de la cabeza.

*«Allí va lo de ser discreto.»*

—Crece, Mark —dijo Chris entre dientes.

—Oh, definitivamente creció —respondió Mark divertido mientras señalaba hacia sus pantalones. Chris puso los ojos en blanco pero cuando fue a responderle algo más, su teléfono sonó anunciando una llamada entrante.

El doctor se alejó del escritorio de la agente de viajes para responder la llamada. Debía tratarse de algo serio, pensó Mark, porque se le veía preocupado. Ese tiempo a solas lo aprovechó la agente de viajes para, sin ningún tipo de vergüenza, abrirle otro botón a su camisa para pronunciar el escote.

*«El viaje no empieza y ya quieren que disfrute las vistas.»*

Luego de unos minutos Chris se acercó a su hermano con la misma expresión preocupada que tenía mientras atendía la llamada.

—Lo siento, pero me tengo que ir —se disculpó—. Puedes encontrarme en el hospital si quieres, o nos veremos más tarde en casa. No te metas en líos mientras tanto.

—Creí que estabas de vacaciones —respondió Mark a su hermano, sin disimular cuanto le divertía su incapacidad para negarse a las llamadas del trabajo.

Chris ya empezaba a caminar hacia la puerta cuando se dio la vuelta para contestarle.

—Es una emergencia, y estoy en el área —le dijo como si hablara con un niño pequeño—. La última —suspiró para sí mismo, aunque Mark lo pudo escuchar perfectamente.

—Sí, claro.

*«Como si eso fuera posible.»*

La agente de viajes esperó a que Chris saliera del establecimiento para llamar la atención de Mark, cosa que no era muy difícil. Sonriendo, un poco incómoda por la escena que acababa de ver, decidió que podía aligerar el ambiente. Mark decidió que era momento de divertirse un poco. No es que estuviera particularmente interesado en la agente de viajes, ni nada por el estilo, pero le causaba gracia ese tipo de mujeres que en un momento eran toda inocencia y al otro eran unas panteras al acecho. Grace había estado viajando de un extremo a otro de esa escala en el breve tiempo que había estado allí.

Para probar su punto, él apoyó su cuerpo contra el mostrador y le dedicó su sonrisa más seductora. La chica se sonrojó y trató de recuperar la compostura desviando su atención al computador, pero en el proceso arrojó un par de lápices y su grapadora al piso.

*«Justo lo que pensaba.»*

—En un minuto estará lista su información —se disculpó la chica mientras se inclinaba para recuperar sus cosas, pero Mark siguió sus movimientos y se coló tras el mostrador para atrapar su mano.

—Permíteme ayudarte con esto —dijo mientras levantaba un lápiz y acariciaba la pierna femenina con la punta tapada—. Y dime... Grace —simuló leer el nombre en la placa de identificación que llevaba su uniforme, algo que había hecho mucho rato antes

—. ¿Hace mucho que trabajas en esto?

La chica asintió, pareciendo nerviosa. Era obvio que su presencia le afectaba, que ella tenía interés en él, pero seguía jugando a ser la presa. Quería ser perseguida. Cortejada.

«*Es una manipuladora.*»

Ya había pasado por eso, y no lo repetiría. Mark no era muy fanático de las actrices. Y según él todo ese acto de inocencia, las miradas esquivas, el sonrojo..., todo eso tenía la palabra *teatro* escrita en letras mayúsculas. Sin embargo sonrió, dispuesto a seguirle el juego por un rato.

—Debe ser un trabajo muy... excitante —sugirió acercando su rostro al de ella.

Grace se aclaró un poco la garganta antes de levantarse, rozándose con él sin disimulo, antes de responder.

—En realidad es un trabajo normal, señor —dijo encogiéndose de hombros—. Un horario tranquilo lleno de tareas tranquilas.

—¿Y haces algo para divertirte? —le preguntó él—. O tienen alguna política de no salir con clientes.

—¿Me está pidiendo salir, señor? —a duras penas Grace disimulaba la sonrisa. Y para sorpresa de Mark, se puso roja apenas soltó la frase.

«*Deben dar clases especiales de cómo sonrojarse cuando trabajas bajo presión, o algo.*»

Mark sonrió ampliamente mientras se ponía de pie y le entregaba las cosas que había tirado.

—Es posible —respondió arqueando una ceja—. ¿Aceptarías?

Pero el acto de Mark se vio interrumpido por un par de risas femeninas y el sonido de la puerta al abrir. De todas las personas que imaginó poder encontrarse aquel día, ella era la última que realmente deseaba ver. No porque le molestara, sino porque apenas podía contenerse frente a ella. Pero tenía que interpretar su papel. Ser su amigo.

—¡Caroline! —saludó alegremente. Quizás con más entusiasmo del necesario, porque la sonrisa profesional de Grace se desinfló como un globo.

Entonces Mark se dio cuenta de que Caroline no había llegado solo. O al menos en ese momento fue que reparó en su acompañante.

—¿Tú? —dijeron casi al unísono. Incredulidad y sorpresa teñía sus voces.

¿Ella? ¿Sería posible que la *voyeur* del baño fuera la misma damisela en apuros que su hermano había rescatado la noche anterior?

—¿Ustedes se conocen? —Caroline preguntó sorprendida—. No recuerdo haberlos presentado —dudó—, pero es bastante genial que mis dos mejores amigos se conozcan —sonrió y se encogió de hombros, como si no le importara.

«¿De dónde se conocerán estos dos?»

—Lucy, él es mi vecino Mark —lo presentó formalmente, pero ninguno de los dos decía nada—. En fin —suspiró—, los dejo ponerse al día —dijo antes de enfilar al mostrador. Aunque en realidad solo deseaba una panorámica de la escena y poder escanear el trasero de su vecino desde un mejor ángulo.

Caroline siempre había tenido interés en la anatomía. Bueno, no, eso no era cierto. Ella solo tenía interés en la anatomía de Mark Laurens. Por más que lo intentara, siempre terminaba comparando todo y a todos con él. Ni siquiera Brad, su magnífico vibrador, hacía el trabajo como era debido.

«Quizás porque no es el nombre correcto...»

Cuando Lucy vio a Caroline alejarse se concentró en mantener su cara de póker. Mark luchaba a capa y espada contra una carcajada que amenazaba con escapársele. La *voyeur* era amiga de Caroline, nada más y nada menos.

Lucy arqueó una ceja hacia la máquina sexual que tenía al lado, retándolo a decir la primera palabra. Y él fue incapaz de defraudarla. Por supuesto que aceptó el reto.

—¿Tuviste una buena noche? —le preguntó, sin poder evitar el doble sentido.

—Una fantástica noche, a decir verdad —mintió ella sin poder evitar que su voz temblara.

Mark se carcajeó de la respuesta de Lucy. Si ella era la persona que él pensaba, estaba claro que mentía. Además era pésima actriz, a diferencia de Grace la agente de viajes. A pesar de haber dicho una frase corta, se había puesto en evidencia al lanzarle una mirada suplicante a Caroline mientras retorció sus manos.

—No tienes que mentir —le dijo Mark, que la miraba con un brillo travieso en los ojos—. Seguro que no viste nada mejor que esto el resto de la noche —se señaló a sí mismo manteniendo una sonrisa socarrona en la cara.

Mark estaba disfrutando al molestarla. No podía evitar reír solo de imaginar la cara de su hermano cuando descubra que la espectadora que tuvo en el baño era su chica.

*«Veo más amenazas de muerte en mi futuro.»*

—Pero cuando decidas dejar de ser solo una espectadora, avísame —le guiñó un ojo y se volvió hacia el mostrador donde Grace y Caroline hablaban sobre paquetes vacacionales.

La eficiente agente de viajes ya tenía su información de viaje lista, así que le tendió un sobre con todo lo que necesitaba. Cuando Mark tomó el sobre de sus manos le brindó una sonrisa sexy y le guiñó el ojo.

—Feliz viaje, señor Laurens —le dijo la chica.

—Nos vemos pronto, hermosa Grace —se despidió Mark con un tono extremadamente seductor, luego concentró su atención en su amiga—. Caroline, querida, como siempre un placer... —dijo antes de depositar un beso en la comisura de sus labios. Entonces empezó a caminar hacia la puerta—. Adiós chica curiosa —fue lo que dijo a Lucy a modo de despedida antes de abandonar la oficina completamente.

—Ok, eso estuvo bastante raro —susurró Caroline para sí misma. Necesitaba respuestas, y las necesitaba rápido—. ¿Chica curiosa? —empezó a interrogar a su amiga.

Lucy hizo una mueca con la que pretendía expresar que no era el momento adecuado para tener esa conversación. Tenían público, después de todo. Y sí, escribían libros eróticos, pero no es que fueran comentando sus escenas, reales o ficticias, en lugares públicos para el disfrute de las personas.

—¡Oh, vamos! —Se quejó Caroline—. Suéltalo. Sabes que te mueres por contarme —suplicó. Pero en ese momento tuvo una revelación.

Eso no era tan exacto. Lo que sucedió realmente fue que Caroline recordó lo que su amiga le contó de camino a la agencia. El semental que vio teniendo sexo en el baño. Bueno, lo escuchó, pero a los efectos era exactamente lo mismo.

—No me digas que él es el tipo que... —hizo una pausa, porque si bien era cierto que conocía bien la fama de Mark, ese tipo de recordatorios no le sentaban de la mejor manera.

Lucy asintió, incapaz de hablar, y luego soltó una sonora carcajada.

«*Algunas cosas nunca cambian...*».

## CAPÍTULO VI



Cuando Mark salió de la agencia de viajes no estaba en el mejor estado. Encontrarse con Caroline, pretender que su mundo no se había detenido cuando la miró, había sido muy difícil para él. El deseo de abrazarla, besarla y decir tantas cosas que ya no valían la pena era fuerte. Si él no hubiese sido un cobarde 10 años atrás, quizás las cosas serían diferentes. Si se hubiese atrevido a ser honesto cuando regresó a casa en sus primeras vacaciones, tal vez ella lo habría entendido.

*«Pero en lugar de eso te inventaste una película, y vives en ella desde entonces.»*

Caminó algunos metros, perdido en sus pensamientos, debatiendo qué hacer. Podría tomar un taxi hasta *Melrose Avenue*, rentar una moto y dar algunas vueltas en la pista para liberar tensión. Luego podría ir por algo de comer, comprar lo que le hiciera falta para el viaje, irse a tomar un par de tragos...

*«Sí, ese es un buen plan.»*

Debía mantenerse ocupado y lejos de su casa para no volver a encontrarse con Caroline. Solo tenía que hacerlo por poco tiempo, al fin y al cabo estaría saliendo de vacaciones con su hermano, y luego se reuniría con sus padres en San Diego para Acción de Gracias. No es que estuviese especialmente emocionado con esa reunión porque, aunque los extrañaba, detestaba como siempre aprovechaban las reuniones familiares para recordarle todo lo que no era, y lo que no tenía. Él nunca iba a ser el hijo con la carrera exitosa o la familia feliz, porque la felicidad era algo en lo que no creía. O por lo menos creía que no era para él.

\* \* \*

*Cuando Azrael lo buscó, para encomendarle la misión de proteger a Camille, insinuó que era una tarea que debía realizar solo. Pero después de enfrentar a quienes la buscaban, de conocer la naturaleza del peligro que acechaba a la chica,*

*tenía que admitir que era imposible de lograr. No sin su equipo.*

*«¿Es que acaso eso era lo que Azrael quería, que fallara?»*

*No, su hermano no sería capaz. Él lo había defendido el día que los vigilantes lo entregaron al jefe, había apelado la decisión de expulsarlo. Ambos sabían que alguien había manipulado la situación para que una falta menor se castigara de la manera en que se hizo. Belial no podía regresar para recolectar pruebas, pero Azrael podía permanecer y descubrir la verdad. A él lo expulsaron por orgulloso, pero el que lo puso en evidencia había actuado por envidia, y a los ojos del jefe eso debía ser igual de grave. Ambas emociones humanas eran peligrosas. Ambas eran capaces de aniquilar la luz que portaban.*

*«Eso solo quiere decir que había un oscuro entre los vigilantes.»*

*Eso también quería decir que quizás le hayan puesto una trampa a Azrael para hacerlo caer. Tratar con los desterrados tenía un precio.*

*—Agradezco el voto de confianza que me han dado —empezó a decir Belial—. Unos más dispuestos que otros —le dio una mirada acusadora a Lilith—. Se me ha pedido proteger a la mujer que está en mi habitación, y esta noche ha sido atacada por una patrulla de ángeles —informó.*

*Belial tragó grueso al recordar los pensamientos que rondaban la mente de aquellos seres. Sus intenciones. Sus sentimientos. Todo aquello lo había golpeado con la fuerza de una bola de demolición, debilitándolo. Sin embargo se había obligado a seguir adelante, a pelear hasta acabar con ellos. Dejarse vencer no era una opción para él, porque eso significaba dejar a Camille desprotegida, y fallar en su misión. Y él nunca fallaba.*

*—La traje a casa porque no había un sitio más seguro —continuó diciendo—. Sin embargo debemos investigar quién, y por qué, la busca. Mientras más información tengamos, más control tenemos sobre esta operación —dijo—. Azrael nos ha pedido ayudarlo, pero nos ha enviado a ciegas.*

*—Te envió a ciegas... —lo corrigió Lilith.*

—Tienes razón, me envió a ciegas —admitió—. Pero Azrael es mi hermano, y yo confío en que tenía sus razones para no decir más de lo que dijo.

—¿Por qué una patrulla de ángeles atacaría a una simple mortal? —preguntó Valac.

—No lo sé —reconoció—. Cuando se nos enviaba tras un humano, siempre era bajo las órdenes de un vigilante y generalmente eran en misiones de ayuda —recordó—, nunca se nos enviaba a atacar a menos que esa persona hubiese infringido la ley. Pero eran otros tiempos, ahora las cosas funcionan de otra manera. Cada vez hay menos intervención angélica en los asuntos de los humanos. Por eso debemos investigar todo lo que podamos sobre Camille Pierce, quién es, de dónde salió y por qué una patrulla de ángeles, sin dirección, decidió atacarla esta noche. Una mujer cuyo trabajo es salvar vidas —dijo, recordando que Camille era doctora—. Tenemos que investigar todo lo que podamos. Mientras más información tengamos, mejor.

—¿Y si es una trampa? —preguntó Asmodeus, y no era como si él mismo no lo hubiese pensado.

—Si es así, y Azrael me ha traicionado, entonces con más razón... debemos tener una ventaja para exponerlo —respondió con frialdad—. Y una vez que sea expulsado, tendrá que darme cuentas a mí.

Sariel cruzó los brazos y cerró los ojos por un momento antes de hablar.

—Te has puesto a pensar, solo por un momento —se aclaró la garganta—. Que tal vez esto... —Sariel elevó su mirada al techo, como si buscara las palabras correctas—, sea algo superior a nosotros. Cuando nos expulsaron y nos hicieron vivir entre humanos, pero sin ser como ellos, no nos convertimos en demonios —explicó—. A diferencia de otros que cayeron antes, o después que nosotros. Y eso no pasó porque nosotros no éramos culpables. Fuimos acusados de cosas que no hicimos, de pecados que no cometimos. Quizás esto... —siguió diciendo—, hacernos luchar contra los ángeles, sea un último intento de...

*—Condenarnos al infierno —terminó de decir Valac—. Pero eso no tendría sentido, empezó a responderle a Sariel—. ¿Por qué ahora? ¿Por qué esperar tanto tiempo? —preguntó—. No, debe haber algo más. Esa chica debe tener alguna clase de don o habilidad, algo que la haga especial para ellos. Necesaria. Pero todos sabemos que no pueden simplemente chasquear los dedos y ascenderla. De lo contrario, ¿por qué la atacarían?*

*—Todo lo que tenemos son teorías —interrumpió Asmodeus—. Y con ellas no llegaremos a ninguna parte. Lo mejor será que nos pongamos a trabajar —dio un par de palmadas antes de ponerse de pie—. Belial nos ha dado una tarea, así que empecemos cuanto antes. Mientras más rápido averigüemos quién es esta chica, más rápido sabremos a qué nos enfrentamos.*

*Murmullos de acuerdo se escucharon en el salón antes de que el resto de los guerreros se pusiera de pie, hicieran un saludo militar a Belial y abandonaran la casa. El tiempo corría, y él no sabía cuanto pasaría antes de que los ángeles regresaran por Camille.*

Caroline ya había perdido la cuenta de las tazas de café que había tomado desde que se sentó en aquella cafetería a escribir, después de su tarde de compras junto a Lucy. Así como había perdido la cuenta de las veces en que cambiaba el rostro de Belial por el de Mark, anticipando el momento en el que la eligiera a ella por encima de sus alas. Bueno, no a ella sino a Camille. Pero Cami no era escritora, sino médico. Y ni siquiera era una persona real. Y Belial no era como Mark, porque a pesar de haber sido expulsado del cielo, él tenía honor y no iba por la vida rompiéndole el corazón a las mujeres que conocía.

Encontrarse con él en la agencia de viajes la había agitado mucho, y descubrir que Mark seguía siendo el mismo tarado mujeriego de siempre la llenó de rabia.

*«¿Porque él preferiría follarse a cualquier mujer antes que a ti, quizás?»*

Caroline cerró la tapa de su laptop con más fuerza de la necesaria, recogió sus cosas y dejó un par de billetes sobre la mesa. Salió de la cafetería y subió a su auto, tomándose un momento de silencio y paz antes de encender el motor.

Había ocasiones en las que odiaba seguir viviendo en la casa de sus padres. Y no es como si no pudiera pagarse otro sitio. Un sitio que no estuviese lleno de recuerdos de su infancia junto a Mark, o de su adolescencia, de su corazón roto y de la constante cara de decepción de su papá. Ella nunca podía ser suficiente. Suficiente para que su padre se sintiera orgulloso, para que su madre no quisiera cambiar cada minúsculo detalle sobre ella, o para que Mark la notara como algo más que una amiga. Caroline siempre sintió que era muy poca cosa.

El único lugar en el que no importaba quién era o cómo se veía, era estando sentada frente a su computador, con el procesador de texto mostrando una página en blanco, listo para recibir sus palabras. Cuando publicó su primer libro se sentía feliz. Pero la felicidad es una cuestión extraña. En un momento estaba tan emocionada y satisfecha por haber cumplido un sueño, y al siguiente toda razón para sonreír había desaparecido. Junto a ella no había nadie que le diera una palabra de felicitación por su logro. No sus padres, y ciertamente no el hombre que amaba, al que solamente podía llamar amigo. Porque Mark, en los momentos que ella más deseaba tenerlo cerca, simplemente desaparecía.

La historia se repitió una y otra vez. Publicación tras publicación. El amor de sus padres, el que debería ser incondicional, fue reemplazado por el amor de sus lectores. Cada vez que llegaba a una firma de libros, o a una convención, la gente corría hacia ella y le decían lo mucho que sus historias significaban para ellos, lo felices que estaban de poder verla y estar cerca de ella, y cómo les gustaría que ella conservara un recuerdo de ellos en su casa.

Caroline atesoraba los regalos de sus lectores. Pequeños detalles que llevaban a los eventos. Pulseras, camisetas, cintas para el cabello, ilustraciones basadas en sus personajes..., cada obsequio llenaba su corazón en una forma que los ostentosos gestos que su padre tenía con ella, para quedar bien frente a sus amigos, no podía. Las únicas veces que Caroline se sintió tan querida eran en la casa de Mark, cuando su madre la recibía con un abrazo, cuando su padre se reía de las travesuras que hacían, cuando Chris revisaba sus tareas antes de entregarlas, o cuando se sentaba con Mark frente al televisor para mirar la *Liga de la Justicia* y planificar su próxima aventura.

Pero todo eso estaba en el pasado. Los padres de Mark se habían mudado a San

Diego, algo que le había dolido mucho. Incluso más que la partida de sus propios padres a Europa. Mark se había dedicado a ir de un lado a otro, excluyéndola de su vida como si no fuera importante, y ella se había cansado de esperar a que él la notara. De esperar que él se diera cuenta de sus sentimientos por él. Entonces Caroline había empezado a vivir. A experimentar esa vida de la que Mark siempre hablaba cuando eran adolescentes. Viajar, tener sexo, dejar su marca en el mundo..., y ella lo hacía. Con sus libros dejaba su huella. Viajaba para conocer a sus lectores y documentarse para un nuevo proyecto. En cuanto al sexo, ese aspecto no era tan satisfactorio. Constantemente comparaba a sus parejas con Mark. No es que ella hubiese tenido sexo con él.

*«Por mucho que lo deseara, eso no había pasado.»*

Caroline añoraba una conexión emocional en sus relaciones, no solo un acto físico. Sin embargo, no era culpa de sus compañeros sino suya. Ellos no podían competir contra una fantasía. Contra un sueño. Entonces ella renunció a la búsqueda de una pareja con la que casarse y tener hijos, para conformarse con alguna que le diera algo de emoción sin remordimiento a su cuerpo de vez en cuando.

*«Porque si los hombres pueden, nosotras también.»*

La escritora pasó todo el trayecto hasta su casa discutiéndose, recordando, justificando sus decisiones en la vida, y detestaba eso. Caroline se estacionó, sacó su cartera del auto y fue hacia la puerta. Buscó sus llaves para abrir la puerta cuando notó un taxi llegar a la casa de sus vecinos. Mark se bajó del vehículo y empezó a tambalearse hasta su portal. Ella miró la hora en su reloj y se preocupó.

—¿Desde qué hora está bebiendo este idiota? —se preguntó.

*«Ese no es tu problema.»*

Ciertamente, Mark no era problema suyo, pero eso no quería decir que ella no se preocupara por él. Después de todo eran amigos ¿no?

Por un segundo ella consideró abrir su puerta, entrar y pretender que no lo había visto. Pero ese pensamiento no fue más fuerte que su deseo de ir hacia él y ver si podía ayudarlo.

—Oye, chico fiestero —lo saludó Caroline caminando hacia él—. Estuvo buena la noche, ¿no?

Ella no olvidaba lo que Lucy le había contado sobre Mark. Saber que él era el follador aventurero del bar le dolía, la llenaba de celos, pero ella nunca admitiría eso en voz alta.

—No tanto como quisiera —logró responder él mientras peleaba con sus llaves—. Maldición, ahora no encuentro la llave correcta.

—¿Chris no está en casa? —preguntó. Quizás no era una novedad que Mark llegara borracho a su casa, pero dudaba que Chris se atreviera a dejarlo en la calle si estaba en ese estado.

—Me volvió a abandonar el muy cabrón —respondió Mark sonriendo.

«*¿Abandonar? Si el que se fue a tener sexo en un baño fuiste tú, imbécil.*»

Caroline frunció el ceño, incapaz de encontrarle el humor a la broma. Decidida a resolver la situación de Mark y alejarse de allí lo antes posible, se puso manos a la obra.

—A ver, dame eso —le dijo, extendiendo su mano para que él le diera sus llaves. Solo esperaba que él no le pusiera las cosas difíciles.

## CAPÍTULO VII



«*La vida era una perra irónica.*»

Mientras más huía de Caroline, más rápido se encontraba con ella. Era como si alguien estuviese jugándole bromas para un show de cámara escondida. Solo que a él no le hacía la menor gracia aquel asunto. Mark se recostó de la pared y le tendió las llaves. No tenía caso discutir con ella, al fin y al cabo Caroline James siempre conseguía lo que quería. Siempre había sido una tentación para Mark. Como un pecado al que él no podía resistirse, aunque no ella fuera consciente de eso.

Él recorrió el cuerpo de Caroline, evaluando cada curva, deseando tener el derecho de acariciarlo con algo más que la mirada, sintiendo su propio cuerpo calentarse. Ella llevaba un vestido ligero de color crema que no revelaba absolutamente nada, pero que se burlaba de su imaginación, y unos tacones que desafiaban las leyes de la física. Sin detenerse a pensar demasiado, Mark se abalanzó sobre ella apoderándose de sus labios.

Caroline dudó por un momento antes de ceder a la exigencia de ese beso y él gruñó cuando la sintió responderle con igual pasión, excitándose de una forma que no había experimentado antes. Porque sí, había besado a muchas mujeres, pero jamás había sentido lo que estaba sintiendo con ella.

«*Aunque eso puede ser culpa del licor.*»

—Me haces perder la cabeza —murmuró Mark contra los labios de Caroline.

Ella se separó un poco para recuperar el aliento mientras una sonrisa bobalicona se iba formando en su rostro. Mark conocía esa sonrisa. La había visto muchas veces cuando eran niños. No sabía cuánto la había extrañado hasta ese momento.

—Deja de lloriquear, yo la veo en el mismo sitio de siempre—se burló.

Pensando en lo irreal del momento, y en que quizás nunca se repetiría, Caroline decidió tomar el riesgo. Se abalanzó sobre sus labios con una pasión que no había experimentado jamás. Probablemente él no recordaría nada de eso al día siguiente, sin

embargo no le importaba. Desde que terminó la secundaria y Mark se fue a la universidad, ella sentía que caminaba sobre una fina capa de hielo a su alrededor, pero ella sentía que había algo distinto esa noche.

Quizás era que Mark estaba borracho, o que hace mucho que ella no tenía sexo, pero tomaría lo que él le estaba ofreciendo. Había soñado muchas veces con un momento como aquel, y ahora que se había convertido en realidad no lo iba a dejar pasar.

Ambos forcejearon con la puerta hasta que lograron abrirla, y sin dejar de besarse se adentraron en la casa. Fueron tropezando con los muebles del salón mientras avanzaban, pero nada de eso importaba. Mark estaba como poseído, y Caroline no iba a interrumpir a un hombre con una misión.

A pesar de su estado, Mark la guió hasta que su espalda quedó contra la pared más cercana. Envivió sus caderas con las piernas de Caroline, necesitando sentirla con todo su cuerpo. Ella clavó sus uñas en los hombros de Mark, mientras luchaba por afianzar su peso entre él y la pared en la que se apoyaba. Sus pensamientos se habían desconectado. No había razones o lógica en aquel encuentro, solo instintos.

Mark deslizó su boca a través del cuello de Caroline mientras sus manos volaban a la cremallera de su vestido, apresurándose a bajarla para deshacerse de la prenda. Revelar los senos de Caroline era el equivalente a estar abriendo un regalo de navidad. El regalo más esperado. Uno que jamás pensó poder recibir. Los trató con reverencia. Besando, lamiendo y mordisqueando sus pezones hasta endurecerlos. Tomándose su tiempo con cada uno. Caroline juraba que él podría llevarla al orgasmo solo con eso. Pero ella necesitaba sentir más de Mark. Ansiaba más que su boca y sus manos recorriendo su cuerpo. Ella lo quería todo.

Caroline empezó a forcejear con el vestido, que había quedado enrollado en su cintura, y Mark interrumpió sus atenciones para ayudarla a deshacerse de él. Había un brillo especial en sus ojos mientras sonreía. Una picardía que le traía recuerdos. Ella no pudo evitar sonreír de vuelta, pero esa sonrisa rápidamente se transformó en algo menos romántico, más carnal, conforme Mark reanudaba la tortura a sus hiper sensibilizados pechos mientras apretaba sus caderas a las de ella, pegando su miembro contra su intimidad.

Caroline soltó un gemido desesperado, sintiendo la presión construirse en su

interior y necesitando liberarse. Con una mano se sostenía del hombro de Mark, y con la otra se abría paso entre los pliegues de su pantalón hasta llegar a su pene, ansiosa de sentirlo, de devolverle un poco el tormento al que la estaba sometiendo.

Ella lo sintió crecer bajo su contacto, gruñir contra su piel, y esa sensación de poder era embriagadora.

—Te deseo —confesó ella finalmente, enloquecida por la excitación.

Ni en sus sueños más locos imaginó que fuera posible vivir un momento así con Mark. Eran amigos, confidentes..., y aunque ella lo había amado en secreto por mucho tiempo, había aceptado años atrás que no pasarían de lo platónico. Que él nunca la vería como algo más que su compañera de aventuras.

Mark, por su parte, creyó estar soñando y decidió vivir su sueño con intensidad. Ella había sido lo único que lo había mantenido a flote. Su vida era un completo desastre por las malas decisiones que tomaba constantemente, sin embargo conservaba un punto brillante que observaba en la distancia. Ella. Su amistad fue su pilar por mucho tiempo. Y sí, había actuado cobardemente cuando se dio cuenta que estaba enamorado de Caroline, pero esos sentimientos seguían allí. Amor, se dijo. Siempre había estado allí.

Pero era un movimiento estúpido mostrarle su corazón, y eso lo entendía incluso estando borracho.

—¿Dónde me deseas?—respondió dejando a un lado sus sentimientos y concentrándose en darle placer.

Caroline tomó la mano de Mark con una de las suyas para presionarla entre sus piernas. Al sentir su toque, ella se arqueó mordiendo su labio inferior y se golpeó la cabeza contra la pared. Él soltó un gemido ronco mientras la agarraba con firmeza por los glúteos y la levantaba como si fuese una pluma, haciendo que sus piernas quedaran sobre sus hombros. Mark le dio un suave mordisco en su sexo, por encima de la tela de sus bragas, retirándoselas a un lado con los dientes y colando su lengua bajo ellas. Caroline gritó excitada y Mark se puso más duro apenas sintió su sabor.

Él empezó a jugar con su clítoris, arrebatándole un gemido, para luego penetrarla con su lengua mientras frotaba su nariz en su punto de mayor placer. Con sus manos apretaba fuertemente sus glúteos, tentando su ano con la punta de los dedos. Era

demasiado, pensó Caroline, que estaba totalmente enloquecida por el asalto de Mark.

Luchaba por sostenerse de las paredes mientras apoyaba los pies en la espalda masculina, presionando su pelvis contra la boca de Mark, tratando de conseguir más contacto mientras se contorsionaba de placer.

Ella sintió como él, en el calor del momento, arrancaba la tela de sus bragas para no tener obstáculos. La tela quemó su piel por la fuerza con la que Mark tiró de ella. Era una parte de él que nunca había visto. Una parte salvaje y animal que le encantaba. Mark aumentaba la velocidad de sus embestidas, lamiendo y atormentando su clítoris con los dientes al ritmo de sus gemidos. Mark podía sentir su miembro agitarse bajo la tela de sus pantalones por la mezcla de su sabor y el sonido de su placer.

Un grito llenó la habitación mientras Caroline se rendía al orgasmo más arrollador que había experimentado jamás. Pero él no dejó de lamer cada rincón de su intimidad, adueñándose de su esencia, pasando su lengua entre los pliegues de su sexo hasta dejarla completamente limpia. Solo entonces la bajó de sus hombros agarrándola por la cintura y pegándola a su cuerpo mientras temblaba con la necesidad acuciante de poseerla.

Él enterró el rostro en su cuello, mordisqueándolo, pegando sus caderas de tal manera que su miembro se agitó contra su vientre. Se acoplaron perfectamente, como si fueran dos piezas de un rompecabezas. Diseñados para completarse.

Mark empuñó el cabello de Caroline, obligándola a ofrecerle sus labios, y ella gimió cuando sus caderas empezaron a mecerse acompasadas. La fricción de su carne sensible contra la rústica tela de los vaqueros de Mark era una de las cosas más eróticas que había experimentado. Pero ya habían jugado suficiente. Ya era tiempo de que ella reclamara lo que necesitaba.

Ella exploró el cuerpo de Mark con sus manos, contorneando cada ondulación de sus abdominales hacia su entrepierna, donde se abrió paso a través de la cinturilla del pantalón para capturar su miembro. Él gruñó desde la garganta al sentir la suavidad de su mano sobre su pene y echó su cabeza hacia atrás, totalmente fuera de sí.

Mark puso su mano sobre la de ella, apretándosela con fuerza, guiándola e instándola a seguir con su exploración. Él quería mostrarle lo que le gustaba, lo que quería, lo que necesitaba. Luego dejó sus manos libres y se aferró a sus caderas, como

si se tratara de un baile del que tuviera que enseñarle los pasos, moviendo su pelvis contra la mano de Caroline y pensando en un millón de cosas que lo ayudaran a no terminar antes de tiempo.

Pero Caroline no se iba a conformar solo con acariciarlo, no. Ella luchó por liberar su miembro hasta que lo consiguió. Cuando sintió su carne rígida alzarse contra la entrada de su sexo, Caroline gimió en éxtasis.

—Dime que tienes un condón, por favor—suplicó con la voz rota por el deseo.

—En mi billetera —gruñó Mark.

Caroline rápidamente se dejó caer sobre sus rodillas, empezó a rebuscar en los bolsillos del pantalón para alcanzar la billetera de Mark y así conseguir el preservativo. Cuando lo encontró alzó la mirada hacia él, y arqueó una ceja cuando evaluó su virilidad. Sin perder el tiempo, Caroline desgarró el empaque con los dientes y sacó el condón. Pero en lugar de entregárselo, decidió ponérselo ella misma. Con su boca. Era un pequeño truco que había aprendido en el foro de una revista femenina y que había decidido usar en uno de sus libros. Después de practicar muchas veces con su vibrador.

*«Después dicen no se aprenden cosas útiles en esos foros.»*

Con una sonrisa diabólica en el rostro, Caroline le dio una mirada apreciativa al miembro de Mark. Es tan grande, pensó relamiéndose los labios antes de introducirse en la boca.

Él dejó un gemido gutural cuando sintió la lengua de Caroline contorneando la extensión de su pene. Tiró de ella para hacer que se pusiera de pie, envolvió nuevamente sus piernas alrededor de sus caderas y usó una de sus manos para dirigirse a su interior.

Caroline mordió su labio inferior mientras sentía entrar cada centímetro. Sus gemidos fueron en aumento mientras llenaba su sexo, luego él se retiró un poco para volver a penetrarla. Se sentía tan bien tenerlo llenándola de esa manera que Caroline suspiró. Empezaron con un ritmo lento que se fue volviendo más duro y desesperado. Los golpes de sus caderas al chocar, carne contra carne, hacían eco en la sala.

Mark estaba al borde del orgasmo, y no estaba seguro de poder durar mucho más, cuando sintió los músculos de Caroline contraerse a su alrededor. Ella estaba tan cerca

como él. Así que aumentó la fuerza de sus embestidas, y empezó a masajear su clítoris con el pulgar, llevándola en una espiral interminable de placer. Ella se corrió con fuerza. Mark sentía sus espasmos como si se tratara de una mano empuñando su miembro, ordeñándolo. No tardó mucho en rendirse a lo inevitable, uniéndose a ella en el clímax.

Se quedaron allí unidos por unos minutos, jadeos y respiraciones aceleradas llenando el silencio. El olor de sus cuerpos, sudor y sexo, impregnando el lugar. Mark dejó su frente descansar contra la de ella, disfrutando ese momento de intimidad. Su cuerpo saciado y relajado. Y entonces hizo algo que jamás imaginó que se atrevería a hacer. Algo que se había prometido NO hacer.

—Te amo —confesó en un suspiro.

Mark dijo dos palabras que lo cambiaban todo.

Caroline, sorprendida por lo que Mark acababa de decir, alzó su mirada para enfrentarlo. Quiso engañarse a sí misma diciéndose que había escuchado mal, pero nunca había visto tanta honestidad y pasión en esos pozos azules. Y eso la asustó.

Desear a su amigo era una cosa. Tener sexo con su vecino..., esas eran situaciones que ella creía poder manejar. Por años lo había amado en silencio, y un poco de sexo no debía poner las cosas raras entre ellos ¿cierto? Pero, ¿hablar de amor? Esas eran palabras mayores.

No porque no sintiera lo mismo.

Con mucha dificultad se había recuperado de él en la adolescencia, pero no estaba segura de poder sobrevivir si se repetía. Ella lo conocía bien para saber que enrollarse en una relación con Mark no le dejaría nada bueno. Caroline no deseaba terminar llorando por los rincones cuando él rompiera su corazón, cuando se diera cuenta de que no podía estar en una relación exclusiva. De que no podía soportar que tuvieran expectativas sobre él. No, ella no podía entregarle su corazón a Mark, porque si algo era seguro es que él lo destrozaría.

—Yo... —balbuceó ella cerrando los ojos con fuerza, tratando de centrarse en lo que debía hacer—. Tengo que irme, Mark.

«¿Irse? ¿Estaba hablando en serio?»

Mark frunció el ceño y se le quedó mirando como si le hubiese salido un tercer ojo.

Jamás se había sentido tan extraño, como si repentinamente le hubiesen desconectado la energía, y aunque los pensamientos corrieran por su mente a mil kilómetros por hora, su boca era incapaz de articular palabra alguna. Nada. Solo silencio.

Era absurdo. Él, que parecía nunca quedarse callado, no podía decir algo para detenerla. Y mientras Mark se cuestionaba por su incapacidad Caroline recogía sus cosas, vistiéndose en tiempo récord, como si no pudiera soportar estar en su presencia.

Eso le dolía, tuvo que admitir. Él siempre era el que echaba a las mujeres de su cama, y estar del lado receptor no era ningún paseo en el parque. Dolía, y mucho que la única mujer por la que estaba dispuesto a todo, la que tenía el poder de liberarlo o de destruirlo, caminando fuera de su vista. Obviamente había cometido un error al confesar sus sentimientos.

*«Mantuviste la boca cerrada por años, para venir a soltar semejante perla en el peor momento.»*

¿Pero qué podía hacer? Ya no podía cambiar las cosas, así como tampoco podía pretender que no habían sucedido. ¿Qué haría entonces? ¿Huir? ¿Esconderse? ¿Es que acaso no había estado haciendo eso desde que terminó la secundaria?

Mark se sentía derrotado. No sabía qué hacer, y seguía sin saberlo cuando vio a Caroline salir corriendo de su casa, dejándolo desnudo, solo y desorientado en el medio de la sala, con un montón de cosas en la cabeza y con un profundo vacío en el corazón

*«¿Qué demonios acaba de pasar?»*

\* \* \*

Siempre le dijeron que tenía una imaginación muy vívida, pero tenía que admitir que ninguna de las escenas que había escrito se comparaba con lo que acababa de suceder. El sexo con Mark era todo lo que siempre soñó, y más. Las sensaciones tan intensas, la extraña conexión de sus cuerpos, como si respondieran a un código secreto y ancestral. Cuando sus labios se tocaron el mundo dejó de existir, y solo importaban ellos dos. Ellos y esa necesidad imperiosa de poseerse, de consumirse, de amarse.

*«Te amo.»*

Las palabras de Mark se repetían cual disco rayado, y mientras las escuchaba en su mente recordaba esa mirada de vulnerabilidad, como si hubiese desnudado algo más que su cuerpo para ella. Por un instante sintió el impulso de volver, de correr nuevamente a sus brazos y decirle que ella también lo amaba. Que lo había amado por años.

*«Pero una noche no cambia nada. No lo cambia a él.»*

Porque todas sus aventuras no iban a desaparecer en un parpadeo. Esas mujeres no iban a dejar de ser parte de su vida, de su historia. Ellas siempre estarían allí, amenazando, esperando el momento en que él se aburriera de estar con ella y la hiciera a un lado. Como hizo hace años, cuando eran adolescentes.

*«Como lo hace siempre.»*

Esa sensación de no ser suficiente no había sido alimentada solo por el rechazo de sus padres. El abandono de Mark, su mejor amigo y su primer amor, también la dañó mucho. Caroline terminó levantando un muro a su alrededor para protegerse.

Sin embargo esa noche había dejado caer esos muros y se había entregado a él. Había decidido darle rienda suelta a los deseos de su cuerpo y de su corazón, pero era distinto cerrar los ojos por unas horas que aceptar la confesión de Mark y considerar algo más.

*«No volvería a abrir esa puerta.»*

Ella definitivamente no volvería a dejarse seducir por él. Aunque aquella noche el que había estado borracho y vulnerable había sido Mark.

*«Es como si me hubiese aprovechado de él.»*

Apartó el pensamiento rápidamente, pues si empezaba a ver a Mark como la víctima terminaría regresando a esa casa. Ella había tomado una decisión al recoger su ropa y correr fuera del alcance de Mark, y no había vuelta de hoja. Había tomado la decisión de levantar esos muros aún más altos y reforzar las salvaguardas.

Al entrar a su casa ignoró la alerta parpadeante del contestador automático y subió directo a su habitación. Estar con él había sido más de lo que había imaginado, sí, pero era mejor regresarlo a su mundo de fantasía. Por suerte pronto se iría de viajes con su mejor amiga. Eso le daría tiempo de pensar cómo enfrentar a su vecino.

Se quitó el vestido, intentando no pensar en las manos de Mark recorriendo su cuerpo. La piel de sus caderas estaba enrojecida donde la tela de su ropa interior había quemado al romperse, y ella apretó las piernas para aliviar un poco las cosas por allí. Lo cierto es que nada borraría lo que había pasado entre Mark y ella. No había suficiente licor que la hiciera olvidarlo. Tampoco quería hacerlo, admitió, porque quizás eso era lo único que quedaría entre ellos. Recuerdos. Dudaba mucho que su maltratada amistad fuera a sobrevivir después de aquella noche.

Caroline entró a la ducha y metódicamente empezó a remover el aroma de Mark de piel. Cada vez que cerraba los ojos la mirada de Mark aparecía frente a ella, persiguiéndola, castigándola por haber sido débil...

*«Por abandonarlo.»*

Pero no era abandono si ella lo hacía para protegerse, ¿cierto? Eso era igual a golpear antes de ser golpeado, correr antes de enfrentar el peligro, era... miedo, admitió. Había tenido miedo. Siempre lo tenía cuando se trataba de él. Pero sincerarse con ella misma no hacía que esos ojos azules dejaran de acosarla. Seguían allí cuando terminó de ducharse, mientras se vestía y secaba su cabello. Seguían allí después, mientras imploraba a los dioses del sueño que la arrastraran lejos y ellos la ignoraban.

*«Va a ser una noche muy larga.»*

\* \* \*

Quedarse parado como un idiota en la sala no iba a hacer que Caroline regresara, pensó Mark. Pero quizás ir tras ella tampoco resolvería nada porque, ¿qué haría? ¿Decirle que la amaba? ¿Es que acaso eso no fue la que la hizo correr en primer lugar?

—¡Dios, esto es un desastre! —suspiró frustrado consigo mismo.

Por mucho tiempo orbitó alrededor de Caroline, teniendo cuidado de no traspasar los límites que él mismo había fijado. Él no era el mejor material para un noviazgo. Nunca lo había sido, y probablemente nunca lo sería. Mark ansiaba ser libre, aunque a veces no supiera qué hacer con esa libertad. Él no quería que la gente esperara cosas de él, porque no podía con el peso de decepcionar a los que amaba. Por eso Mark solo podía tenerla como amiga. Era la única alternativa, de lo contrario la perdería. Sin embargo esa noche...

*«Todo se fue a la mierda.»*

Mark se levantó del piso, donde había estado sentado desde que Caroline salió de la casa, recogió su ropa y subió a su habitación. Estaba seguro de que no iba a poder dormir, pero que su hermano lo encontrara allí en ese estado no iba a hacer nada para mejorar su estado de ánimo.

\* \* \*

Habían pasado horas sin que pudiera conciliar el sueño, o quizás eran solo minutos pero ella los sentía como una eternidad. No había ninguna posición para acostarse, ni técnica de respiración conocida, que la ayudara a dormir.

—Maldito Mark Laurens —se quejó Caroline cubriendo su rostro con una almohada para ahogar un grito—. No solo me robas la tranquilidad, sino también el sueño ¡imbécil!

Decidida a darle uso a su recién adquirido insomnio, Caroline decidió buscar su computador portátil para ponerse a escribir. Entonces recordó que lo había dejado en su auto. El mismo auto que olvidó guardar en el estacionamiento.

—¡Arrrgh! —el sonido que hizo era lo más parecido a un gruñido animal. Algo que sin duda sus padres reprobarían.

*«Como si alguna vez aprobaran algo de lo que hago.»*

Bajó de la cama, se calzó con unas pantuflas y tomó uno de las sudaderas que colgaban en su closet para realizar la misión de rescate más rápida de la historia. A esas horas de la noche dudaba que algún vecino estuviera asomado a las ventanas para verla correr en pijamas hasta su auto, y poco le importaba que estuvieran. En ese momento solo le importaba desconectarse del mundo. Iría a recuperar su *laptop* y drenaría su frustración de la mejor manera que conocía. Escribiendo.

Cinco minutos después, Caroline se había instalado en el pequeño escritorio junto a su biblioteca. Su computadora encendida, su libreta de notas abierta en la última página que utilizó, y sus dedos listos para volar sobre el teclado.

*Aunque se habían marchado de la habitación, Camille sentía que no estaba sola*

*en aquel lugar. No sabía cómo explicarlo, pero tenía la certeza de que la vigilaban.*

*Era una sensación que no le era extraña. Siempre hubo ojos sobre ella, estudiando sus movimientos.*

*Aunque hasta el momento la habían mantenido viva y a salvo, no sabía por cuanto tiempo fuera a permanecer así.*

*«Tengo que escapar de aquí.»*

*Escapar. Eso era algo en lo que ella era experta. Durante mucho tiempo había sido perseguida, amenazada. Esconderse se convirtió en una habilidad necesaria para sobrevivir. Había dejado muchas cosas atrás, no tenía un lugar al que llamar hogar, no tenía amigos o familia. Estaba sola, pero estaba viva.*

*«Mi madre no tuvo la misma suerte.»*

*—¿Qué bien hace pensar en ella ahora? —se reprochó a sí misma. Sabía que era un error.*

*Nunca se permitía recordarla. Había mucho dolor en su corazón. Un dolor que había sepultado tan profundamente que, por momentos, era como si no estuviese allí. Pero había momentos, como aquel, en que su mente le jugaba trucos.*

*«Como si alguien se burlara de mí.»*

*Cada vez que sus recuerdos se activaban, que se permitía bajar los muros que había construido a su alrededor, una fuerza oscura se cernía sobre ella. Camille no quería dejar entrar esa oscuridad a su vida. No otra vez. Cuando ella abría esa puerta, voces siniestras retumbaban ordenándole hacer cosas que ella no quería.*

*—Tienen que pagar por lo que te hicieron —le recordaban.*

*A veces sentía que esa oscuridad era parte de ella, y por mucho que luchara contra las voces, un día harían que se rindiera.*

*Esas voces que siempre la habían acompañado, esas que tanto le costó expulsar de su mente, ocasionalmente la visitaban. Le recordaban que estaba viviendo tiempo prestado. Que por más que corriera, no podría huir.*

*«Voy por ti, Elaine. No podrás esconderte para siempre.»*

*Ella no era Elaine, su nombre era Camille, respondió mentalmente. Como si el dueño de esa voz pudiera escuchar la suya. Y quizás no podría esconderse para siempre, pero cuando sus demonios la encontraran, ella estaría lista para pelear.*

\* \* \*

*Belial podía sentir su agitación, su ansiedad. Ella quería escapar. Pero en ningún lugar estaría mejor protegida que con él, así que Camille Pierce podía irse olvidando de marcharse. Aunque su seguridad no era lo único que lo motivaba, y era algo que nunca admitiría frente a sus hermanos. Camille Pierce hacía que, por primera vez, experimentara esos sentimientos que habían corrompido a tantos de su clase, haciéndolos caer. Y eso lo asustaba, admitió.*

*Pero no era momento para sentir miedo. No él. ¿Qué clase de líder sería si sucumbiera al miedo?*

*—Es tiempo de retomar las cosas donde las dejamos, doctora Pierce —se dijo, caminando hacia la habitación de Camille.*

*Ella ocultaba cosas, igual que él. Ella tenía secretos que él quería descubrir, pero no la presionaría.*

*«Por el momento...»*

*Tenía que ganar su confianza. Tenía que hacer que ella confiara en él. Que lo ayudara a entender lo que sucedía, para que pudiera completar su misión. No sería fácil, pero él tenía paciencia.*

*Tocó la puerta con suavidad y esperó a que respondiera. Lo había escuchado, pero se debatía entre hacerse la dormida o dejarlo pasar. Ella no sabía quién estaba al otro lado de la puerta, notó. Saber esas cosas lo hizo sonreír. Por primera vez su castigo no se sentía tan malo.*

*«Si quieres ser como los humanos, entonces tendrás que sentir como ellos.»*

*Cuando su comandante pronunció la sentencia había sonreído maliciosamente, luego descubrió la razón. No solo podía experimentar emociones humanas, sino que estaba condenado a sentir lo mismo que cada persona que estuviera a su alrededor.*

*Amor, odio, felicidad, ira, miedo...*

*Era una bendición y una maldición a partes iguales. Podía usar ese conocimiento como una ventaja en contra de sus oponentes en una batalla, pero exponerse por mucho tiempo a las sensaciones lo debilitaba, por lo que prefería estar solo. Sin*

*embargo, cuando empezó a vigilar a Camille, la curiosidad pudo más que la precaución. Quería conocer cada detalle, cada secreto. Quería...*

*«Cosas que no puedes tener, idiota.»*

*Su misión era mantenerla a salvo, y eso era lo que haría. No solo debido al trato que había hecho con Azrael, sino porque se había encariñado con ella en las semanas que la estuvo vigilando.*

*«Qué patético eres, Belial.»*

*Tenía que hacer a un lado esos sentimientos. Él no podía permitirse ser débil. No ahora que tantas cosas dependían del éxito de su misión. Que sus hermanos contaban con él.*

*«Tus hermanos te darían la espalda si conocieran tu secreto.»*

*Ese secreto era lo que había mantenido viva su esperanza de volver a su hogar. De ascender. Ocultar sus alas había sido una decisión, a diferencia de sus hermanos que las perdieron como castigo, recordó acariciando el dije que colgaba de su cuello. Allí las mantenía, como recordatorio. Sus hermanos siempre pensaron que era irónico que tuviera un dije con forma de alas. Ignoraban lo que era en realidad. Pero cuando lo descubrieran...*

*«Y eso pasará. Cuando cumpla con mi misión y Azrael venga por Camille. Ellos lo verán.»*

*El pensamiento de apartar a Camille de su lado no le sentaba bien, notó. Furioso consigo mismo por sus sentimientos por ella, Belial clavó sus puños contra la pared. El dolor físico siempre lograba silenciar un poco a su hiperactiva mente. Pero no podía ir por la vida causándose daño para no pensar.*

*Camille escogió ese preciso momento para abrir. El golpe en la pared la había asustado, pero con valentía salió a enfrentar a lo que estuviera al otro lado de la puerta. Una extraña satisfacción apretó el corazón de Belial, haciéndolo sonreír.*

*«Es una guerrera.»*

*—¿Siempre vas por allí golpeando las paredes? —preguntó Camille arqueando una ceja, alternando la mirada entre sus nudillos ensangrentados y la sonrisa bobalicona de su cara—. ¿Es que acaso eres masoquista?*

*—¿Masoquista? —respondió él sonriendo de medio lado. Quizás lo era, pensó.*

*Porque lo que anhelaba en ese preciso instante no le traería más que problemas.*

*—Sí, masoquista —repitió ella cruzándose de brazos—. Que disfrutan el dolor.*

*—Es que el dolor, mi querida niña, también puede provocar placer —susurró muy cerca de su oído, haciéndola estremecer.*

## CAPÍTULO VIII



Había perdido la cuenta de las horas que llevaba escribiendo cuando empezó a sonar *On the top of the world* de **Imagine Dragons** en su teléfono. Le frunció el ceño al aparato y luego parpadeó un par de veces para enfocar bien los números del reloj en su mesa de trabajo.

«¿Por qué Lucy me llama a las 3 de la mañana?»

—¡Mierda! —gruñó antes de presionar la opción de guardar en su procesador de texto y tomar su celular para responder la llamada.

—¿Hola? —Se aclaró la garganta—. ¿Qué pasó?

—¿No hay 0800 Caroline hoy? —preguntó Lucy medio en broma, aunque la verdad no tenía ánimos para chistes.

—El 0800 Caroline está fuera de servicio en este momento —respondió ella—. Pero no me llamaste para discutir los horarios de atención al público, así que desembucha... —exigió—, ¿Qué pasó?

—Chris estuvo aquí —suspiró su amiga.

—¿Y qué haces llamándome, en lugar de estar con él? —Se carcajeó—. Deberías estar escalando esa montaña, no usando el comodín de la audiencia como en ese programa de concursos —dijo entre risas—. No entiendo...

—Me vio con Shane —Lucy la interrumpió, perdiendo la paciencia con su amiga.

—¿Te he dicho que odio a ese imbécil? ¿No? —Empezó a preguntar Caroline—. Porque parece que no lo he dicho suficientes veces. Odio a Shane Carter. Pero mucho que lo odio —gruñó—. A todas estas... ¿Qué hacía ese idiota en tu casa?

—Molestarme —empezó a enumerar la rubia al otro lado de la línea—, decir tonterías, y básicamente hacerme quedar como una cualquiera delante de Chris. Porque de acuerdo a su lógica, para escribir escenas de sexo debo andar por toda la ciudad teniéndolo con el primero que se cruce en el camino. Sí —suspiró—, creo que eso lo resume.

—¡Arrrgh! ¡Es que lo voy a ahorcar! —Chilló Caroline—, lo ahorco y luego lo corto en pedacitos para dárselo de comer a los peces —luego pareció pensarlo mejor—. Pero capaz y el estúpido ese le hace daño a los pobres peces, mejor lo hago correr por una cañería.

—Ya pasó, no vale la pena... —Lucy trató de calmar a su amiga, a pesar de ser ella la agraviada.

—¡Claro que vale la pena! —replicó—. Libraría al planeta de semejante peste. Un premio me tendrían que dar y todo. ¿Ese idiota qué se ha creído? ¿Cómo se atreve a entrar y salir de tu casa como si todavía viviera allí? —reclamó—. Y lo de Chris, por el amor de Dios, ¿en serio? ¿Es que no te va a dejar en paz?

—Lo de Chris no importa —suspiró Lucy—. Después de lo de esta noche dudo mucho que vuelva a verlo.

Eso llenó de rabia a la Caroline. Su amiga estaba mal. Su ex era un imbécil que había dañado su autoestima, que estaba alterando su trabajo porque la pobre no podía concentrarse en sus historias, y además quería dañar cualquier avance sentimental que tuviera.

No, Shane Carter no era un idiota. Era un maldito desgraciado que merecía pasar el resto de su vida rodeado de personas que le hicieran lo mismo que él le había hecho a Lucy. No era justo que arruinara todos sus intentos de continuar con su vida. Además, conocía a Chris y sabía que él era incapaz de juzgar a Lucy basándose en lo que cualquier persona dijera. Él esperaría conocerla y hacer su propio juicio. Por eso sintió la necesidad de defenderlo.

—Nena, no digas eso, Chris no...

—Chris nada, Caroline —se quejó Lucy—. Él debe estar pensando lo peor de mí en este momento. No quiero tener que enfrentarme otra vez a la expresión que tenía en su cara cuando Shane le dijo todo lo que le dijo.

—Lucy...

—No, Caroline, es mejor así —se rindió a lo que ella pensaba era inevitable, que ese hombre al que aún no llegaba a conocer saliera corriendo por su vida—. Y disculpa que te esté cargando mis problemas, es solo que necesitaba desahogarme.

—No tienes que disculparte —respondió ella—. Para eso están las amigas. Para

eso y para preparar tragos multifunción. Ya sea para ahogar las penas o para celebrar los triunfos, así que puedes traer tu trasero hasta aquí mientras busco las botellas — sugirió tratando de animarla.

—Caroline, son las 3 de la mañana... —le recordó Lucy.

—¡Exacto! —dijo Caroline, como si los problemas tuviesen horarios para aparecer. ¿Por qué tendrían ellas que tener un horario para combatirlos con alcohol?

—Estás muy loca si crees que voy a conducir a las 3 de la mañana hasta tu casa para que nos emborrachemos —el tono usado por su amiga le recordó al que usaba su madre cuando le prohibía hacer cosas. Ese pequeño cable de conexión al pasado le provocó un escalofrío.

«*Lucy no es tu madre, y tú ya no tienes 16.*»

—Entonces yo conduzco hasta la tuya —se ofreció.

—Lo dicho, estás loca —se carcajeó Lucy.

—Pero es una emergencia... —suplicó Caroline.

—¿Todavía estamos hablando de lo que pasó con Shane? —Tentó su amiga—, ¿o tienes algo que compartir con la clase?

—Está bien, pero iré por ti a primera hora de la mañana y te instalarás en mi casa hasta el viaje —cedió, evadiendo la pregunta de su amiga—. Iremos a depilarnos, comprar trajes de baño nuevos, no sé... lo que haga falta.

—Eres de lo peor, Caroline —se burló Lucy—. ¿Cómo es que mi vida es tema regular de discusión, pero cuando yo pregunto por lo que pasa contigo, simplemente cambias de tema?

—No es algo que tenga ganas de discutir por teléfono —suspiró.

—Está bien —aceptó su amiga—. Tal parece que será un día largo e interesante —dijo sin humor.

—Como si pudiera ser de otra forma cuando se trata de nosotras.

—Sí... —aceptó la rubia, y ambas rieron—. Nos vemos en unas horas, Caroline.

—Vale.

Después de terminar la llamada con su mejor amiga, Caroline echó un último vistazo a lo que llevaba escrito. Eran cerca de 20 mil palabras, de acuerdo la barra de estado de su procesador de texto.

No tenía la presión de cumplir con una fecha, porque apenas dos meses antes se había publicado su nueva novela.

«*Mejor deajo dormir a Belial y Camille por un rato.*»

Guardó los cambios en el documento, hizo un par de respaldos y decidió almacenar uno en su correo electrónico, como siempre que tenía alguna idea importante. Aunque aquel borrador había dejado de ser una simple idea cuando superó las 3 mil palabras, reconoció riendo.

Inició sesión en el servidor de correo, y al cargar la bandeja de entrada encontró un correo de su agente. La escritora frunció el ceño cuando comprobó la hora en que fue enviado, entonces abrió el mensaje.

Allí, oculta entre un montón de elogios que había leído montones de veces, estaba una noticia que elevaría su carrera al siguiente nivel. Uno de sus libros sería llevado al cine.

«*¿Y cómo es que tengo más ganas de llorar que de celebrar?*»

La respuesta a esa pregunta era solo una palabra de 4 letras, y uno de sus vecinos la llevaba escrita en su documento de identidad.

Apenas amaneció, Caroline se puso en marcha. Se dio un baño, tomó suficiente café para para funcionar como un ser humano normal y luego condujo hasta la casa de Lucy. La luz del sol la encontró frente a su computador, leyendo y reescribiendo algunas escenas de la historia de Belial y Camille, aunque se había prometido guardar ese borrador por un tiempo.

No podía evitarlo. Escribir, cuando estaba intranquila, era una compulsión. Y dados los últimos acontecimientos con Mark, y luego el correo de su agente, la única solución para ocupar su mente era seguir escribiendo.

Cuando llegó a casa de Lucy encontró a su amiga ocultando su cara de *zombie*, una sospechosamente parecida a la que ella tenía, tras una taza de café.

—Buenos días —la saludó.

—Esperemos que sean buenos días —respondió Lucy—. Café.

—¿Irlandés? —se burló Caroline.

—Vas a tener que conformarte con un americano aburrido —dijo su amiga, recordando la manera en que Caroline se refería al café que tomaba—. El licor es una

especie en extinción en esta casa.

—Está bien así —negó con la cabeza—, ya he tomado suficiente café para activar un ejército de estudiantes trasnochados —sonrió—. ¿Tienes todo listo para irnos?

—Sí, todo listo —asintió la rubia terminando su café y caminando hacia el fregadero para lavar la taza.

Metódicamente ambas mujeres empezaron a revisar ventanas, asegurándose de que todo estuviese en orden. Desconectaron todos los aparatos electrónicos, activaron la alarma de la puerta y salieron de la casa.

—¿Le dejaste tus datos de contacto a la señora Roberts? —preguntó Caroline, refiriéndose a la vecina que siempre estaba pendiente de sus plantas cuando estaba fuera de la ciudad.

—Sí, hace un rato conversé con ella —respondió—, le dejé mi celular y el tuyo, en caso de que los necesite.

Caroline condujo en silencio por un rato, algo poco habitual en ella, y luego se detuvo en una estación de servicio. La pelirroja se bajó del auto para cargar gasolina, y fue seguida por su amiga que ya empezaba a preocuparse por ella. Cuando el tanque estuvo lleno, ambas caminaron hasta la tienda a pagar el consumo y conseguir algo de comer, ya que solo habían tomado café.

—¿Me puedes decir qué te pasa? —le preguntó Lucy de repente, mientras esperaban que despacharan sus órdenes.

—Nada —se limitó a responder Caroline, poco interesada en discutir el desastre que era su vida, especialmente si era en un sitio público.

—¿Y esa *nada* te tiene con cara de pocos amigos? —Insistió la escritora—. Vamos, nena, puedes hacerlo mejor que eso —la retó—. Cuéntame.

—Está bien —cedió Caroline—. Solo si prometes no juzgarme.

—No mataste a alguien ¿o sí? —se burló su amiga, pero al ver la expresión seria de Caroline ella también dejó de reír—. Carol, siempre has estado para mí sin juzgarme, ¿qué te hace pensar que yo haré lo contrario?

—Tienes razón, lo siento —se disculpó—. Soy una tonta.

—Una tonta que no ha tenido su desayuno —convino Lucy mientras recibía las bolsas con la comida de ambas y entregaba el dinero al chico en la cabina—. Deja que

hinquemos el diente en estas delicias —ironizó mientras señalaba un par de emparedados de jamón con la apariencia menos atractiva de la historia—, entonces le cuentas a la tía Lucy qué te tiene tan rara.

Las chicas salieron del autoservicio y se dirigieron a la casa de Caroline. Ella guio a Lucy hasta la habitación para que dejara sus cosas y luego se fue a la cocina para servir la comida. Mientras lo hacía no dejaba de darle vueltas a las dos últimas palabras que escuchó de Mark.

«*Te amo.*»

Sacó los platos del estante y los dejó sobre la encimera, repartió la comida para las dos y entonces sacó una jarra de zumo de la nevera. Se sentó en una butaca para esperar que su amiga se le uniera, y así lo hizo un momento después. Apenas empezaron a disfrutar del desayuno, Lucy volvió al ataque.

—¿Y bien, señorita James? —le preguntó.

—Anoche tuve sexo con Mark —confesó cubriéndose el rostro con ambas manos—. Ya sé que dije hace tiempo que nunca pasaría, pero... —gruñó—. Maldición, pasó, y fue increíble... —levantó la mirada para encontrar a su amiga con una amplia sonrisa en el rostro.

—No te atrevas a reírte, Blake —se quejó Caroline—. Fue el sexo acrobático más alucinante de la historia y el muy idiota tuvo que arruinarlo con las palabras mágicas al final.

Obviamente a Lucy no se le daba bien lo de seguir instrucciones, porque la carcajada no se hizo esperar.

—¿Qué te dijo? ¿*Gracias, puedes irte?*—le preguntó Lucy.

—Serás bestia, Lucy —bufó Caroline, pero entonces recordó la forma en que su amiga había conocido a Mark, entonces explicó—. No... Él me dijo que me amaba.

Lucy se ahogó con el jugo que se estaba bebiendo y le tomó un momento recomponerse. Aclarándose la garganta hizo una nueva pregunta solo para estar segura.

—Un momento, deja ver si te estoy entendiendo bien —hizo una pequeña pausa—. ¿Te dijo *te amo*, así sin más? —Preguntó Lucy incrédula—. ¿El señor *tengo sexo en lugares públicos porque soy genial* te dijo que te amaba? —Empezó a reírse otra vez—. Dios querido, Caroline, ¿y qué le dijiste?

Lucy sabía lo mucho que a Caroline le gustaba su vecino, aunque no tenía idea de quién era o de qué clase de hombre se trataba. Ellos tenían historia. Una historia larga que se remontaba a su adolescencia, según lo que ella sabía. Pero nunca habían tenido nada más que una amistad. Lucy, por su parte, lo había conocido de la manera más insólita, y si bien no le dio la mejor impresión ¿quién era ella para juzgar?

—Nada, yo... —a Caroline le costaba responder esa pregunta porque no estaba segura de haber hecho lo correcto—. Yo solo salí de allí corriendo —suspiró—. He sido su amiga por años, lo sabes. Soy su vecina desde que éramos adolescentes y siempre estuve enamorada de él —empezó a explicar—. Cuando terminó con su novia pensé que era mi momento, y casi tenemos sexo en esa fiesta de Halloween, o quizás solo yo lo vea de ese modo, pero anoche...

—Anoche por fin lo hicieron —recordó Lucy.

—Él estaba borracho —Caroline sintió la necesidad de añadir esa pequeña pieza de información.

—¿Y tú lo violaste?—se burló Lucy tratando de contener la risa.

«*Tengo que admitir que toda esta situación es ridícula.*»

—No, burra —bufó su amiga reprimiendo la risa—. Él también quería...

—Y te dijo que te amaba...

—Sí, bueno —Caroline hizo un gesto de cansancio—. Creo que eso ya ha quedado claro.

—Y tú huiste... —continuó Lucy.

—Sí —admitió bajando la cara—. El problema es que no sé si hice lo correcto —explicó—. Yo simplemente salí corriendo de allí como la cobarde que soy, y no sé —suspiró—. ¿Debería decirle lo que siento?

—Yo creo que sí —respondió su amiga—. Quien sabe, tal vez todos esos años de conocerse sirvan para que tengan una relación estable y todo eso. Aunque conocerse por tanto tiempo no hace la diferencia, sino mírame a mí —dijo sinceramente Lucy—. Creía estar con el amor de mi vida y resultó ser porquería —se encogió de hombros—. Anoche se presentó en mi casa haciéndose la víctima y me besó —le contó—, pero lo peor no fue eso, sino que Chris apareció y entonces este imbécil le dijo un montón de cosas. Te juro que me hizo quedar peor que una prostituta.

—Maldito Carter —murmuró Caroline—. Pero tienes razón. Voy a hablar con Mark.

\* \* \*

La luz del sol penetraba como rayos láser a través de sus pestañas, haciéndolo gruñir las más pintorescas maldiciones jamás escuchadas. Mark estaba de mal humor y le dolía la cabeza. No había podido dormir en toda la noche pensando en todas las formas en que había dañado su relación con Caroline. Pero una de las cosas de pasar tantas pensando es que terminas peor de lo que empezaste, o escuchas llegar a tu hermano totalmente borracho haciendo el papel de bola de demolición humana. Al parecer la decoración de la sala ya no le complacía, porque terminó derribando todo lo que se cruzaba en su camino y vomitando en el pie de la escalera. Era un milagro que pudiera llegar a su habitación. Pero como los milagros no existen, fue Mark quien lo ayudó a conseguirlo.

—¿Qué voy a hacer ahora? —se preguntó mientras acariciaba uno de sus tatuajes.

Un tatuaje que siempre quedaba oculto bajo su ropa y que pocas personas habían visto. Uno que se hizo una noche, estando particularmente borracho en Nueva Orleans, después de haber leído uno de sus libros. Su primo Joseph lo había acompañado en esa ocasión, y para sorpresa de Mark también había conseguido un tatuaje esa noche. Uno del que le había exigido no volver a hablar.

Por él estaba bien. Mark tampoco deseaba hablar de esa sección de tinta en particular.

—Soy un estúpido —se reprendió mientras su mente regresaba a los eventos de la noche anterior.

No importaba cuantas excusas se diera, o cuantos escenarios imaginarios planteara, había metido la pata hasta el fondo. Era un hecho. Mark estaba convencido que decirle lo que sentía a Caroline había sido un mal movimiento. Por una vez que abría su corazón, ella solo corría en la dirección opuesta. Obviamente no había sido algo planificado, pero aun así... dolía, y mucho. Sin embargo, comprendía sus razones. Se conocían desde hacía demasiado tiempo. Cada manía, cada secreto. Además, Caroline había sido testigo de primera línea de todos sus escauceos amorosos. Verdaderos o

fingidos, porque él así lo había planeado. Era obvio que ella temía ser una más de la lista. Y esa era la diferencia entre ellos, se dijo. Caroline no había tenido una vida amorosa tan escandalosa como la suya.

—Creo que llegó el momento de tomar decisiones... —se animó.

«¿Seguir huyendo o tomar el toro por los cuernos?»

Cualquiera que fuera su decisión, tenía que actuar rápido. Había mostrado sus cartas en un descuido, y ahora se sentía fuera de balance.

Si decidía dejar de escapar, y asumir lo que sentía por Caroline, Mark debía demostrarle cuán diferente era ella para él, pero debía hacerlo poco a poco. Tenía que ganarse su confianza. No podía borrar o cambiar su pasado por más que lo deseara así que, si quería un futuro con Caroline, tenía que probarle a ella y probarse a sí mismo que valía la pena intentarlo.

Le mentiría por última vez, pensó, para darle tiempo de procesar lo que había sucedido. Tomaría el tiempo que estaría fuera con su hermano como plazo. Tanto para que ella se pensara sin presión en su confesión, como para él. Mark siempre había puesto su libertad en un puesto muy alto en su escala de prioridades. Libertad para ir y venir a su antojo, para hacer lo que quiera y cuando quiera, pero estaba claro que cuando se tenía pareja las cosas cambiaban. No es que tuviera una experiencia personal y directa, pero había visto a muchos de sus amigos cambiar radicalmente por sus novias, y eso lo aterraba. Dejar de ser quien era para convertirse en lo que alguien más desea.

«Pero es Caroline de quien hablamos, ella te conoció así.»

Ese pensamiento hizo que se calmara un poco y lo reafirmó en su decisión de darle tiempo. Pero una vez que regresara, iría con todo su arsenal para ganarse a la chica.

Más animado, Mark se puso en marcha. Sacó un par de analgésicos de su mesita de noche y se los tomó para aliviar un poco el dolor de cabeza. Se dio una ducha rápida y se vistió para salir. Mientras se arreglaba se dio cuenta de dos cosas. La primera, que sabía cuál era la ofrenda de paz perfecta para Caroline. Y la segunda, que durante todo el rato que estuvo pensando en qué decisión tomar, jamás consideró seguir huyendo de sus sentimientos.

«Después de correr por 15 años. Pero es mejor tarde que nunca, supongo.»

Con ese pensamiento todavía fresco, Mark fue hasta el garaje para preparar su moto favorita. Verificó el nivel de combustible y encendió el motor para calentarla. Se tomó su tiempo abriendo el portón de acceso, localizando su casco y disfrutando el ronroneo de la máquina. Una sonrisa empezó a danzar en sus labios, recordando las veces que solía escapar junto a Caroline para visitar la chocolatería hacia la que se dirigiría.

*15 años antes...*

*Mark y Caroline entraron, por tercera vez esa semana, sin aliento y sonriendo como tontos a la chocolatería de Paolo en Little Italy. Habían escapado nuevamente de la escuela pero, en lugar de correr todo el trayecto, esta vez habían tomado el autobús. Pero la parada más cercana estaba a una cuadra de distancia, y el sol se había ocultado de repente para darle paso a la lluvia, y eso los obligó a apurar el paso. De allí que llegaran en semejante estado de agitación.*

*Ambos chicos ya eran regulares en la chocolatería de Paolo. Tan regulares que él ni se molestaba en preguntar dónde estaban sus padres, porque sabía que la respuesta a esa pregunta sería igual que todas las veces anteriores. Falsa.*

*No había que ser muy inteligente para deducir que dos chicos en edad escolar, vistiendo uniforme, no estaban allí con la bendición de sus representantes precisamente. Pero los niños le caían bien, así que lo pasaría por alto. Una vez más.*

*Mark se acercó al mostrador, se reclinó sobre la vitrina y saludó a Paolo como de costumbre. Haciendo la peor caracterización del acento italiano, y usando palabras que ni siquiera existían. El italiano no se ofendía por semejante crimen contra su idioma, al contrario, le divertía. Así como divertía a la vivaracha pelirroja que siempre acompañaba a aquel bufón.*

*—¿Qué les ofrezco hoy, jovencitos? —preguntó Paolo.*

*La vista de Caroline estaba clavada en una caja lila con detalles dorados que contenía bombones de chocolate. Era como si los bombones y Caroline tuviesen un código secreto de comunicación, porque ella se acercaba a ellos como si estuviese bajo un hechizo.*

*—Mi socia, aquí presente —dijo Mark señalándola pero sin mirarla—, tuvo un*

*problema en la escuela hoy. Lo que buscamos es algo que le levante el ánimo — explicó.*

*—Pues me parece que tu socia, pequeño charlatán, ya escogió lo que desea — sonrió el pastelero—. Y déjeme decirle, signorina, si esos bombones rellenos no logran animarla, la próxima vez que vengan aquí no pagarán absolutamente nada.*

La mente de Mark se embarcó en un viaje al pasado, recordando el momento exacto en que Caroline descubrió el que se convertiría en su mayor vicio cuando eran adolescentes. Siempre que estaba triste, que era muy frecuente gracias a sus padres, iban por esos chocolates. Cuando salía bien en un examen particularmente difícil, iban por esos chocolates. Si era honesto, siempre tenían las excusas más absurdas para atravesar la ciudad hasta la chocolatería de Paolo. Corriendo, en autobús, pidiendo que algún extraño los llevara..., la forma de llegar no era lo importante, sino la aventura y la recompensa.

Sacó la moto del garaje, cerró el portón con el control remoto, y sin perder tiempo se incorporó al tráfico de la ciudad para llegar hasta *Little Italy*. Al mismo lugar al que había llegado corriendo unos días antes. Solo que en esta ocasión no daría la vuelta ni correría a esconderse.

El recorrido fue rápido en su moto, entró al local y saludó a los empleados por sus nombres, como a viejos amigos que tienes tiempo sin encontrar. Paolo todavía estaba tras el mostrador. Más entrado en años, pero seguía manteniendo la misma mirada intensa que parecía escanearte en busca de secretos. Un brillo de reconocimiento apareció en los ojos del italiano. Entonces sonrió.

*—Miren quién aparece por aquí —se carcajeó el italiano—. Pensé que habías olvidado el camino.*

Eso hizo sonreír a Mark.

*—No había olvidado el camino, solo había olvidado mi billetera —respondió.*

*—Sigues siendo el mismo charlatán de hace 15 años, muchacho —lo acusó el hombre—. ¿Qué te ofrezco?*

*—Los bombones de mi socia —sonrió Mark—, porque todavía los haces ¿no?*

*—¿Cómo podría dejar de hacer los bombones favoritos de mi mejor cliente? —*

Preguntó Paolo—, porque ella si viene a visitarme —arqueó la ceja.

Mark no pudo seguir conteniendo la carcajada.

—Pues voy a necesitar una caja de esos bombones, envueltos para regalo.

—¿La hiciste enojar? —se burló Paolo—. Porque ese gesto tiene escrito *Ofrenda de Paz* por todas partes.

—Algo así —Mark se encogió de hombros—. Digamos que tardé un poco en aceptar algo importante, y abrí la boca en un momento, digamos, ¿inconveniente?

—Tú siempre abres la boca en momentos inconvenientes, muchacho ¿cuál es la novedad? —preguntó el italiano seleccionando los bombones y depositándolos en una caja lila con detalles dorados, parecida a la que solían ofrecer a los clientes cuando Mark tenía 13 años.

Paolo terminó de arreglar la caja y se la ofreció, rechazando la tarjeta de crédito de Mark cuando se la tendió para pagar por los chocolates.

—Anda y pon una sonrisa en la cara de esa niña —aconsejó Paolo—. No se te ocurra volver si no reparas lo que sea que hayas hecho —lo amenazó apuntando con el dedo, y Mark asintió porque el italiano podía ser aterrador cuando se lo proponía. No importaba cuantos años tuviera.

Mark salió de la tienda y emprendió el camino de regreso. Solo que en lugar de estacionar frente a su casa, lo hizo frente a la casa de Caroline. Bajó de su moto, tocó el timbre y esperó.

«*Ojalá que esto funcione.*»

\* \* \*

Caroline y Lucy estaban enfrascadas en su conversación cuando escucharon el timbre. Se levantaron al mismo tiempo sorprendidas por la interrupción.

—¿Esperas a alguien? —quiso saber Lucy.

—No —admitió su amiga—. No espero a nadie.

El timbre volvió a sonar, por lo que empezaron a caminar hacia la sala. Caroline se adelantó a su amiga y observó a través de la mirilla solo para encontrarse con un Mark vestido con vaqueros desgastados, una camiseta clara que ella le había regalado y su

chaqueta de cuero favorita. Unos lentes de sol completaban el atuendo.

—Es él —vocalizó Caroline señalando la puerta, luego se acercó a su amiga y preguntó en voz baja—. ¿Me veo bien?

—Perfecta nena, haz lo tuyo —la animó Lucy, que se ocultó detrás de ella para no perder detalle de la escena.

Caroline abrió la puerta, pero no completamente. Saludó a Mark con una sonrisa temblorosa en el rostro mientras se reprendía por su actitud.

«*Deja de actuar como una adolescente.*»

Habían sido amigos desde siempre ¿ahora sentía vergüenza de hablar con él? La verdad sea dicha, sí. Sí estaba avergonzada, pero no por lo que habían hecho sino por su reacción después de que él le dijera que la amaba. Caroline siempre se jactaba ante él de ser una mujer adulta, madura e independiente.

«*Sin embargo lo tengo al frente siento que tengo 16 otra vez.*»

Antes de que ella pudiera decir nada, Mark le tendió una caja de color lila y le ofreció una sonrisa cálida. Ella reconoció la caja al instante.

—Carol, solo venía a ofrecerte una disculpa —dijo él—. Ayer estaba muy bebido y dije algo que realmente no quise decir.

«*¿Perdón?*»

Caroline se le quedó mirando como si le hubiese salido un tercer ojo, pero era incapaz de responder.

«*¡Vocaliza, idiota!*»

—No... yo... —balbuceó Caroline.

—Déjame terminar —pidió Mark—. Estarás de acuerdo conmigo que lo de anoche fue increíble —suspiró antes de apoyarse del marco de la puerta y sonreír de medio lado. Caroline conocía esa sonrisa, la había visto muchas veces—. Pero eres mi mejor amiga, y no me gustaría arruinar eso. No me gustaría que las cosas se pusieran raras entre nosotros porque fui un imbécil y te dije algo estúpido después del sexo.

Ahí estaba. Esa era la sonrisa que él siempre usaba justo antes de romper su corazón como si fuera un florero sin valor. Caroline se tragó las lágrimas que pugnaban por salir y asintió.

—No te preocupes, cariño —le dijo devolviéndole una sonrisa—. Esto no tiene por

qué hacer las cosas raras entre nosotros.

—Genial —exclamó él con más entusiasmo del que sentía—. Bueno, eso era todo —se incorporó—. Qué tengas un lindo día, belleza —añadió mientras se acercaba a darle un beso en la frente—. Nos vemos, nena —se despidió mientras se subía a la moto y recorría el pequeño trecho hasta su propia casa.

Caroline se quedó allí, observando mientras se alejaba. Luego cerró la puerta y se recostó de ella mientras procesaba lo que acababa de ocurrir. Mark se había retractado. Para él era más importante tenerla como amiga.

—¡Estúpida, estúpida, estúpida! —Gruñó mientras buscaba algo para sostenerse.

No pudo seguir conteniendo las lágrimas y se derrumbó. Lloró como no lo había hecho en años, la diferencia era que ya no estaba sola en su habitación. Esta vez estaba Lucy para sostenerla mientras lloraba.

—Lo siento mucho, cariño —se lamentó Lucy mientras la acunaba como a una niña pequeña y la dejaba llorar.

A Lucy le rompía el corazón ver a su amiga en ese estado. Caroline siempre era la fuerte, la intocable, la que parecía estar muy por encima de dramas románticos. Se dio cuenta que todos los años en que habían sido amigas solo había visto una máscara festiva, las sonrisas y la música en su amiga, y que todo ese dolor, el rechazo y los corazones rotos estaban guardados muy profundamente, acumulándose, como una bomba de tiempo esperando el momento justo para explotar.

—¿Por qué me pasan estas cosas a mí? —se quejó Caroline entre sollozos.

—No lo sé, cariño —admitió Lucy mientras le acariciaba el cabello. Se sentía impotente—. Pero todo estará bien. Haremos que esté bien —prometió—. Haremos este viaje, nos relajaremos y conoceremos a los hombres de nuestra vida —le aseguró.

—Eso haremos —aceptó Caroline secándose las lágrimas y abriendo la caja que aún tenía entre las manos.

A Caroline se le formó un nudo en la garganta cuando vio los bombones porque supo exactamente de qué tienda venían. Había pasado muchas horas en ese lugar. Tantas que esa chocolatería era como una casa para ella, y las personas tras el mostrador eran como su familia. Le ofreció uno a Lucy y tomó uno para ella

—Por el viaje que nos cambiará la vida —brindó Caroline.

—Por el viaje de nuestras vidas —dijo Lucy haciendo chocar los bombones—. Por lo que fue y por lo que vendrá.

## CAPÍTULO IX



Después de darle la espalda a Caroline, y empezar a mover la moto hasta su casa, Mark empezó a cuestionar si había tomado la decisión correcta.

*«Tal vez lo que hice fue empeorar las cosas.»*

Pero debía ser paciente, se recordó mientras guardaba la moto en el estacionamiento. Toda su vida se había tratado de recompensas y satisfacción inmediata. No recordaba muchos momentos en los que tuviera que invertir esfuerzo a largo plazo. Al menos no en algo que no estuviese con las motos. En ellas invertía horas de trabajo, además de miles de dólares en modificaciones, para luego llevarlas a la pista y disfrutar del resultado. Más velocidad, más fuerza, más adrenalina.

Después de que la emoción pasara, su relación con esas motos empezaba a parecerse a su relación con las mujeres. Se aburría y tenía que pasar a otro proyecto. Por suerte siempre habían competidores interesados en ellas, de lo contrario nunca tendría suficiente espacio para guardarlas. Se había deshecho de casi todas sus motos. Menos de la primera, la que consiguió en una tienda de trastos cerca de *Venice Beach* cuando tenía diecisiete.

Había visto esa moto en una de sus tantas visitas al lugar. *Venice Beach* era un sitio al que le gustaba ir de vez en cuando, mezclarse entre la gente y disfrutar del ambiente. Tenía muchos recuerdos de ese lugar, por eso siempre que estaba en la ciudad encontraba un momento para conducir hacia allá. *Venice Beach* era su refugio, así como al parecer la chocolatería de Paolo era el de Caroline.

*«Encontrar la moto aquel día fue algo casi mágico.»*

Esa tarde había arrastrado a Caroline con él, como de costumbre, hasta la playa. Habían patinado, hablado tonterías, comido pizza mientras escuchaban el sonido de las olas, y luego habían empezado a vagar por el boulevard curioseando en las tiendas. No se suponía que tendrían el chasis de una vieja *Harley* allí. De todos los lugares...

¿Cuáles eran las probabilidades?

Mark se había emocionado muchísimo al reconocer el chasis, y había querido comprarlo al momento. Tuvo que esperar un par de semanas mientras hacía espacio en el garaje de sus padres y reunía el dinero. Que estuviese en una tienda de trastos no significaba que fuera barata. No era una moto completa, no todavía, pero él veía el potencial. Sus padres se habían cabreado muchísimo cuando llegó con el chasis en la parte de atrás de la camioneta de su primo Joseph. Y pasó algún tiempo para que dejaran de molestarle cuando le dedicaba tiempo a su pequeño proyecto. Pero conforme pasaba el tiempo, la Harley fue cobrando vida. Todavía le faltaban algunos detalles para ponerla en forma. Para que fuera perfecta. Pero sentía miedo de que, al terminar el proyecto, su ilusión muriera igual que con las otras.

Subió a su habitación y para matar el tiempo empezó a arreglar su equipaje. Mark era desordenado, pero odiaba dejar cosas olvidadas por lo que había terminado desarrollando un método para empacar. Elaborar una lista con las cosas que debía llevar, y luego depositarlas en la maleta. Escribir la lista le tomó sus buenos 20 minutos, repasando artículo por artículo, imaginando todas las situaciones en las que podría verse envuelto pues eso le ayudaba a decidir lo que era imprescindible y lo que no. Cuando estuvo conforme con lo que debía reunir, empezó a arreglar los artículos dentro de la maleta.

El tiempo se le fue sin que lo notara. Cuando terminó ya casi era hora de comer. Cerró la maleta y la deslizó bajo su cama, igual que un morral que había preparado con el cargador de su teléfono, cámara digital y artículos de aseo personal. Luego salió de su habitación para encontrar a su hermano levantando los restos mortales de un florero que su abuela le regaló a su madre cuando tenían 8.

—Buenas tardes, doctor Laurens —se burló Mark.

Chris gruñó algo ininteligible como respuesta, haciéndolo sonreír. La verdad es que en su estado de ánimo actual pocas cosas lograban animarlo. Molestar a su hermano era una de ellas.

—Muero de hambre —suspiró dejándose caer en el sofá—. ¿Qué hay para almorzar? —preguntó intentando sonar divertido.

—He pedido algo, debe llegar en unos minutos —respondió Chris de mala gana.

Mark rodó los ojos y se levantó del sofá. Había esperado que Chris le discutiera,

que le dijera que resolviera lo del almuerzo o algo similar. Se sentía inquieto, al límite, esperando la menor excusa para correr y hacer alguna tontería, así que caminó hacia la nevera para tomar agua

Caminó hacia la nevera y sacó una botella de agua mineral, desenrolló la tapa y bebió un sorbo. Luego tomó una respiración profunda, escogiendo muy bien sus palabras, antes de volver a hablarle a su hermano.

—¿Estás seguro de que no podemos irnos antes? —Quiso saber—. No estoy muy seguro de poder estar más tiempo aquí sin hacer algo potencialmente estúpido.

Decidió optar por la sinceridad, después de todo hablaba con su hermano no con un extraño. Si había alguien que conociera su historial de idioteces era su hermano.

—¿Por ejemplo? —se burló Chris—. ¿Qué podrías hacer esta vez? Sorpréndeme —lo retó.

No es que Chris estuviese renuente a partir antes de lo previsto, Mark podía verlo claramente en su expresión, incluso cuando intentaba hacerse de rogar. Pero él no alcanzó a contestar la pregunta de su hermano porque en ese preciso momento empezó a sonar el timbre.

—Y esa debe ser la comida —sonrió—. Yo abro —se excusó y empezó a hacia la puerta mientras sacaba su billetera.

Efectivamente, comprobó Mark al abrir la puerta, uno de los repartidores habituales estaba parado sosteniendo tres bolsas identificadas con uno de los restaurantes habituales en días como aquel. Que realmente eran más frecuentes de lo que a sus padres le gustaría.

Pagó el importe de la comida y le dio una generosa propina al muchacho, entonces regresó a la cocina para servir el almuerzo. Tomó cubiertos y un par de vasos limpios y los dejó en la encimera, luego sacó una jarra con zumo de naranja que había en la nevera. No quedaban muchas cosas allí, por suerte, sino la nevera olería a cadáver descompuesto cuando regresaran.

Acercó una silla y se sentó frente a su hermano, entonces empezó a compartir los fideos con vegetales, el cerdo agridulce y el arroz frito.

*«Solo hace falta el sake.»*

Luego reconsideró ese pensamiento, porque consumir alcohol solo empeoraría su

situación. Chris y Mark empezaron a comer en un silencio poco habitual, pues generalmente conversaban en las pocas ocasiones que coincidían para comer. Aunque decir que Chris lo regañaba por su despliegue de inmadurez más reciente podría considerarse una descripción más precisa de lo que pasaba.

Degustaron cada alimento, regodeándose en su sabor como si se tratara de comida *gourmet* y no el menú para llevar del restaurante asiático más cercano. Ninguno de los dos hermanos era la alegría de la cuadra ese día. Ambos estaban irritables y predispuestos a discutir por cualquier tontería, y hasta ese momento Chris no había notado que el bromista de su hermano, quien no perdería ocasión de echarle en cara el estado en el que llegó a la casa la noche anterior, repentinamente no tenía nada que decir. Eso era casi milagroso, porque Mark nunca se callaba. Jamás. Si su vida dependiera de guardar silencio, él hablaría.

—No me respondiste antes —dijo Chris antes de tomar un sorbo de su jugo.

Para evitar responder, Mark se metió un bocado de cerdo agridulce en la boca y luego se señaló para indicar que no podía hablar.

—Pff... —bufó Chris molesto por la actitud infantil de su hermano—. Como si eso te ha detenido antes.

Mark rodó los ojos, tragó su comida y se aclaró la garganta. Recordaba cual era el plan de su hermano la noche anterior. Ambos se habían pasado de la raya con el licor, pero su memoria estaba intacta. Y Chris no tenía la actitud de alguien que tuvo una noche ganadora con la mujer que le gustaba.

—Por tu actitud de hoy debo presumir que te fue muy mal con la chica —dijo Mark desviando la atención, algo que se le daba muy bien, y evitando el interrogatorio de su hermano. Luego tomó un bocado de comida y esperó la respuesta, aunque dudaba que Chris compartiera algo con él.

Esa era una de las características de Chris. Él preguntaba, pero nunca respondía. Desde que sus padres se mudaron a San Diego, para no tener que ser testigos de las niñadas de Mark según ellos, Chris había asumido el papel de papá. Eso según su punto de vista lo facultaba a pedir explicaciones, regañar y brindar consejos que nadie le había pedido. Pero cuando se trataba de sus cosas, Chris era excesivamente reservado. El que se abriera un poco mientras estaban en el bar había sido obra, exclusivamente,

del poder del Jack Daniels.

—No quiero hablar del tema —masculló Chris—. Mejor hablemos de lo que sea te pasó a ti después de despedirnos, y del humor de mierda que tienes.

—No es asunto tuyo—respondió. Si Chris no hablaba, él tampoco lo haría. Estaba cansado de ser el objeto de las críticas todo el tiempo.

—Entonces supongo que ambos tuvimos una mala noche —asintió su hermano.

«¡Llamen al Vaticano, acabo de presenciar un milagro!»

—¿Y sabes qué? —Siguió diciendo Chris—. Yo tampoco quiero pasar más tiempo aquí, así que ciertamente podríamos adelantarnos y tomar nuestro vuelo hoy. Nos instalamos en un hotel y salimos por allí... —sugirió—. Quizás el cambio de ambiente nos ayude a dejar de pensar en tonterías.

—Estoy de acuerdo con tu plan, hermanito —respondió Mark sonriendo satisfecho—. Mis cosas están listas para salir cuando estés preparado.

Si hubiese dicho que había sacado un título en Astrofísica, su hermano no hubiese parecido tan sorprendido como cuando dijo que ya tenía todo listo para salir. Por lo general él era quien retrasaba las salidas porque no lograba recordar si tenía todo lo que necesitaba. Mark podía decir que Chris tenía un comentario irónico en la punta de la lengua, pero no lo expresó en voz alta.

—Bien, haré un par de llamadas cuando terminemos de comer —dijo en su lugar—. Supongo que no tendremos problemas para salir a media tarde —consideró—. Si paso otra noche aquí voy a terminar haciendo alguna tontería.

Eso era tan poco propio de su hermano, pensó Mark, pero estaba muy en sintonía de lo que él mismo estaba sintiendo.

—Estaba pensando exactamente lo mismo —respondió él soltando un suspiro cansado.

Entonces Mark se dio cuenta del error que había cometido, porque si Chris había estado sorprendido antes, nada superaba la cara que tenía en ese momento. Chris nunca esperaría que él se contuviera de hacer estupideces, al contrario, las esperaba para poder criticarlo. Mark no era de los que sentía remordimientos o vergüenza, de acuerdo a su familia, aunque la realidad fuera totalmente distinta.

«¡Y aquí vamos!»

—¿Se puede saber en qué lío estás metido? —Chris estaba a punto de perder la paciencia, imaginando en qué clase de problemas pudo meterse Mark durante las pocas horas que quedó “sin vigilancia”. Apuestas, accidentes de tránsito, la Mafia Rusa. Los escenarios más ridículos y extremos entraban en su lista de sospechas.

.—En ninguno que te afecte —respondió él replicando su tono—. Antes te dije que no era tu asunto, así que apreciaría que no intervinieras en esto.

—Sabes que puedes hablar conmigo. Soy tu hermano —insistió Chris suavizando un poco el tono—. Yo también tuve una noche de mierda, como te habrás dado cuenta. ¿Crees que te fue peor que a mí? —lo retó con una sonrisa.

—Ayer me dejaste en el bar para ir a lo de esta chica —empezó a explicar—. Y regresé a casa en un taxi. Cuando llegué apenas y podía mantenerme en pie por la borrachera, pero eso ya deberías imaginarlo... —suspiró—. Ya estaba bastante mal cuando te largaste —hizo una pausa, tratando de encontrar la mejor manera de explicar lo que pasó—. El asunto es que, y los detalles de cómo inició todo no los tengo muy claros, de repente estaba besando a Caroline y terminamos teniendo sexo aquí —admitió derrotado—. Le dije que la amaba y ella salió huyendo —terminó de decir mientras se frotaba la cara con ambas manos.

Chris sintió pena por su hermano, pero no podía evitar reír de la ironía.

—¿Te dieron a probar tu propia medicina finalmente?

«¿Y el hermano comprensivo dónde quedó?»

—No estoy para tus burlas —replicó él—. Ahora supera eso.

Era una competencia tonta, pero últimamente las palabras inteligente y Mark no se usaban mucho en la misma frase.

—Lo siento, hermano —dijo Chris tratando de contener la risa—. Siempre supe que este momento llegaría, pero... mierda, ¿Con Caroline? —se carcajeó—. ¿Ella es la amiga de la que dices estar enamorado? —cuando vio la expresión ofuscada en el rostro de su hermano decidió dejar de molestarlo—. Ya, lo siento... no quise juzgarte, es solo que... estoy sorprendido ¿está bien?

«Sorprendido, sí claro. Muerto de risa es que estás. Cabrón.»

—Espero resultarte más entretenido que *Chatty Man*—bufó Mark refiriéndose al programa de televisión que le gustaba ver a su madre—. ¿Vas a contarme lo que

sucedió contigo anoche? Llegaste más tomado que yo, y eso ya es una proeza, además de derribando todo a tu paso.

—Pues nada que, por una vez que decido hacer caso a tus consejos, y todo me sale mal —se quejó Chris—. Lucy estaba con su novio.

—¿Pero hablaste con ella? —Quiso saber Mark—. Tampoco es que ustedes sean grandes amigos. Se acaban de conocer —le recordó—. Además, planificaste bien tu excusa. Era un plan a prueba de tontos. ¿Fue mucho para ti? —ahora era él quien sonreía.

—Estaba en la puerta de su casa, casi desnuda, reconciliándose con su novio —aclaró Chris—. Parece que tiene por costumbre ir teniendo aventuras a diestra y siniestra, y yo parecía estar en su lista de próximas víctimas.

*«Claro, porque el señor estoy-muy-ocupado-para-las-relaciones estaba buscando algo serio.»*

—Eso es estúpido —respondió Mark tratando de que su hermano sacara la cabeza del culo—. Para empezar, fuiste tú quien la abordó en la cafetería. El encuentro en el bar, según me contaste, no fue planificado...

Chris pareció pensar en eso por un momento y asintió. Era verdad. Mark rodó los ojos.

*«Pero el idiota soy yo.»*

—¿No pensaste que tal vez este tipo lo único que quería era eliminar la competencia? —continuó explicando—. Yo en su lugar, si tuviese a alguien rondando algo que considero mío, lo haría.

No es que jugara al cavernícola ni mucho menos. No tenía necesidad de ponerse territorial con las mujeres, porque lo que buscaba con ellas era pasar un buen rato. Claro, que si habláramos de Caroline...

*«Concéntrate, Mark.»*

—Pero ella no lo desmintió —Chris cruzó los brazos sobre su pecho.

—¿Le diste oportunidad siquiera? —él arqueó una ceja a su hermano.

—No —admitió el doctor—. No lo hice.

—Pues bien, allí está. El novio, o ex novio, o lo que sea, de tu chica te mintió en la cara y tú le compraste la historia —sonrió ampliamente con la certeza de tener la razón

—. No me extrañaría que ella quisiera patearte el trasero si te vuelve a ver.

—Aunque tuvieras razón, eso no quita que ella tenga una relación con alguien —aclaró Chris.

—Eso es algo de lo que no vas a estar seguro hasta que hables con ella —insistió Mark—. Ve, discúlpate por ser un idiota y dale oportunidad de hablar a la chica. Yo puedo pasar un día más sin meterme en más líos —hizo una pausa para añadir dramatismo al momento—, creo.

—Eres bueno dando consejos que nunca aplicas para ti —se burló su hermano.

«*Esa es mi especialidad, hermanito.*»

—Pero sé cómo arreglar mis desastres —dijo Mark en cambio—. Ya me disculpé con Carol esta mañana.

—¿Por decirle que la amabas? —Chris creyó alucinar—. ¿Es mentira acaso?

—No lo es, pero... admitámoslo —respondió apoyando los antebrazos sobre la encimera—. Caroline es de las que sueña con el “felices para siempre”. Si hay algo que ella sabe bien es que yo no le daré eso —sonrió sin ganas—. Hemos sido amigos desde siempre, me conoce incluso mejor de lo que yo mismo me conozco. Hizo bien en correr.

—¿Te rindes, así nada más? —Chris no sabía si sentirse sorprendido o enojado por el concepto tan bajo que Mark tenía de sí mismo.

—No me rindo —respondió—. Pero si ella no me quiere a mí, más que como amigo, no puedo hacer nada. Pudo haberme dicho algo cuando fui a verla, en cambio aceptó mis disculpas y sonrió como si todo volviera a estar en orden. Si me preguntas, prefiero tenerla como amiga antes que perderla definitivamente.

—Nunca entenderé cómo funciona tu mente, Mark —dijo su hermano—. Pero deberías saber que con las mujeres es otro juego completamente.

Mark asintió dándole la razón a su hermano. Odiaba mentirle, pero no quería revelar su verdadero plan. Conquistar a Caroline. Le daría el espacio que necesitaba, pero solo lo que duraba el viaje. Cuando regresara... allí sería otra historia.

—¿Sabes qué? —dijo Chris—. Tienes razón... hablaré con ella —estiró ambos brazos por encima de la cabeza—. Pero después. Cuando regresemos del viaje —se animó—. Con suerte, si está cabreada conmigo, se le habrá pasado el enojo para

entonces y no habrá riesgos de que me decapite o algo peor —explicó—. Es amiga de Caroline después de todo.

Los hermanos rieron ante esa posibilidad y terminaron de tomar su almuerzo. Un par de horas después iban camino al aeropuerto de Los Ángeles para tomar un vuelo a Miami, que finalmente abordaron alrededor de las 6 de la tarde. Mientras estuvieron en el aeropuerto Chris miró varias veces su celular, tentado a ponerse en contacto con Lucy, pero recordó que no tenía su número y que, si todo resultaba ser como Mark sugería, probablemente ya le habría contado a Caroline y ella no estaría dispuesta a ayudarlo. Un asco de panorama si le preguntaban.

Mark, por su parte, no dejaba de darle vueltas a la idea de que posiblemente se había precipitado. Empezó a dudar y eso lo tenía bastante nervioso. Pero ya estaba hecho y estaba por alejarse varios cientos de kilómetros. No tenía otra alternativa, salvo esperar.

\* \* \*

El tiempo pasan rápido cuando tu mente se desconecta de tu cuerpo. Eso era lo que pensaba Caroline conforme las horas de aquel día se escurrían como agua entre sus dedos. Después de sentirse tan mal por la forma en que Mark se había retractado de su declaración, Lucy propuso que fueran a un Spa para consentirse un poco. Así fue como su día transcurrió, entre depilaciones con cera, manicure y otros tratamientos de belleza.

Solo quedaban horas para emprender su viaje, así que hicieron votos para disfrutarlo al máximo. Cuando lograron hacer a un lado todas las cosas que las deprimían, Caroline y Lucy empezaron realmente a relajarse. Y ese era el propósito de todo aquello, de la tarde de Spa y del viaje. Relajarse, divertirse y pasarla bien.

Al salir del Spa, organizaron juntas lo que llevarían en su equipaje. Si bien Lucy había arrastrado dos grandes maletas hasta la casa de su amiga, su intención había sido que ella le ayudara a escoger las cosas que le favorecían más. Caroline, por su parte, quería renovar un poco su closet. Aunque había ido de compras un par de días antes, siempre sentía que algo le faltaba.

«Es una pena que en el centro comercial no tengan réplicas menos idiotas de Mark, eso sería una compra instantánea.»

Caroline y Lucy no parecían ponerse de acuerdo en su elección de vestuario para el crucero. Lucy seleccionaba piezas básicas, muy cómodas pero nada favorecedoras. A ella no se le daba muy bien el asunto de la coquetería y la seducción. Caroline era una historia totalmente diferente. A pesar de sus inseguridades, se había convertido en una máquina de seducción bien engrasada. Conocía todos los trucos y secretos que una mujer debe saber, tomaba lo que quería y hacía salidas espectaculares. Había filas de hombres con el corazón roto esperando una llamada de ella. Una llamada que nunca llegaría. La pelirroja nunca entregaba su corazón, por eso Lucy sentía tanta pena por su situación actual. Aunque no se lo dejaría saber.

—¿Me puedes explicar, una vez más, cuál es el propósito de llevar tacones a un crucero? —preguntó Lucy.

—Voy a hacer como si no escuché eso —Caroline se cubrió los oídos con las manos—. No necesitas ocasiones especiales para usar tacones, mi querida amiga. Cualquier excusa es buena —le explicó—. ¿Una fiesta a bordo? Tacones —empezó a enumerar—. ¿Un tipo guapo te invita a cenar? Pues, tacones. Ni modo que vayas con *flips flops* a una cena elegante, ¿cierto?

—Contigo no se puede —suspiró Lucy, pero aceptó su derrota y guardó un par de tacones negros en la maleta.

Realmente era complicado discutir con Caroline cuando tenía una idea metida en la cabeza, recordó Lucy.

Caroline parecía más animada. Cuando su mente se enfocaba en cosas prácticas, o en los problemas ajenos, se calmaba porque era algo en lo que podía ayudar. ¿Su vida personal? Eso era algo que, para ella, no tenía solución por el momento. Se quedó, de repente, mirando a su amiga y se dejó caer en un mueble puff que estaba cerca de la ventana de su habitación, extendió las piernas y cruzó sus brazos detrás de su cuello. Una amplia sonrisa se extendió por su cara mientras veía a Lucy de pie frente a ella.

—Bueno, bueno, señorita Blake... —habló con un tono distante y profesional, como de operadora telefónica—. Revisemos las opciones de vestidos baño y ropa interior que llevará en su maleta.

—Tonta —se carcajeó Lucy—. ¿Te hago pase completo de lo que voy a llevar?—se burló mientras hacía algo que pretendía ser una pose sexy como las que hacen las modelos de Victoria's Secret.

—¡Claro! —sonrió Caroline—. Tenemos que sacarle provecho a las vacaciones —le recordó—. No pretenderás que te deje llevar calzones de abuelita, ¿o sí?

Lucy negó con la cabeza y, entre risas, sacó el primer conjunto de bañador, que era un traje a dos piezas de color rojo. La parte superior no tenía tirantes, sino que tenía un broche en medio de los pechos. La parte inferior, por su parte, era un discreto tanga de corte clásico. Completaba el atuendo con un sencillo vestido playero azul marino anudado en el cuello que dejaba al descubierto sus clavículas y la mitad de la espalda, la tela caía con fluidez por su cuerpo y le llegaba unos pocos centímetros sobre las rodillas. A Caroline parecía gustarle el atuendo, o al menos eso pensó Lucy hasta que ella se levantó del puff y caminó hacia el armario.

La pelirroja sacó un par de sombreros muy grandes que Lucy no recordaba haber visto jamás y se los lanzó como si se tratara de un *frisbee*, luego empezó a sacar vestidos suyos. Y zapatos. Ah, y lentes de sol. Era como si fuera a jugar a vestir maniquís.

Lucy bufó resignada a que, si así había reaccionado a su mejor conjunto de baño, lo demás lo quemaría en una hoguera. Cuando Caroline terminó de sacar todas las cosas que quería, que eran muchas por cierto, se volteó para encarar a su amiga.

—Nena, si quieres tener las vacaciones de tu vida debes arreglarte para conseguir las —le aconsejó—. Lo primero en la lista es deshacerte de ese espanto que llamas vestido.

Era horrible, pensó Caroline. Era algo que podría usar su madre. Bueno, eso tampoco era correcto. La única forma en que su madre usara semejante abominación era que llevara la etiqueta de una casa de modas europea y el precio tuviera, por lo menos, 4 dígitos.

Lucy siguió las instrucciones de Caroline y se deshizo del vestido azul, dejándolo caer en el piso. Entonces Caroline le tendió un vestido de baño negro con transparencias.

—Pruébate esto —le pidió.

Lucy tomó la prenda con dudas. No estaba segura de que aquello le fuera a cubrir algo.

—Deja de hacer esa cara —la regañó Caroline al ver la expresión de su amiga. Era como si sintiera dolor físico solo de pensar usarlo.

—¡Pero esto no me va a tapar nada! —se quejó Lucy indignada.

—Esa, mi querida amiga, es la idea —respondió.

Estuvieron cerca de dos horas probando y combinando atuendos. Lucy era como una muñeca humana que Caroline vestía y combinaba a su gusto. Era una suerte que ambas usaran la misma talla, se dijo, así no tenía que pasar por el fastidio de tener que modelar ella las prendas a ver cómo le quedaban.

Al final terminaron preparando tres maletas con todas las sugerencias de Caroline: Una maleta con lo que le había gustado a Lucy, una maleta con lo que la pelirroja había ordenado y con lo que ella se sentía cómoda, y una tercera con las prendas con las que no lograron ponerse de acuerdo. Si un ojo extraño detallaba el contenido, se daría cuenta de que descartaron casi totalmente lo que Lucy había llevado.

El equipaje de las escritoras consistía en atuendos reveladores, accesorios y zapatos a juego, ropa interior de lujo además de un par de vestidos de coctel. Estaban listas para un viaje memorable.

Al final de la tarde las chicas tomaron una cena ligera y un par de copas de vino. Hablaron tonterías por un rato. Planes, ideas absurdas para futuras novelas, pero Caroline no estaba emocionada por nada de eso, tampoco por el correo que su agente le había enviado. De ese correo del que todavía no había hablado con su mejor amiga.

Caroline todavía no sabía cómo sentirse con la idea de ver una de sus historias en la pantalla grande. La parte lógica de su cerebro le decía que debería estar feliz de que su trabajo llegue a un público nuevo a través del cine. Pero en lugar de eso solo sentía un vacío, como si hubiesen succionado sus emociones y dejado un gran agujero negro en su lugar.

Cuando terminaron su última copa se despidieron para descansar. Al día siguiente debían tomar un vuelo a Miami y desde allí abordarían el crucero. Sin embargo Caroline tenía demasiadas cosas en la cabeza, así que decidió sacar su computadora portátil para seguir escribiendo.

*«Finalmente conocía su nombre.»*

*Camille entró en la biblioteca guiada por Asmodeus y se sentó frente a Valac y Samael. Se hizo un tenso silencio después que Belial revelara su identidad ante ella. Nadie decía una palabra, aunque ella podía claramente ver las preguntas escritas en su cara. ¿Qué haría ahora? ¿Cuándo empezaría a gritar, llorar o correr?*

*Ella había gritado, llorado y corrido suficiente a lo largo de su vida, al menos eso pensaba porque ya no le quedaba energía para eso.*

*«Ahora, cuando pensara en él, sabría cómo llamarlo.»*

*Abría y cerraba la boca sin saber que decir, pero ¿qué le decías a uno de los demonios más temidos de la historia? Ella no sabía siquiera cómo mirarlo. Bueno, eso no era cierto. Era difícil no mirarlo. Pero ahora se sentía más intimidada por su presencia.*

*Al principio Camille se había reído. ¿De qué clase de manicomio se había escapado aquel hombre que decía llamarse como un demonio? Pero no, no se trataba del delirio de una persona mentalmente inestable. La risa de Camille había durado poco, así como la incertidumbre, porque él pudo probar que, efectivamente, era quien decía ser. Pero, incluso cuando la verdad estuvo frente a ella, no sintió miedo. El miedo no era una opción, se había dicho. El miedo era debilidad, y ella se negaba a ser débil delante de aquel hombre, o demonio, o lo que fuera.*

*Lilith la miraba, evaluando cada mínima reacción como si midiera a un oponente. Y quizás ella la veía de ese modo. En los últimos días se había establecido una especie de rutina en la que Camille y Belial orbitaban alrededor del otro. Camille se había sentido atraída por el misterio que lo rodeaba, por la fuerza que emanaba y por la sensación de seguridad que tenía cuando estaba cerca de él. Se había sorprendido por lo rápido que descartaba la idea de huir apenas cruzaba su mente. Algunas veces le inquietaba la facilidad con que Belial y sus hombres habían logrado convencerla de quedarse con ellos mientras investigaban quién intentaba hacerle daño. Ella no les contaba su historia, sin embargo. Eventualmente la descubrirían por su cuenta, y le darían la espalda. Ya no tendría a nadie para protegerla. Poco importaba que fueran demonios quienes lo hicieran*

*Belial parecía no poder soportar ni un minuto más de silencio, porque se levantó de la silla como si estuviese en llamas y salió de la biblioteca dando un portazo. El sonido del golpe la hizo estremecer.*

*—Discúlpalo, Camille —dijo Samael—. Nuestro comandante no sabe cómo lidiar con los silencios incómodos.*

*—Ya veo —respondió ella—. ¿Podría alguien explicarme cómo es que terminé en una casa llena de demonios? —pidió tratando de darle sentido a su situación actual. La lógica siempre ayudaba, ¿no?*

*—No es mucho lo que puedo decir —empezó a explicar Samael—, porque es poco lo que sé. Alguien cercano a Belial le encomendó la tarea de protegerte, y nosotros lo ayudamos.*

*—Pero ¿por qué necesitaría que 7 demonios me protegieran?*

*—Primero que nada —Valac se aclaró la garganta—, debo aclarar que no todos fueron demonios siempre. Ellos... —hizo un gesto que podría considerarse despectivo señalando a sus compañeros—, fueron ángeles antes. Ya sabes, guerreros alados sirviendo a tú-sabes-quién —la referencia la hizo reír.*

*—¿Qué? —se burló ella—. ¿Es que acaso no puedes decir su nombre?*

*—Algo así —sonrió Samael.*

*—Entonces él es tu Voldemort —Camille se cruzó de brazos—. Interesante.*

*—¿Voldemort? —preguntó Asmodeus intrigado.*

*—Sí, ya saben... el que no puede ser nombrado —explicó, pero solo se encontró con ceños fruncidos y miradas curiosas—. No puedo creer que hayan vivido por tanto tiempo y no tengan sepan nada sobre Harry Potter.*

*Pasaron horas enfrascados en conversaciones que giraban en torno a las diferentes tendencias de la cultura pop a través de los siglos, de cómo se habían conocido y convertido en una unidad de batalla. Cada uno reveló algo de sí mismo para Camille, pero ella no retornó la cortesía. A medida que pasaba tiempo con ellos los sentía como amigos, y no quería arriesgarse a perderlos. Todavía.*

*Caroline guardó los cambios en su manuscrito, hizo una copia en su memoria USB y procedió a guardarlo también en su cuenta de correo electrónico. En su bandeja*

continuaba el mensaje de su agente. Todavía sin responder. Se armó de valor para hacer *click* sobre la opción correspondiente y le escribió un par de líneas agradeciéndole su trabajo, su confianza y su apoyo, le dijo que se sentía honrada de que su novela fuera considerada para ser llevada al cine, pero que tendrían que posponer las discusiones relacionadas con el tema por unas semanas porque estaría fuera del país.

La escritora no tenía idea si realmente necesitaban que estuviera presente para tomar decisiones sobre la adaptación, al fin y al cabo era la editorial quien poseía los derechos sobre sus libros.

Con la mente un poco más despejada, después de escribir por horas, apagó el computador y se fue a la cama. El sueño fue llegando a ella como olas besando la orilla de la playa. Poco a poco. Arropándola como una manta tibia y cómoda.

\* \* \*

Adelantar el viaje, concentrarse en el ir y venir de la gente en el aeropuerto, verificar pantallas para confirmar horas de salida, nada eso logró que Mark dejara de pensar en Caroline. El calor de Miami, tan similar al de Los Ángeles, brisa marina, las mujeres guapas...

Nada. Ya no parecía él mismo, y eso le preocupaba.

Estaba seguro de que eventualmente pondría sus cosas en perspectiva y que sus dudas serían cosa del pasado. Había hecho una gran admisión, amaba a Caroline, y todavía le sentaba mal su actitud después de aquella confesión. Pero su plan era darle tiempo. Darse tiempo, a ambos, y luego dejar que las cosas encajaran en el sitio correcto. Es decir, uno al lado del otro.

Esa noche, a miles de kilómetros de ella, se preguntó si al final todo aquello valdría la pena.

*«Solo espero no perderla definitivamente.»*

## CAPÍTULO X



*«Llegó el día.»*

Caroline sentía una emoción casi infantil esa mañana. Quizás las 6 tazas de café que había tomado en menos de 15 minutos tenían algo que ver, pero eso no era lo importante. Lo que realmente importaba era que en unas horas pondría tierra y mar entre Mark y ella, porque estar tan cerca era una tentación que no estaba segura de poder resistir.

*«¿Y qué vas a hacer? ¿Decirle que se retracte de sus disculpas?»*

Por alguna razón, el gesto de Mark el día anterior ya no le entristecía. Había algo raro en su actitud. Los gestos y las palabras cuidadosamente estudiadas, porque no le cabía duda que él había ensayado ese discurso por lo menos 20 veces frente al espejo, no encajaban con la caja de bombones de la tienda de Paolo. No se iba a engañar, Mark no era de los que iban de romántico por la vida, pero tampoco era de los que se disculpaba. Y si bien es cierto que creía lo mucho que valoraba su amistad, las verdaderas razones de lo que hizo, de lo que dijo, eran un misterio para ella.

*«Si los hombres empezaran a hablar claro, en lugar de mandar señales confusas, todo sería mejor.»*

Pero, ¿cómo le había resultado a Mark declararle su amor?

—Sí, bueno, quizás yo también debería dejar de mandar señales confusas —volvió a sonreír.

Terminó de tomarse su café, subió a su habitación para darse una ducha y prepararse para salir, pero antes hizo una pequeña parada técnica en la habitación de invitados, donde Lucy seguía durmiendo como si no tuviese preocupaciones en el mundo.

—¡A levantarse, rayito de sol! —gritó desde la puerta, haciéndola saltar, y luego siguió caminando hasta su cuarto.

No tardó mucho en ducharse, vestirse, maquillarse y organizar algunas cosas en su cartera. Verificó que sus documentos estuviesen completos, se miró una última vez en

el espejo y salió de la habitación arrastrando una de las 3 maletas que había preparado con Lucy. Cuando se unió a su amiga, ya estaba bañada y vestida, pero su humor no era ni por asomo tan alegre como el de Caroline.

—¿Lista para empezar las mejores 3 semanas de tu vida? —le preguntó, y el entusiasmo de Caroline hizo sonreír a Lucy.

—Sí, ya estoy lista —respondió Lucy con un voz cansada.

—Oye, tanto alegría me impresiona —se burló—. Saca tu trasero gruñón de la habitación y vamos por café —propuso, pues una taza extra no le caería mal ¿verdad?—. ¡Y de allí al aeropuerto!

Lucy asintió y entre las dos arrastraron el resto de las maletas, las colocaron junto a la puerta y luego la rubia volvió a entrar para recuperar su bolso de mano. Ajustó las correas del bolso para llevarlo de bandolera, y cuando estuvo lista hicieron su camino hacia la sala.

Después de dejar todo el equipaje en la sala, desde donde sería muy sencillo sacarlo, Caroline llamó a la compañía de taxis para reservar un vehículo que las llevara al aeropuerto a tiempo para su vuelo. Luego fue hacia la cocina donde empezó su pelea habitual con la cafetera. Ella detestaba ese aparato del infierno. Era muy práctico y todo, pero ella prefería prepararlo como su nana, en una olla pequeña para luego colarlo, disfrutando de cómo el aroma envolvía toda su cocina. Pero no tenía tiempo para eso.

—Déjame hacer eso —le dijo Lucy abriéndose paso en la cocina.

La rubia empujó su bolso hacia atrás antes de inclinarse en el estante y atrapar el envase con el café molido. Abrió el depósito de la cafetera y sirvió cuatro cucharadas antes de cerrarla. Luego midió el agua para dos tazas y echó a andar el cacharro.

Cuando la cafetera emitió el pitido para avisar que había calentado el agua, ya la primera taza estaba en posición para recibir la bebida, y cuando se llenó fue rápidamente reemplazada por la segunda. Ambas escritoras tomaron su café de pie y lanzándose miradas de reojo mientras luchaban por contener la sonrisa.

—Tonta —gruñó Caroline entre sorbo y sorbo.

—Inútil —respondió Lucy, y ambas rompieron a reír en voz alta.

La verdad es que la experticia de Caroline frente a los fogones era bastante

limitada. Sabía lo básico para sobrevivir sin morir de hambre, era experta en el manejo del microondas y nadie la superaba haciendo órdenes telefónicas en los sitios que ofrecían comida para llevar.

Un par de horas después de aquella taza de café que tomaron juntas como desayuno, ambas escritoras estaban en el aeropuerto. Chequearon su equipaje, les entregaron su pase de abordar y se sentaron a esperar la llamada del avión que las llevaría hasta Miami.

—Has estado particularmente silenciosa desde que dejamos la casa —comentó Lucy mientras ojeaba una revista en la sala de espera.

—Estaba pensando.

—¿Algo que quieras compartir? —preguntó la rubia.

—Es algo que debí decirte ayer —suspiró—, es solo que todavía no sé cómo sentirme al respecto —admitió.

—Cuéntame —la animó su amiga.

—Kandi, mi agente, me envió un correo hace un par de noches...

—¿La misma noche de lo tuyo con el follador acróbata? —eso hizo reír a Caroline.

—Sí, esa noche —respondió—. Tienen un trato para adaptar una de mis novelas en una película.

Lucy se incorporó en la silla, olvidando completamente la revista, y se levantó para abrazar a su mejor amiga. Caroline sentía la emoción y la felicidad de Lucy en ese momento. Lucy estaba feliz por su triunfo, ¿por qué ella no podía sentir lo mismo?

—Esto hay que celebrarlo —chilló Lucy.

—Sí, bueno... —empezó a decir, pero su amiga la interrumpió.

—No importa cuán jodidas estén nuestras vidas personales, Caroline. Si escribir es lo que te consuela, entonces escribe. Si nuestras historias pueden hacer que la gente viva ese amor que falta en nuestras vidas, entonces se las seguimos entregando —la abrazó con fuerza—. Esto no es para ti. Es para tus lectores, preciosa. Ellos se merecen que te alegres con ellos, así que sí. Vamos a celebrar.

Caroline respiró profundo antes de responder.

—Sí, vamos a celebrar —sonrió finalmente, y justo en ese momento empezaron a llamar a los pasajeros de su vuelo.

Llegaron a Florida con tiempo suficiente para almorzar y contratar un servicio de taxi que las llevara hasta el lugar de abordaje del crucero. Tampoco tuvieron contratiempos allí, pues rápidamente les asignaron sus camarotes y recibieron una copia con las actividades recreativas que tendrían disponibles en las diferentes áreas de la embarcación.

—¿Ya te fijaste? —Preguntó Caroline con la mirada perdida en uno de los folletos—. Tienen actividades para solteros —se burló—. ¿Qué quieren decir con eso? ¿Nos obligarán a hacer rodar la botella?

—¿Uhhh? —respondió Lucy distraída.

«Claro, pero la que necesitaba actitud festiva era yo.»

Caroline se detuvo bruscamente y le golpeó el brazo con los folletos que tenía en la mano.

—Tu actitud vacacional apesta —la miró frunciendo el ceño y conteniéndose para no perder la calma—. Querías que yo me animara y lo estoy intentando, pero tú tienes que poner de tu parte también.

Lucy se mordió el labio inferior para que Caroline no la viera sonreír. Siempre le había parecido gracioso cuando su amiga entraba en modo Jerry Maguire y soltaba sus discursos de “*ayúdame a ayudarte*”. También era divertido verla molesta, así que empezó a hacerse la tonta solo por pincharla un poco.

—No entiendo de qué hablas, mi actitud está bien —le dijo tratando de parecer indiferente.

—¡Ya! ¡Me rindo! —bufó Caroline indignada—. Eres un caso perdido, Blake. Si lo tuyo va a ser pasar tres semanas en el camarote, genial. Yo voy a arreglar para disfrutar de la fiesta de bienvenida —la señaló con el dedo, pero recordó que eso era algo que solía hacer su madre por lo que optó por respirar profundo y hablarle con un tono menos hostil—. Si quieres puedes quedarte encerrada y aburrirte como ostra.

Luego se alejó taconeando hasta la puerta del camarote que les habían asignado. Usó la llave para entrar a la que sería su residencia por los próximos días, y que era muy similar a la estructura de una *suite* en un hotel de lujo. Tenía decidir rápidamente qué habitación usaría, la de la derecha o la de la izquierda, para desaparecer de la vista de Lucy cuanto antes. Escogió la de la derecha. Y sin perder tiempo arrastró su

maleta y se encerró allí. Ya iría después, cuando se calmara, por lo que le hiciera falta.

*«Más vale sola que con alguien que tenga mala actitud.»*

Colocó la maleta junto a la cama y empezó a inspeccionar el lugar. El espacio era amplio, y práctico. Diseñado para la comodidad. La combinación de colores, azul y blanco con algunos detalles en gris y cromo, le gustaron. Era algo que ella escogería para. Aunque hace mucho que no seleccionaba pinturas para su casa.

*«No vendría mal pensar en una remodelación próximamente.»*

El baño daba la misma sensación de confort que brindaba la habitación. No escapó de su atención que contaba con una amplia tina.

—Ya me veo allí por horas, decidiendo el destino de Belial y Camille —sonrió encantada.

Caroline regresó a su habitación para verificar la hora de la fiesta de bienvenida para empezar a prepararse. Tenía algunas horas para ella, así que decidió desempacar. Caroline no compartía ese hábito que tienen muchas mujeres de vivir con la maleta hecho durante todas las vacaciones, como si esperaran que algo las obligara a regresar inesperadamente. Porque en su caso, eso era algo que pasaba con frecuencia, especialmente si las vacaciones eran en compañía de su familia.

*«Y generalmente lo que me obligaba a regresar eran las ganas de cometer homicidio cuando pasaba más de veinticuatro horas con ellos.»*

Sacó sus vestidos y los colgó en el armario que tenía a un lado de su cama. Luego sacó sus bañadores y la ropa interior, y la organizó en las gavetas de las que disponía. Lo siguiente que ordenó fueron sus artículos de aseo, maquillaje, perfumes y accesorios, dejando guardado en la maleta lo que tenía menos ocasiones para usar.

Luego se metió a la ducha. La humedad siempre hacía cosas asombrosas por su piel, se dijo, pero no obraba los mismos milagros por su cabello que estaba vuelto un desastre. Caroline no terminaba de decidir qué hacer con él. Al final prefirió lavarlo y usar acondicionador para que fuera más sencillo estilizarlo.

Cuando terminó de asearse aplicó una generosa capa de crema corporal, que masajearon metódicamente hasta que su piel la absorbió completamente. Fue a la gaveta de la ropa interior y sacó un conjunto *nude* con un sujetador sin tirantes que era perfecto para el vestido que tenía en mente para esa noche. Como no quería arruinar su

vestido, decidió maquillarse antes de ponérselo. Justamente así la encontró su amiga cuando tocó la puerta de su habitación.

Caroline terminó de perfilar sus ojos con el delineador, le dedicó un silbido de apreciación a su amiga y luego sonrió.

—Casi perfecta —le dijo—. Espera un momento —entonces corrió a recuperar su maleta para sacar una pequeña caja acrílica de color negro que colocó en la cama. La abrió con cuidado y sacó unos pendientes largos de platino con diamantes que quedarían mejor con el vestido de Lucy que las sencillas argollas que llevaba puestas. Caroline le tendió los zarcillos a su amiga y Lucy los aceptó a regañadientes.

«*Es que definitivamente tengo un ojo clínico para estas cosas.*»

—Ahora sí —aplaudió complacida—. Toda una reina —le guiñó un ojo—. Ahora ven y ayúdame con mi vestido.

Caroline caminó hasta el armario, sacó lo que quería y se lo mostró a su amiga poniéndolo sobre su cuerpo.

—¿Qué te parece? —preguntó, pero no hacía falta que Lucy vocalizara su respuesta porque tenía la mirada de una mujer enamorada.

—Es precioso —sonrió Lucy.

Se trataba de un vestido de *paillettes* con tirantes muy finos y plumas en la falda. Parecía perfecto para una adaptación cinematográfica de **El Gran Gatsby**, que era uno de sus libros favoritos. Para completar su atuendo llevaba unas sandalias con tiras en plata y un *clutch* con toques brillantes.

Se vistió rápidamente, porque la prenda era bastante fácil de manejar, solo necesitaba ayuda con el cierre trasero y Lucy no se hizo esperar para echarle una mano con él.

—Solo tengo un problema —dijo Caroline cuando terminó de vestirse—. No sé qué hacer con mi cabello.

Lucy le pidió que se sentara en el borde de la cama mientras iba por un par de gomas para el cabello. Regresó rápidamente y separó secciones de la melena rojiza de su amiga para hacer una sencilla diadema trenzada.

—Ya estás lista —dijo Lucy tocándola suavemente en el hombro para indicarle que se levantara y se viera en el espejo. Y era cierto. Ambas estaban listas para su primera

noche a bordo del crucero. La primera noche de las mejores vacaciones de sus vidas, en palabras de Caroline. O al menos eso era lo que ellas pensaban.

\* \* \*

A pesar de haber salido con anticipación de Los Ángeles, iban a llegar tarde al barco. Eso era lo que pensaba Chris mientras daba vueltas por su habitación de hotel. Su hermano tenía horas encerrado en el baño tratando de comunicarse con alguien y, si su instinto no le fallaba, ese alguien tenía nombre de mujer. Caroline James.

—Tenemos que llegar antes de las 5 de la tarde, Mark —dijo Chris apurando a su hermano. Miró su reloj y se dio cuenta de que solo tenían 45 minutos para lograrlo.

—El barco zarpará a las 8 —le recordó—, pero la última verificación la harán a las 6, y más nos vale estar a bordo para entonces.

«*Paciencia, hombre. Apuesto que tuvieses el número de tu chica y estarías en el mismo plan que yo.*»

Mark no sabía que era un ataque de ansiedad, pero estaba seguro de estar teniendo uno en ese momento. Había marcado cientos de veces al número de teléfono en la casa de Caroline y ella no contestaba. No había forma que supiera de quién se trataba porque no tenía identificador de teléfono. Al menos no tenía uno la última vez que la visitó, unas semanas antes de irse a Nueva Orleans con Joseph.

—Es cosa de un minuto —Mark siguió aplazando lo inevitable.

—No tengo otro minuto, Mark —advirtió Chris—. Mueve tu trasero o me voy sin ti.

—Está bien, gruñón —bufó—. Estaciono mi vida para seguirte y no puedes esperarme un minuto... —salió del baño gruñendo como un adolescente inconforme—. Muy justo, ¿no?

—¿Quién te entiende? —Se burló su hermano—. Primero quieres salir corriendo de Los Ángeles, y ahora no puedes despegarte de ese teléfono.

Mark frunció el ceño y arqueó una ceja, retando a su hermano a decir algo más. Pero Chris no lo hizo. Sí, era cierto que su comportamiento no era el más lógico en ese momento pero él no había sido el único desesperado por abandonar la ciudad.

—Solo necesitaba un minuto —y al decir eso la cara de Mark era la de un niño al

que se le había extraviado su mascota.

—Deja el drama, hermanito —sonrió Chris al ver su expresión—. Nuestro taxi ya está aquí.

Los hermanos Laurens salieron desde su hotel al muelle donde tenían que abordar su embarcación. Tardaron poco en llegar, a pesar del tráfico. Justo a tiempo para la verificación final. Se instalaron en su camarote, cada cual en su habitación, y empezaron a alistarse para la fiesta que ofrecía la tripulación para celebrar el inicio de la travesía.

Haciendo honor a su reputación de desordenado, Mark no tardó en convertir su habitación del barco en una réplica de la que tenía en casa. Zapatos dejados de cualquier manera, la maleta abierta a un lado de la cama con prendas saliéndose por todas partes y un nido de cables en la mesita de noche para conectar sus aparatos electrónicos cuando lo necesitara. Se dio cuenta de que hacer que aquella habitación le pareciera confortable le había quitado mucho tiempo, por suerte se había bañado antes de salir del hotel, a diferencia de su hermano, por lo que no tenía que volver a hacerlo. Sacó unos vaqueros oscuros y un suéter gris de cuello alto para usarlos. La ropa siempre era la parte fácil, pero nunca sabía qué zapatos usar con qué conjunto. Él sería feliz llevando sus botas de motorista o sus zapatillas deportivas a todas partes, pero suponía que por aquella noche tendría que ceder y usar algo menos Mark, y no darle excusas a Chris para regañarlo como un niño pequeño.

Cuando salió de su habitación Chris ya lo estaba esperando. Eso lo hizo sonreír. Su hermano andaba particularmente impaciente, como si tuviese una cita a la que tuviese miedo de llegar tarde.

—¿Listo? —preguntó Mark destilando sarcasmo. Su hermano vestía traje y corbata mientras que él usaba algo menos formal. Pero Chris no se molestó en vocalizar su respuesta. Solo se limitó a arquear una ceja, como si no esperara más que burlas de su parte.

*«Así que nos gusta joder, pero no nos gusta que nos jodan. Interesante»*

Chris abrió la puerta sin dirigirle la palabra, y en poco tiempo estaban caminando por la cubierta siguiendo el sonido de la música y las risas del resto de los pasajeros. La fiesta había comenzado.

\* \* \*

La fiesta de bienvenida estaba en pleno apogeo. *Counting Stars* de **OneRepublic** retumbaba en los altavoces y el espacio abierto en el que los recibieron horas antes había sido transformado con cortinas ondulantes, luces de colores, *gogo dancers* y estatuas vivientes, dándole un toque fantástico al ambiente. Había 2 barras dispuestas a los lados de lo que sería la pista de baile, que estaba presidida por los equipos del *DJ*, y camareros elegantemente trajeados paseaban bandejas con comida y bebidas para atender a los invitados.

Caroline y Lucy caminaron hacia una de las barras, se sentaron para esperar que alguien les tomara su orden.

—¿Qué tomaremos esta noche? —preguntó Caroline.

—No lo sé... ¿un *Cosmo*, quizás? —dijo Lucy.

—¿Qué tal un poco de *Sexo en la playa*? —se carcajeó su amiga dejando colar el doble sentido con el nombre de la bebida.

—Creo que las dos necesitamos eso —apuntó Lucy con complicidad.

Ambas se rieron de la broma sin notar que alguien estaba parado frente a ellas, al otro lado de la barra, escuchando la conversación.

—¿Puedo ofrecer algo a las damas? —preguntó el barman. La mirada cómplice que les dedicaba no se le escapó a Caroline, que se la devolvió con creces.

—Sí —se adelantó a responder mientras que al fondo la canción terminaba para dar paso a *Problem* de **Ariana Grande**—. Mi amiga aquí presente —señaló a Lucy y luego a sí misma—, y yo, queremos *Sexo en la Playa* —sonrió.

Los ojos del hombre brillaron con diversión. Era parte de su trabajo coquetear con las clientas y entretenerlas. Caroline le ofreció una sonrisa seductora y se inclinó ligeramente sobre la barra, dándole un vistazo de su escote.

—Aunque si me preguntas, no me importaría tener sexo en el barco, en el desierto, o en cualquier otro sitio —le guiñó el ojo con picardía echándose hacia atrás en su asiento.

—Marchando *Sexo en la Playa* para las damas —dijo el barman con una sonrisa

antes de retirarse a preparar los tragos.

Lucy no sabía si reír de lo que acababa de ver o regañar a Caroline por su comportamiento.

—¿Tu estrategia para desintoxicarte de tu vecino es actuar como una gata en celo? —preguntó Lucy.

—¿Gata en celo? ¿Yo? —Caroline no podía creer lo que su amiga acababa de decirle—. Pero si no he hecho nada —puso su expresión más inocente.

—No me hagas reír, si solo te ha faltado colocar un aviso luminoso de “PERSONA DISPONIBLE” —completó Lucy haciendo las comillas en el aire.

—Exactamente —respondió Caroline—. Ésta persona —se señaló a sí misma—, está DIS-PO-NI-BLE —deletreó la última palabra mientras le guiñaba el ojo.

El barman regresó con sus bebidas y las colocó frente a ellas, deslizando también una tarjeta en dirección de Caroline, para luego retirarse discretamente para atender otros clientes que esperaban por sus servicios.

Empezaron a disfrutar de sus tragos cuando un hombre un poco mayor que ellas se acercó para pedirle a Caroline que bailara con él. La chica aceptó, dejó a su amiga como encargada del *clutch* y del trago, y se encaminó hacia la pista.

Había empezado a sonar *Pompeii* de **Bastille** y varias parejas se movían frenéticamente al ritmo de la música. Caroline se dejó llevar y mientras bailaba, las plumas de su falda se agitaban de un lado a otro. El hombre que la había invitado se movía con torpeza tratando de imitar sus movimientos, por lo que ella le dedicó una sonrisa que pretendía ser alentadora. Un movimiento a su derecha la distrajo y luego alguien tocó repetidamente su hombro desnudo para llamar su atención.

—¿Caroline?—la voz familiar hizo que sus ojos se abrieran como platos y se volviera para enfrentarlo rápidamente.

—¿Qué...? —No podía creer lo que estaba viendo—. ¿Qué haces tú aquí? —preguntó ella.

—De vacaciones —dijo él sonriendo, sorprendido por corroborar que su vecina estuviera allí. Eso solo podía significar que...

—Oye, ella está bailando conmigo —se quejó el hombre que la había invitado.

Caroline se giró bruscamente, alterada por el rumbo que estaba tomando su noche,

pero respiró profundo antes de hablar, tratando de ser amable con aquel desconocido.

—Lo siento cariño, es un amigo y tenemos que ponernos al corriente —le dio un beso en la mejilla y dio un par de palmadas en su hombro.

Chris se quedó impresionado por la manera en que Caroline se deshacía de lo que parecía ser su cita. Solo había visto tal velocidad y habilidad en una persona. Su hermano.

La música volvió a cambiar, dando paso a *Animal* de **Maroon V**, y Caroline tuvo que reír por la ironía.

—Vas a decir que es una locura —le dijo a su vecino—, pero justo estaba pensando en ti.

Chris enarcó una ceja empezando a sospechar lo que seguía en ese discurso.

—Verás... tengo esta amiga a la que conoces, y que estoy convencida te gusta —sonrió—. Ella está en aquella barra, sola —le indicó señalando el lugar donde se encontraba Lucy—. ¿Por qué no vas a ofrecerle una bebida?

El doctor estrechó sus ojos solo para darse cuenta de que la amiga a la que Caroline se refería era Lucy. Como si pudiera ser otra. Se veía hermosa en ese vestido negro, y la abertura en su muslo le confería un aire elegante y sensual que lo atraía. Se veía tan diferente a todas las veces que habían coincidido que le costó un poco reconocerla.

—¿Y bien? —preguntó Caroline sacándolo de su ensoñación.

—No sé si te lo dijo, pero antes me comporté como un idiota con ella.

—Y ahora estás siendo un imbécil conmigo... —respondió ella asintiendo—. Ya espantaste a mi pareja de baile, así que ahora anda, invítale un trago, habla con ella...

—Está bien —aceptó Chris devolviéndole la sonrisa a Caroline. Se despidió de ella con un beso y se encaminó hacia la barra.

Caroline se alejó hacia el lado opuesto de la pista, en dirección de la otra barra. Su intención era conseguir un buen puesto de vigilancia, pero mientras avanzaba se dio cuenta de algo. Si Chris Laurens estaba en ese barco, entonces Mark también estaba allí.

«¡Mierda!»

En ese momento *Let her go* de **Passenger** empezó a sonar, haciendo que cambiara el ambiente en la pista. La canción lenta invitando a un contacto más íntimo y cercano

entre las parejas. Y como si lo hubiesen invocado, Mark apareció frente a ella vestido con un suéter gris de cuello alto y unos pantalones negros. Parecía salido de un comercial.

*«Dios, nunca te pido nada, pero si la fuerza de voluntad realmente existe, mándame un poco.»*

El andar felino de Mark captaba las miradas femeninas, algo que él ni siquiera notaba. O que, de plano, no le importaba. Había algo magnético sobre Mark, y no estaba relacionado con su aspecto que era magnífico, sino con su personalidad. Él irradiaba una energía que invitaba a tenerlo cerca. En ese momento Caroline sintió que necesitaba un trago de verdad, y rápido.

El DJ definitivamente no era su persona favorita, porque cuando alcanzó la barra empezó a sonar *All of me* de **John Legend**.

*What would I do without your smart mouth?  
Drawing me in, and you kicking me out...*

Era más de lo que podía soportar. Una canción que describía, casi a la perfección, como se había sentido por años con respecto a Mark, y venían a ponerla justo en ese momento.

*«Hablando de momentos dramáticos, ni yo habría escrito algo tan rebuscado.»*

Cuando estuvo frente a la barra pidió un Bourbon amargo y se sentó, tratando de concentrarse en la escena que se desarrollaba frente a sus ojos. Pretendiendo ignorar a Mark mientras veía a Chris, su vecino y uno de los solteros más cotizados de California, detrás de su mejor amiga decidiendo si abordarla o no.

*'Cause all of me  
Loves all of you  
Love your curves and all your edges  
All your perfect imperfections  
Give your all to me*

Caroline había conocido a los Laurens desde que eran prácticamente unos niños,

cuando se mudaron desde Nueva Orleans. Chris nunca había sido tímido con las mujeres, no en la escuela y tampoco como adulto. Tampoco era de los que se interesaba en algo distinto a un rollo de una noche. No porque fuera un mal tipo, sino porque estaba realmente comprometido con su profesión. Mark le contó una vez que la medicina había sido su único acto de rebeldía, pues en su familia tradicionalmente terminaban involucrados en la hotelería o en las finanzas. Pero Chris había hecho algo distinto con su vida. Ella lo admiraba por eso. Por romper el molde, por ir contra la corriente, por hacer lo que realmente le gustaba. Él fue, de alguna manera, su inspiración para seguir el llamado de convertirse en escritora.

Caroline ahogó la risa cuando su amiga derramó el trago sobre su vestido, entonces tomó un sorbo del suyo.

*'Cause I give you all of me  
And you give me all of you...*

—¿Divirtiéndote?

La voz de Mark acarició sus oídos, al tiempo que terminaba la canción, haciéndola sentir cosas que no debía permitirse. Ella se reprendió por estar idealizando la situación. Él no estaba allí para repetirle que la amaba. Todo había sido coincidencia. Además, eran amigos y él había dejado claro que no quería que las cosas entre ellos cambiaran.

—Solo un poco —se volvió para mirarlo y sintió que se le secaba la garganta.

A Caroline se le aceleró el pulso y sintió que las palmas de sus manos empezaron a sudar. ¿Era producto de su imaginación el fuego que había visto arder de repente en los ojos de Mark, o cómo se le dilataban las aletas de la nariz?

«¿Muy desesperada, Caroline?»

Cerró los ojos por un segundo, y luego señaló la silla vacía que estaba a su lado.

—¿Qué vemos? —preguntó él mientras tomaba asiento, acercando la silla un poco más para no tener que gritar cuando le hablara.

—A tu hermano tratando de no ser un idiota con mi amiga —respondió Caroline tratando de ocultar lo nerviosa que la ponía tenerlo tan cerca.

—¿Es eso posible? —se burló Mark. Probablemente, había intentado sonar calmado, pero se había notado su nerviosismo. Su tensión.

*«O quizás es un efecto del sonido. Estúpido DJ.»*

Estaban sentados a milímetros el uno del otro. Tan cerca que podían sentir el calor que emanaba de sus cuerpos. Ambos pretendían estar en calma, mientras que en su interior se libraba una batalla entre la consciencia y el deseo. En silencio observaron la escena que se desarrollaba al otro lado de la pista con atención. Un silencio relativamente cómodo, propiciado por la oportunidad de inmiscuirse en la vida ajena. Concentrados, como estaban, en lo que sucedía entre Chris y Lucy no tenían que pensar en sus propios asuntos.

Caroline estaba mordiéndose la lengua para no hacer el ridículo y decirle a su amigo lo arrepentida que estaba por haber huido después de que él dijera que la amaba.

*«Y luego él se retractó y te pidió disculpas, idiota.»*

No lo olvidaba, al contrario. Tenía muy presentes sus palabras. El rechazo era algo que no le era desconocido, aunque con los años pensó que dejaría de sentirse vulnerable e ahora se insegura. Le daba vueltas a esa idea mientras paladeaba su trago, y casi se ahogó cuando vio el beso entre Chris y Lucy.

La escena era mágica.

Las luces de colores bailando a su alrededor y el humo de la máquina que habían instalado en la pista le daba ese toque sensual, como si se trataran de una película.

—Tengo que escribir eso —dijo con un chillido demasiado alegre.

—Pensé que escribías ficción, no que te encargabas de retratar a tus amigos —se burló Mark ignorando la escena que se desarrollaba frente a ellos entre su hermano y a la rubia del bar—. Ahora tendré que comprar tus libros para saber si has escrito sobre mí y poder cobrar mi comisión.

*«Como si no los hubieses leído ya, imbécil.»*

Ella se volteó para mirarlo teniendo cuidado de no revelar los pensamientos que estaban cruzando por su mente en ese momento. Arqueó una ceja y sonrió seductoramente. Mark estaba perdido porque no podía dejar de mirarla, sin embargo se inclinó un poco sobre ella sonriendo de medio lado.

—Oye, soy escritora... —dijo Caroline—, cualquier cosa que digas o hagas frente a mi puede ser usado en mis novelas —explicó como si recitara el diálogo de una novela policial.

La tensión era mucha y muy fuerte, por lo que Caroline se obligó a regresar su atención hacia Chris y Lucy, pero su amiga y había desaparecido y Chris tomaba un trago en la barra.

«¿En serio?»

—¿Eso realmente pasó? —preguntó Caroline en voz alta.

Hizo una pausa y se volvió hacia Mark, como pidiendo su ayuda para entender lo que acababan de ver sus ojos.

—¿Él solo la besó así y dejó que se fuera sola? —Chilló incrédula, señalando en dirección a Chris—. Acabo de perder mi fe en la humanidad.

—Estoy tan sorprendido como tú, nena —dijo él encogiéndose de hombros—. Realmente sorprendido.

«Siempre fuiste una romántica, Roja.»

Caroline no pudo evitar reírse de la respuesta de Mark.

—Tú no hubieses dejado pasar la ocasión, ¿no es cierto? —preguntó arqueando una ceja.

«Contigo no lo haría.»

—Se hace lo que se puede —fue lo que respondió Mark en su lugar.

A pesar de que se estaba comportando igual que siempre, Caroline no terminaba de sentirse cómoda junto a él. Los recuerdos de su intensa noche de pasión volvían como rayos a su mente. Sin que ella lo supiera, lo mismo le ocurría a él.

Mark se odió por haber corrido a su casa para retractarse cuando lo único que deseaba era hundirse en ella como si no hubiese mañana. En ese momento ambos agradecían silenciosamente no tener mucho alcohol corriendo por su sistema.

La música cambió y la tensión entre ellos era casi insoportable. La mente de Caroline no dejaba de recordar la sensación de Mark acariciando su cuerpo, invistiendo su cuerpo...

«¡Ya fue suficiente, Caroline!»

Tenía que irse de allí. Tenía que alejarse de Mark Laurens lo antes posible porque

de lo contrario iba a decir algo que no debía. O peor, haría algo que no debía.

Con la pobre excusa de no sentirse bien, Caroline se levantó y empezó a caminar hacia su habitación. Necesitaba planificar la forma de evitar a Mark por el resto del viaje. Necesitaba reagruparse y calmarse. Necesitaba...

*«Un baño de agua helada, necesito.»*

Cuando llegó al camarote se sintió tentada a tocar la puerta de Lucy y comprobar que estuviera bien, pero la noche de Lucy no había sido distinta que la suya.

*«A ella sí la besaron.»*

Bueno, sí había sido algo distinta, pero pensó que si la incordiaba en ese momento Lucy podría pensar que ella estaba de parte de Chris, y que ella había orquestado su presencia en aquel crucero.

*«O solo me estoy poniendo excusas para encerrarme en mi habitación y olvidarme del mundo.»*

Mejor dejaba a Lucy en paz. Ella necesitaba su espacio, Caroline también, pues el viaje que representaba una oportunidad para alejarse de todo, y descubrirse a sí mismas, ya no se veía tan atractivo. Sin embargo, ya no había vuelta de hoja. Para bien o para mal, allí estarían por las siguientes 3 semanas.

*«Si no me lanzo antes por la borda.»*

Caroline se despojó de sus zapatos y los lanzó de cualquier manera en el piso. Desechó la diadema trenzada que le había hecho Lucy y se peinó con los dedos, luego utilizó una de las gomas para hacerse una coleta floja. Se quitó el vestido y lo lanzó sobre la cama, entonces empezó a pasearse por la habitación vistiendo solo su ropa interior.

Estaba nerviosa, y no debería. Admitir que la situación con Mark la afectaba la ponía en una situación complicada. En primer lugar, porque había sido ella la que salió corriendo cuando él le declaró su amor. Y en segundo, porque a Mark solo le importaba mantener la amistad.

Caroline decidió tomar un baño para despejarse. La idea de salir de fiesta era para relajarse, no para preocuparse más. Entonces recordó la imagen de Chris y Lucy, besándose, con todas esas luces de colores envolviéndolos, y suspiró.

—Al menos alguien tiene algo bueno para soñar esta noche —se dijo mientras

tomaba la toalla y entraba al baño.

## CAPÍTULO XI



La falta de sueño normalmente lo volvía irritable, y ese no era el estado ideal para lidiar con Chris. Especialmente cuando Chris estaba tan o más irritable que él. La rubia lo había dejado mal y no hacía más que repetir la misma cantaleta sobre ella.

*«Ya parece disco rayado.»*

No es que su situación con Caroline fuera menos patética, pero al menos él no andaba importunando a la gente con su drama.

—Invítala a salir—sugirió mientras tomaba una taza de café y pretendía estar leyendo una revista—. Aquí tienen un par de espectáculos con buenas recomendaciones... y esta noche se presenta una banda de Jazz en uno de los bares.

*«Y si no te acepta, anda tú solo y déjame en paz.»*

Puso la revista a un lado y levantó sus lentes de sol para revelar una sombra oscura bajo sus ojos. Entrecerró los ojos para aliviar el efecto del sol mientras enfrentaba a su hermano.

*«El desayuno al aire libre no fue una idea tan inteligente después de todo.»*

—No puedes simplemente besar a la chica y esconderte en tu caparazón —le dijo a su hermano—. Crece, ¿No es eso lo que me dices siempre? Es hora de que empieces a usar tus propios consejos.

Esa era la raíz de todo. A Chris le gustaba apuntarle sus errores, repetirlos y repetirlos para que no los olvidara. Como si eso fuera posible. Él era el fallo, el problema, el de los errores. Era bueno que la balanza se inclinara del otro lado, para variar.

—Caroline también está aquí... —lo retó Chris arqueando una ceja.

*«Cabrón.»*

—Lo sé —la respuesta fue brusca, así que respiró profundo y sonrió—. Anoche nos tomamos una copa en la fiesta de la cubierta.

*«Supera eso, hermanito. Por lo menos conmigo sí hablaron.»*

—¿La invitarás a salir? —quiso saber su hermano.

—Es mi amiga, puedo invitarla a salir siempre que quiera —se encogió de hombros fingiendo desinterés.

Mark podía ver claramente lo mucho que su actitud despreocupada y tranquila estaba molestando a su hermano. Eso lo hizo sonreír.

—¿Siquiera vas a intentar arreglar las cosas? —preguntó Chris, que no entendía lo que pasaba por la mente de su hermano. Sus palabras no tenían nada que ver con lo que había demostrado poco antes de salir del hotel.

—Ocúpate de tu vida, que yo me encargaré de la mía —respondió levantándose de la mesa y volviendo a cubrir sus ojos con los lentes.

«¿Era mucho pedir un desayuno tranquilo?»

Aparentemente sí, por lo que Mark decidió prescindir de la compañía de su hermano y buscar distracción en otro lado. Pero no iba a marcharse en silencio.

—Hay una razón para que hayamos coincidido aquí —le dijo—. No la conoces, tampoco yo —. Solo queda esperar y ver qué pasa. Mientras tanto, te agradezco que mantengas tu nariz fuera de mis cosas —advirtió cansado de que cuestionaran sus acciones todo el tiempo—. Si sugerí que la invitaras a salir es porque...

—Ya —lo cortó el doctor—. Entendí el punto. Gracias.

—Bien —asintió Mark antes de retirarse de la mesa.

No tenía ningún plan, ninguna idea, para aquel día pero cualquier cosa era mejor que seguir soportando el humor de perros que traía Chris.

\* \* \*

La noche no fue mucho mejor para Caroline. Ella trató, sin éxito, de descansar pero todo lo que consiguió fue que el rostro de Mark apareciera en sus sueños una y otra vez, por lo que terminaba despertando. No era algo nuevo, sin embargo. Ya le había sucedido antes.

Generalmente aprovecharía su insomnio para escribir unas cuantas páginas de la novela en la que estuviera trabajando, pero se dio cuenta de que estaba demasiado inquieta para concentrarse en los detalles de la trama o de los personajes, así que

prefirió revisar su cuenta de correo electrónico, responder algunos mensajes de sus lectores, actualizar sus tableros de **Pinterest** con ideas sobre Belial y Camille, además de crear una lista de reproducción con algunas de las canciones que había estado escuchando mientras escribía. El amanecer llegó y ahora Caroline tenía la misma apariencia de los *zombies* de ese show que ocasionalmente curioseaba en la televisión.

Eran casi las 9 de la mañana cuando Lucy tocó la puerta de su habitación para ver si estaba despierta, entonces decidieron que era un buen momento para algo de comer.

—¿Vamos a tomar el desayuno aquí o en la cubierta, Lucy? —quiso saber Caroline. La verdad es que no le apetecía salir y encontrarse con Mark tan temprano.

—¿Te importa si lo tomamos aquí? —respondió su amiga.

—Está bien —se encogió de hombros como si le diera lo mismo, aunque realmente se sentía aliviada—. Le marco al servicio para que lo traigan hasta aquí —anunció.

Caroline se fijó en que su amiga llevaba su pequeña libreta negra y un bolígrafo, y que además había sacado su computadora portátil y la había dejado sobre la mesa de centro del área común. Eso la hizo sonreír. El motivo por el que se habían embarcado en aquel viaje, después de todo, era que su amiga estaba bloqueada y la editorial le había puesto un plazo para entregar nuevo material.

—¿Haz empezado a trabajar?—tanteó.

Lucy le regaló una sonrisa resplandeciente antes de responder.

—Parece que he recuperado mi *mojo* —dijo con voz alegre—. No he escrito muchas palabras, pero tengo un punto de partida consistente... —explicó bastante satisfecha—, además de algunas escenas sueltas que he ido archivando.

—¡Wow! Eso es genial —obviamente estaba contenta de que Lucy encontrara la concentración y las ganas de escribir, pero no se imaginó que tendría tantos detalles tan pronto.

«*Va a resultar que el crucero puede hacer milagros. Ya me veo fundándole una iglesia y todo.*»

—Y solo hemos estado aquí un día —sonrió feliz—. En tres semanas seguramente tendrás la trama más espectacular jamás escrita, y yo me retorceré de la envidia —la abrazó emocionada.

Las amigas se carcajearon por la ridícula declaración de Caroline, aunque Lucy

esperaba que su amiga tuviera razón porque de lo contrario su carrera estaría en problemas. Caroline tomó el teléfono del camarote, usó la marcación rápida para comunicarse con la cocina y hacer su pedido. Tras unas pocas instrucciones de su parte sobre sus preferencias y la indicación de cuánto tiempo se tardarían en entregar su comida, Caroline terminó la llamada. Entonces se dio cuenta de que Lucy había adoptado una actitud extraña.

«*Mierda, aquí viene...*»

—Hay algo que debo decirte —dijo la escritora.

«*Sí, ahí viene el regaño por lanzar a Chris anoche hacia donde ella estaba.*»

—Tus vecinos —Lucy hizo una pausa antes de explicar, como si Caroline necesitara aclaratorias—, el doctor sexy y, muy posiblemente, el semental exhibicionista del que estás enamorada están en este barco.

—¿Sí? —se hizo la tonta—. ¿Cómo lo sabes? ¿Los viste?

—Chris estaba anoche en la fiesta —confesó la rubia—. Apareció después de que te fueras a bailar —hizo una pausa y bajó la mirada—. Y... me besó.

Caroline no pudo evitar sonreír al ver la cara de su amiga cuando hablaba del beso.

«*I knew you were trouble when you walked in...*»

La escritora hizo a un lado la canción de Taylor Swift para indagar un poco sobre los eventos de la noche, como si no hubiese estado mirando todo desde su puesto de vigilancia.

«*Junto a Mark.*»

—Una pregunta... —dijo, apartando ese pensamiento rápidamente—. ¿Empezaste a construir esa fantástica y consistente trama tuya, antes o después del beso?

—Antes —respondió su amiga.

—Bien —asintió.

—¿Es todo lo que vas a decir?

—Por los momentos, sí —dijo como si estuviese considerando cambiar de opinión.

El desayuno llegó poco después. Caroline y Lucy recibieron el carrito con la comida, le dieron una propina al chico encargado de las entregas y se sentaron a compartir el café del día, además de los *croissants*, frutas frescas y el cereal que conformaba su desayuno.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Lucy cuando estaban terminando de comer.

«¿Quedarnos todo el día aquí para evitar ver a los Laurens?»

Pero Caroline se dio cuenta de lo egoísta que estaba siendo, y le propuso ir a explorar el área de la piscina. Lucy no estaba muy convencida de la idea, pero le dijo que sí.

—Pero antes quiero trabajar un poco en el manuscrito —comentó—. Hay cosas con las que no me siento muy conforme y quisiera cambiarlas antes de que se me olviden.

—Está bien —sonrió Caroline.

«Y esa es mi excusa para encerrarme en mi habitación...»

—Puedes irte adelantando y separarnos buenos lugares —le sugirió su amiga—. Yo te alcanzo en un momento.

«O tal vez no.»

Caroline fue a su habitación y preparó uno de sus bolsos playeros con varios artículos que consideraba imprescindibles. Protector solar, gafas oscuras, gomas para el cabello, su iPod, un libro que probablemente no leería porque tenía demasiadas cosas en la mente, un par de revistas y su celular.

Luego se dio una ducha rápida para cambiarse por el atuendo adecuado. Buscó entre la extensa selección de bañadores que había llevado un conjunto verde esmeralda que se veía estupendo sobre su pálida piel. El sujetador no tenía tirantes, dejando que las pecas que decoraban sus hombros y su pecho fueran los protagonistas.

«A él siempre le han gustado esas estúpidas pecas.»

Pero tuvo que recordarse que no era para Mark para quien se arreglaba, sino para ella misma. Las mujeres, según ella, cometían frecuentemente ese error: vestirse bien, maquillarse y perfumarse para complacer a sus parejas, no para sentirse a gusto consigo mismas.

Como iba a exponerse al sol, buscó en su cartera una barra de protector labial. Se aplicó un poco y guardó la barra en el bolso que llevaría a la piscina. Tomó una toalla limpia y un pareo, y entonces estaba lista para salir. Ya habían pasado más de 30 minutos desde que se separó de su amiga tras el desayuno, pero no había escuchado a Lucy salir por lo que imaginó que ella seguía trabajando en su manuscrito.

Salió del camarote y empezó a caminar por la cubierta en dirección a las piscinas.

No tardó mucho en encontrar el lugar perfecto para relajarse, pedir un té helado y sacar su iPod para escuchar música mientras tomaba el sol. *Counting Stars* de **OneRepublic** sonaba en sus auriculares cuando las ideas para su novela empezaron a llegar y, como buena escritora que era, sacó su celular, abrió la aplicación para tomar notas y empezó a escribirlas.

*Camille se despertó de un salto por el sonido de metal contra metal. Su primer instinto fue gritar, correr, pero su voz no fue más que un susurro ahogado cuando vio la sombra de dos figuras moviéndose en su habitación, apenas iluminados por el brillo de la luna que entraba a través de las ventanas.*

*—Maldita sea, jefe —Camille reconoció la voz de Asmodeus—. Pesas una tonelada, idiota.*

*Asmodeus guiaba a un casi inconsciente Belial hacia la cama en la que ella estaba acostada. Ella se sentó y tiró de las sábanas, cubriéndose con ellas hasta la barbilla. Lilith le había dado algo de ropa para estar en casa y para dormir, por lo que no estaba desnuda, pero aun así se sintió repentinamente incómoda.*

*Su primer pensamiento era que Belial había resultado herido, y ella sintió miedo. Si él, que era un guerrero entrenado, con fuerza sobrenatural, había sido herido eso significaba que quienes la perseguían llegarían a ella más pronto que tarde. Pero entonces escuchó algo que cambió su preocupación por confusión.*

*Belial riéndose. A carcajadas.*

*Con dificultad, Asmodeus logró sentar a Belial en la orilla de la cama, y el corpulento demonio se dejó caer de espaldas sobre el colchón. Su cara aterrizando a milímetros de las piernas de Camille.*

*—¿Qué le pasó? —preguntó ella.*

*Belial alzó la mirada buscando su voz. Sus ojos desprovistos de la intensidad que generalmente mostraban lo hacían ver más joven. Despreocupado, tranquilo, feliz.*

*—Belial pensó que podía beber su peso en licor sin sufrir las consecuencias —se quejó Asmodeus.*

*—¿Está borracho? —preguntó incrédula. Cuando los había visto llegar, segundos antes, se había preocupado más de lo que le gustaría admitir. Sintió miedo de que*

*algo le hubiese pasado, y todo lo que aquel demonio estuvo haciendo fue beber hasta perder el sentido.*

*—No lo estoy —se quejó Belial arrastrando las palabras—. Yo puedo vencer a cualquiera en este momento... sin problemas —empezó a removerse en la cama—. As, ayúdame a levantarme para que le enseñe.*

*—Tranquilo, muchachote —sonrió Asmodeus mientras le quitaba las pesadas botas de motorista a su compañero—. Otro día le enseñas lo que tu quieras.*

*—Ella no quiere que le enseñe lo que yo quiero —Belial se quejó como un niño pequeño, y la habitación se quedó en total silencio.*

*«¿Qué es lo que acaba de decir?»*

*Asmodeus trató de hacer una broma para romper el momento incómodo y poder marcharse de allí, pero al mismo tiempo le daba mucha pena dejar a Belial, en el estado en que estaba, a solas con aquella chica.*

*—Está bien, Belial, Camille te va a dejar mostrarle... —se aclaró la garganta—, tu colección de armas si te quedas quieto y duermes un rato. ¿Verdad Camille? —le hizo señas para que le siguiera el juego.*

*—¿Armas? ¿Quién habló de armas? —se carcajeó Belial—. Yo estaba hablando de algo más divertido —dijo mientras se llevaba las manos a la cinturilla del pantalón y empezaba a pelear con el botón superior.*

*—Yo no puedo quedarme aquí —dijo Camille entre dientes luego miró a Asmodeus, suplicando su ayuda.*

*—Lo siento, cariño —respondió él—. No hay más lugares. Esta es su habitación y él permitió que te quedaras en ella...*

*—¿Dónde ha estado durmiendo todos estos días? —Preguntó entonces—. Me quedaré allí y que él duerma en su cama.*

*—No te va a gustar esa respuesta —advirtió Asmodeus.*

*«¿Qué tan malo puede ser?»*

*Y como si hubiese leído su mente, Asmodeus le respondió.*

*—Belial pasó cada noche, antes de esta, vigilando tu puerta en caso de que alguien irrumpiera mientras descansabas —confesó—. Eso quiere decir que no, no durmió en algún lugar que puedas tomar prestado por algunas horas.*

—Puedo dormir en la sala entonces —sugirió.

—¿Y a cuál de los hermanos harás cabrear con el aviso? —Asmodeus preguntó con una sonrisa de medio lado—. Porque alguien tendría que quedarse allí contigo para cuidarte, y no seré yo quien lo haga. Mejor te quedas aquí y le haces compañía al jefe por un rato. De todas formas... —lo señaló para hacer notar que ya se había quedado dormido—. No es un peligro para ti mientras duermas.

«Mierda.»

Para cuando Lucy finalmente llegó a donde estaba Caroline habían pasado casi dos horas. La pelirroja estaba acostada en una tumbona, tomando el sol, concentrada en su teléfono y totalmente ajena a lo que pasaba a su alrededor. Parecía estar dentro en su propia burbuja, abstraída, y ella supo lo que estaba sucediendo. La mente de Caroline estaba muy lejos del barco, concentrada en las imágenes que se formaban en su mente.

Cuando Caroline se dio cuenta de que tenía compañía, ya Lucy había pedido bebidas y se estaba aplicando una generosa capa de protector solar en la piel. Caroline se aclaró la garganta para llamar su atención.

—¿Decidiste salir de la cueva? —se burló.

Lucy asintió en respuesta mientras hacía caer un poco del líquido en su mano y lo empezaba a frotar por sus brazos y escote. Caroline frunció el ceño.

—Y te comieron la lengua los ratones, por lo visto —dijo, dándole un matiz interrogante a las últimas palabras.

—Chris me invitó a salir —soltó su amiga como respuesta.

—Parece que mi vecino hace todo al revés... —suspiró mientras que en su cara se dibujaba una sonrisa que era de todo menos dulce—. Tenían que salir primero y besarse después —se encogió de hombros—. Pero si así les funciona, bien por ustedes —se burló, entonces empezó el interrogatorio—. ¿Y cuál es el plan? ¿Cena, cine y sexo?

—No hay ningún plan... —respondió Lucy—. No he aceptado.

—Pero aceptarás —Caroline estaba segura—. Dijiste *no he aceptado* en lugar de *no acepté*, y tú nunca fallas con las conjugaciones.

Lucy tuvo que reírse de eso porque era verdad, aunque lo había dicho

inconscientemente.

—Deja de estar fabricando historias donde no las hay —le advirtió a Caroline—. ¿Me ayudas con esto? —preguntó alzando el frasco de protector solar y dándose la vuelta.

Caroline soltó un bufido poco femenino antes de levantarse para frotar el protector solar en los hombros y espalda de Lucy.

—Te recuerdo que vivo de fabricar historias —dijo de mala gana—. Y la gente dice que hasta tengo talento para eso —hizo una pausa para apartar el cabello de Lucy de su camino—. Pero eso no es lo importante aquí, porque si hay algo para lo que soy aún mejor que para inventar historias, es para notar las verdaderas.

«Especialmente si no tienen nada que ver conmigo.»

Esa era la única razón para que no notara antes los supuestos sentimientos de Mark hacia ella. Pero ese no era un tema que quisiera tratar con Lucy en ese momento. La conversación era sobre Chris y Lucy, no sobre ella.

—Caroline, yo no...

—Evitar el tema no cambia las cosas —le aseguró interrumpiéndola, entonces le devolvió el bote de protector solar a su amiga—. Además, mereces divertirte.

—Pero y si...

—Nada, Blake. Por una vez piensa solo en el hoy —le aconsejó—. Vívelo. Respíralo —le dijo Caroline mientras volvía a su tumbona—. *Carpe diem*, amiguita. *Carpe Diem*.

—No lo sé... —Lucy seguía dudando. Al parecer debía trabajar su discurso de ventas—. No estoy segura —suspiró.

—Prometimos aprovechar este viaje, Lucy —le recordó—. Por una razón, el destino los puso en el mismo barco que nosotras.

—Deja de decir eso —protestó su amiga.

«Como si a ella le gustara más que a ella ese hecho.»

—Tú deja de negar lo evidente —respondió Caroline señalándola con el dedo—. Te lo dije antes, y lo repito ahora. Solo estás retrasando algo que es inevitable.

—¿Eso sería, *Doctora Corazón*? —quiso saber Lucy.

—Tener sexo caliente con el doc... —se burló de ella moviendo las cejas de

manera sugerente—. Y, por supuesto, contarme luego todos los detalles sucios cuando eso ocurra para que yo pueda escribirlos en una de mis novelas.

Lucy se sonrojó y desvió la mirada solo para darse cuenta de que el camarero volvía a estar parado junto a su tumbona con una bandeja de bebidas. Caroline soltó una carcajada cuando notó que los colores de su amiga cambiaban rápidamente a tonos más oscuros de rojo, y no eran causados por el sol. Lucy tomó los dos vasos de té helado con manos temblorosas y le agradeció con un ligero asentimiento antes de que el muchacho se fuera de allí como alma que lleva el diablo.

—¿Crees que haya escuchado nuestra conversación? —preguntó la rubia.

—No lo sé, Blake... —Caroline se encogió de hombros como si no tuviese ninguna preocupación en el mundo—. Pero si lo hizo, tendrá algo en qué pensar esta noche —le guiñó el ojo a Lucy y se soltó una carcajada.

—Esto es serio —se quejó Lucy.

—¡Sí que es serio! —admitió Caroline—. Porque necesitarás un atuendo que le deje las cosas claras a Chris, y yo tendré mi primera experiencia de compras en un crucero —chilló emocionada—, ¿no es fantástico?

—Definitivamente... —Lucy suspiró con cansancio, pero luego sonrió—. Estás loca, Caroline.

—Eso ya lo sabía —se encogió de hombros—. Ahora dame eso —dijo señalando la carta con los tragos que ofrecían—. Celebrar con té helado es lo más aburrido del mundo, necesitamos cambiar eso.

Lucy tomó un trago generoso de su té helado, lo puso a un lado y se dejó caer de espaldas en la tumbona mientras ella revisaba la selección de bebidas. Quizás Lucy seguía pensando en sus palabras, se dijo Caroline, buscando algún fallo en su lógica para evitar ir a la cita con Chris.

Justo en ese momento sonó el teléfono de Caroline para anunciar la llegada de un mensaje, solo que no se trataba de un mensaje de texto sino de un correo electrónico de parte su agente.

*Caroline:*

*Te escribo para avisar que la negociación entre la editorial y la productora*

*responsable de la adaptación cinematográfica sobre el cronograma de trabajo finalizó oficialmente. Es un hecho, y el anuncio oficial se hará en las próximas horas. Veremos **Unchained** en la pantalla grande. La editorial te enviará, por petición mía, una copia de los acuerdos a los que se llegaron. Hay un cronograma, que te incluye, para la revisión del guión. El proceso de selección del reparto ya inició. Te estoy adjuntando las fotografías de los actores que están considerando para el papel principal. Si no todavía no estabas animada, esto cambiará las cosas.*

*Quedo a la espera de tu respuesta.*

*Kandi.*

Caroline frunció el ceño antes de presionar el ícono para descargar el archivo adjunto. Estaba intrigada pero al mismo tiempo asustada. Cuando creó el personaje principal de esa novela solo tenía a una persona en mente. No era un actor o modelo, y dudaba que alguien pudiera hacerle justicia al Mark de su imaginación. Pero cuando la foto finalmente abrió empezó a reconsiderar eso. Porque si había alguien que podía interpretar a su versión paranormal de Mark Laurens, ese era Michael Collins.

## CAPÍTULO XII



Mark había pasado buena parte del día recorriendo el barco buscando actividades para distraerse. Había comprado un cuaderno de dibujo y unos cuantos creyones para trabajar en el boceto de la Harley, y durante algunas horas eso fue lo que hizo. Sentarse en uno de los bares que tenían a bordo y dibujar.

Las primeras fases de un proyecto eran las que más le emocionaban. Planear, dibujar, salir a cazar las piezas o construirlas... eran cosas que realmente le gustaban. Luego estaba la recompensa por su trabajo, el subidón de adrenalina al correr con sus creaciones. Pero esa era una emoción que duraba poco, que se empezaba a desvanecer conforme pasaba la novedad.

Después de unas cuantas cervezas y varias versiones de la misma moto, Mark fue a su camarote para guardar los dibujos y aprovechó para darse una ducha, comer algo, tomar una siesta y decidir qué haría con el resto de su tiempo.

Como el sueño no llegaba, a pesar de no haber dormido nada la noche anterior, Mark decidió sentarse a ver televisión un rato.

*«De vacaciones en un crucero y lo único que se me ocurre es ver televisión.»*

La verdad es que seguir sus viejos hábitos de entregarse a la bebida, al sexo y al descontrol no era algo que le apeteciera en aquel momento. Quizás debido a la posibilidad de que Caroline viera una parte de él que le avergonzaba, una mentira que él se encargó de convertir en realidad y de la que no podía deshacerse ya.

Cuando entró a la sala de estar se encontró con su hermano jugueteando con el control remoto del televisor como si se tratara de un *GameBoy* o alguna otra consola de **Nintendo** portátil. Ni siquiera se detenía a mirar la programación, solo cambiaba de un canal a otro. El patrón ya estaba empezando a irritarlo a pesar de tener poco tiempo parado detrás de él.

—¿Puedes dejar de hacer eso? Es molesto —se quejó Mark.

Chris se volvió para responderle a su hermano sin fijarse en qué canal dejó el

televisor. Un profundo gemido lo hizo girarse hacia el televisor.

—Debo suponer que no invitaste a la chica, y por eso buscas consuelo allí —se burló de su hermano mientras señalaba la escena de sexo que se reproducía en el televisor.

Mark podía decir que Chris estaba avergonzado. Se veía claramente. Ni siquiera cuando eran adolescentes lo habían atrapado mirando pornografía, y no porque su hermano fuera superior al resto de los mortales y hubiese resistido la tentación, sino porque el muy cabrón era hábil para ocultar las evidencias, o para hacer que alguien más pagara por eso. Generalmente a quien acusaban era a su primo Joseph.

—Quita esa cara, hombre... —Mark soltó una carcajada—. Tampoco es como si mamá te hubiese encontrado y te fuese a castigar.

Ambos sonrieron con nostalgia. Había pasado bastante tiempo desde la última vez que visitaron a sus padres en San Diego. Chris le dijo que había planificado pasar a verlos después del viaje, antes de volver al hospital. Tendrían un par de semanas para asegurarse de que estuvieran bien y ponerse al corriente con sus cosas.

—Mamá es una santa —respondió Chris—. La pobre nunca se dio cuenta de que ocultabas tus revistas entre los libros de la escuela. Ella pensaba que estabas pasando por tu fase de buen estudiante —se carcajeó—. Nunca se explicó cómo es que tenías notas tan bajas si eras tan dedicado.

—Claro que se dio cuenta —dijo Mark sonriendo—. El año que te fuiste para asistir a la universidad, la tía Grace nos visitó y se quedó un par de días. Yo estaba en mi puesto habitual, pretendiendo hacer tareas y ella preguntó que qué hacía... —hizo una pausa para darle mayor suspenso a su historia—. Entonces mamá le dijo haciendo como que estudia mientras mira esas cochinas que le regala George—las últimas palabras las soltó con un falsete con el que pretendía imitar una voz femenina.

Los hermanos intercambiaron una mirada divertida antes de soltar una sonora carcajada. Chris siempre supo que su padre era el proveedor oficial de su hermano menor, pero no tenía idea de qué tanto sabía su madre. Por lo visto, sabía mucho.

—La cuestión es que desde ese día dejé de ocultar las revistas —admitió Mark—. Y ya no tenía gracia hacer algo prohibido si mamá lo sabía y hacía de la vista gorda, así que...

—Te cambiaste a las películas y a la acción en vivo.

—Exacto —respondió secamente.

«*Idiota.*»

—Dime una cosa, Mark —Chris quería llamar la atención de su hermano a un tema serio—. No quiero entrometerme en tu vida, pero ¿vas a hacer algo respecto a Caroline?

Los hombros del menor de los Laurens se hundieron.

—Juro que cuando fui a verla después de... bueno, ya sabes... —tragó grueso—. Yo tenía un plan —reconoció—. Me disculparía, pretendería que todo estaba igual que siempre y poco a poco iría demostrándole que con ella las cosas eran diferentes.

—¿Qué cambió? —quiso saber su hermano.

—No estoy tan seguro de que eso vaya a funcionar —suspiró derrotado—. ¿Sabes? Siempre había escuchado decir que los hombres y las mujeres no podían ser amigos, que era falso y todo eso —explicó—. Pero Caroline ha sido mi amiga por años. Me ha apoyado, escuchado y regañado cuando lo he necesitado. Se ganó mi respeto cuando se le plantó a sus padres porque quería ser escritora, aunque ellos quisieran que se convirtiera en abogada, o cualquier otra cosa —sonrió con nostalgia—. Ella en cambio solo ha visto lo peor de mí, porque no he sido otra cosa que un vago que va follándose todo lo que se mueve.

—Eres muy duro contigo mismo.

—La verdad a veces es dura —se encogió de hombros—. El caso es que, ¿alguien como ella realmente querría estar con alguien como yo?

—Haz que valga la pena para ella... —le sugirió Chris—. Es todo lo que puedo decirte —su hermano tenía esa expresión paternal que últimamente era tan frecuente—. Aplica tus propios consejos, Mark. Yo decidí hacerte caso y...

—¿Vas a salir con ella? —preguntó incrédulo.

—No lo sé —admitió—. La invité, pero aún no sé si aceptará.

—¿Y cómo se supone que va a avisarte, genio? —Se burló Mark—. Si no te has dado cuenta, tu celular se quedó sin servicio desde ayer por la noche. ¿O la invitaste a un lugar específico?

—¡Mierda! —se levantó del sofá cuando cayó en cuenta de lo que su hermano le

estaba tratando de decir—. ¡No! Solo la invité y me fui... las reservaciones las hice después —se golpeó la frente con la palma de la mano—. ¿Cómo pude ser tan descuidado?

—Tranquilo superhombre, eso tiene remedio —dijo él.

—¿En serio? ¿Cuál? —Chris no creía que Mark, a pesar de lo creativo que era, pudiera encontrar una solución para ese error suyo.

—Pues, tu chica es amiga de la mayor compradora compulsiva que he conocido en mi vida —declaró Mark—. Así que... —miró su reloj—, en estos momentos, si decidió aceptar, debe estar siendo arrastrada de tienda en tienda por Caroline James.

—¿Y si no?

—Pues, mi estimado Romeo, te tocará visitar camarote por camarote hasta encontrarla.

Chris no dejó que Mark terminara de hablar, sino que salió corriendo del camarote como si lo estuviesen esperando y fuera a llegar tarde. Mark sonrió y se dejó caer en el sofá, su atención en la pantalla del televisor.

—Y esto es lo más cerca de tener sexo que estaremos hoy —suspiró palmeando su entrepierna como si fuera un cachorro.

*«Porque después de esa noche con Caroline, no voy a querer estar con nadie que no sea ella.»*

\* \* \*

Después de horas tomando cocteles bajo el sol, el estómago de Caroline empezó a reclamarle alimento. El lugar en el que estaban tomando el sol era ideal, era bonito, no había mucha gente, las bebidas eran deliciosas e incluso una banda había empezado a tocar a unos pocos metros, pero la comida no aparecería frente a Lucy o frente a ella por arte de magia.

*«Eso solo pasaría en una de mis novelas. Y el plato de comida no llegaría solo, sino que me lo traería Mark.»*

Sus pensamientos siempre terminaban desviándose en esa dirección. Aparentemente su cerebro estaba programado para relacionar con él hasta la cosa más insignificante.

No es que comer fuera insignificante, ni nada por el estilo. Sin embargo, ella no era la única que había recibido el llamado de la naturaleza para atender las necesidades de su estómago. Lucy se llevó las manos al abdomen, como si con esa acción fuera a controlar los gruñidos que se escuchaban.

*«La bestia ha despertado, y reclama alimento.»*

Su amiga soltó un quejido lastimero justo antes de levantarse de la tumbona para aponerse su vestido playero.

—¿En qué piensas? —preguntó Caroline cuando Lucy empezó a recoger sus cosas para marcharse.

—En comida —dijo ella encogiéndose de hombros—. En que la necesito. Mucho y con urgencia.

—Igual yo —se carcajeó Caroline—. Vámonos de aquí, y busquemos algo a lo que hincarle el diente.

Rápidamente recogieron sus cosas y se pusieron en marcha. El área comercial no estaba muy lejos del área de recreación, y animadas por su conversación sobre comida no tardaron en llegar. Caroline notó que cerca de varias tiendas con ropa femenina había un bar muy similar a los que visitó en Inglaterra el año anterior cuando viajó para documentar su última novela. La fachada con un material que recreaba el característico ladrillo rojo, con ventanales de cristal y madera, y una gran barra con diferentes sifones de cerveza que se podían ver desde el exterior. Las chicas no lo pensaron dos veces y entraron.

*«Aquí es donde deben sentarse a beber todos los hombres que llevan a sus mujeres de tiendas.»*

Caroline y Lucy encontraron, al fondo del bar, una mesa vacía que les daba un poco de privacidad para conversar sus cosas mientras comían. Rápidamente un chico pelirrojo, que estaría en sus tempranos veintes, las abordó para entregarles la carta y recitar las especialidades del día. Ambas se decantaron por filetes de ternera acompañado con puré de papas y vegetales salteados. Junto a su orden tendrían un par de cervezas de barril para tomar.

—Ahora que mi colega el pelirrojo fue a buscarnos algo de comer —dijo Caroline—, ¿me cuentas exactamente a qué te invitó exactamente mi vecino? —Arqueó una ceja

cuando vio la cara de shock de Lucy—. Quita esa cara, tonta, es para saber exactamente qué tipo de ropa debes llevar.

Lucy parecía aliviada después de la aclaratoria.

—Esa mente pervertida... —se burló—. Después dicen que la que anda pensando en sexo todo el tiempo soy yo.

—¡Estúpida! —chilló la rubia mirando para todos lados como si temiera que alguien las estuviera escuchando.

Varios minutos más tarde, un humeante plato estaba frente a cada una. Caroline y Lucy comieron hasta quedar satisfechas, intercambiando de vez en cuando murmullos de apreciación. Antes de salir se encargaron de felicitar personalmente al encargado. Fue cuando se enteraron de que aquel era un negocio familiar, regentado por una familia británica que se complacía en pasear por el Caribe un pedacito de su país.

Caminaron por las tiendas pese a que no era la actividad favorita de Lucy. Ella se dejó guiar por los consejos de su amiga en cuanto a la elección del atuendo y de los accesorios, aunque tenían diferencias de opinión en cuanto a la ropa interior. Pasaron bastante rato discutiendo sobre si debía o no llevar lencería sexy en la primera cita ante la mirada divertida de las encargadas de atenderlas.

—No me vengas con tonterías, Blake —le advirtió Caroline—. Nadie va a una cita, en pleno siglo veintiuno, usando pantaletas de abuelita así que déjate ayudar.

—No es como si fuera a tener sexo con él en la primera cita —se quejó su amiga.

—¿En serio? —La pelirroja no le creía ni una sola palabra—. De todas maneras, ¿quién dice que una debe usar ropa interior sexy solo cuando va a tener sexo con alguien? —le preguntó—. Es una cuestión de autoestima, de regalarse a una misma con un detalle coqueto... —explicó—. Además, será tu secreto. A menos que quieras compartirlo —le guiñó el ojo.

Para cuando lograron ponerse de acuerdo y terminar su recorrido por las tiendas, Caroline estaba exhausta. Apenas llegaron a su camarote, se despidió de Lucy para darse un baño y tomar una siesta. Sin embargo su cerebro no dejaba de trabajar. De dibujar escenarios en los que, por una vez, aplicara para ella los consejos que daba a los demás.

«*Carpe Diem.*»

Consideró por un rato la idea de ponerse a escribir, cuando sintió la puerta del camarote abrir y cerrarse, intuyendo que estaría sola por un rato. Así que se acostó en la cama, cogió su teléfono y retomó las notas que había estado haciendo junto a la piscina.

*Asmodeus se despidió de Camille y empezó a caminar hacia la puerta de la habitación. Por un momento ella consideró pedirle que se quedara, pues quizás con alguien más en la habitación ella tendría algún tipo de contención contra los confusos sentimientos que tenía por Belial. Pero Asmodeus salió de la habitación con una sonrisa pícaro en su rostro, y eso provocó que un escalofrío recorriera el cuerpo de Camille.*

*Belial se había quedado muy quieto, pero ella sabía que no estaba dormido. Podía sentir la intensidad de su mirada sobre ella. Camille no soportaba el silencio ni la manera en que la observaba, haciéndola consciente de cada porción de su cuerpo aunque estuviera totalmente cubierta. Ante su escrutinio se sentía desnuda.*

*—Deberías dormir —sugirió ella para romper un poco la tensión que se había construido entre ellos.*

*El demonio empezó a moverse hacia ella, arrastrando su cuerpo por el colchón, hasta que su rostro estuvo a milímetros del suyo.*

*—Debería —aceptó él—. Pero eso no es lo que quiero.*

*—¿Y qué es lo que quieres? —preguntó Camille, tragando grueso apenas las palabras dejaron su boca.*

*Belial recorrió el contorno de sus labios con el pulgar antes de inclinarse sobre ella.*

*—Esto... —susurró. Entonces la besó.*

No supo cuánto tiempo había pasado, pero su concentración se interrumpió cuando escuchó la puerta del camarote abrir y cerrarse, y luego escuchó la voz de su amiga canturreando antes de encerrarse en su habitación.

*—Supongo que se encontraron—sonrió.*

Guardó los cambios en el archivo y decidió salir de la cama. Era momento que

siguiera el ejemplo de Lucy, que siguiera sus propios consejos, y enfrentara las cosas en lugar de huirles. Tomó unos vaqueros rasgados de entre su ropa y se cambió la camiseta por una negra de tirantes. Luego se puso unas sandalias planas, recogió su cabello de cualquier manera y salió de allí. Si su *sabiduría* había ayudado a Lucy, entonces ¿por qué no podría ayudarla a ella misma?

Con ese pensamiento se dispuso a buscar a Mark. Ya él había hablado, primero para decirle que la amaba y luego para decir que lo sentía. Pues bien, ahora le tocaba a ella.

«*Y me va a escuchar.*»

Caminó con decisión, reafirmando el propósito de ese encuentro. Le confesaría sus sentimientos.

—¿Y si realmente cambió de opinión? —dudó por un momento.

«*Que Dios me ayude si es así.*»

Después de tantos años conociéndose, Caroline podía apostar un riñón a que Mark no estaba encerrado en su habitación como ella había estado hasta hace unos minutos. Él odiaba estar metido entre cuatro paredes, esa era una de las razones por las que le había sacado el cuerpo al trabajo corporativo. Se encaminó hacia el área de entretenimiento, donde tenían una pared de escalar entre otras atracciones. Estaba segura de que por allí lo encontraría.

No pasó mucho tiempo antes de que lo divisara. Estaba plantado frente a la pared con rocas falsas, observando a un par de chicos ascenderla. Caroline se paró junto a él y respiró profundo, armándose de valor, antes de hablar.

—¿Quieres intentarlo? —le preguntó.

Mark se sobresaltó al notarla junto a él, pero su expresión sorprendida fue reemplazada rápidamente por una sonrisa luminosa.

—Solo si tú lo intentas.

«*No me refiero a la pared de escalar, tarado.*»

El desafío le recordó su adolescencia. Vivían retándose mutuamente a hacer actos o bien muy heroicos o muy estúpidos según se vean. Generalmente ella estaría muerta de miedo, pero aceptaría los retos porque eso significaba pasar más tiempo con él.

—Bien —dijo ella—. Si llego a la cima primero que tú... —empezó a decir, pero luego se acercó a su oído y susurró para que solo él pudiera escucharla—. Te tendré en

mi cama esta noche.

Mark tragó saliva, visiblemente sorprendido por la proposición.

«¿Escuché bien lo que acaba de decir?»

—¿Y si yo gano? —preguntó frunciendo el ceño.

—Me tendrás en la tuya —ella se encogió de hombros—. Lo cual me parece un trato bastante justo, si me preguntas.

—¿Qué clase de juego es este, Caroline? —Mark no parecía muy contento—. Primero huyes de mí y ahora...

—Tengo derecho a cambiar de opinión, ¿no lo crees? —le preguntó—. ¿O es que acaso ya no me encuentras deseable?

—Somos amigos, Caroline —le recordó Mark, aunque parecía que se lo recordaba a sí mismo.

—Eso no responde mi pregunta —dijo ella con un mohín. Siempre le había gustado hacerlo molestar.

—La respuesta que quieres, ¿hará una diferencia? —preguntó.

Caroline gruñó molesta. Las cosas no estaban saliendo como ella quería, y eso la frustraba. Las confesiones no eran su fuerte. Dejar sus sentimientos al descubierto la hacían sentir vulnerable, y odiaba eso.

«*Es mejor que cambie de estrategia.*»

Echó un vistazo a su alrededor, buscando a la persona que asignaba los turnos en la pared de escalar. Cuando lo encontró empezó a caminar hacia él, arrastrando a un confuso Mark por el cuello de su camiseta.

—Caroline, no me estás escuchando —gruñó Mark.

Y era cierto, Caroline no lo estaba escuchando. No le prestaba atención a ninguna de sus réplicas mientras ideaba su plan B sobre la marcha, sin embargo se detuvo para aclarar un par de puntos con Mark.

—Escucha una cosa, Laurens —dijo ella con la advertencia tiñendo su voz—. Admito que me comporté como una cobarde al salir corriendo de tu casa, cuando lo que quería era decir que yo también te amaba...—siempre le había costado admitir sus errores, así que esta confesión era lo más difícil que había hecho—. Pero no tengo ganas de seguir corriendo, ¿me entiendes? —Sus ojos dejaban ver su miedo, pero

también le mostraban ese amor que ella siempre le había demostrado—.Tú eliges si subir a esa pared o ir directamente al sitio donde ambos queremos estar.

Caroline tiró de él, acercándolo a su rostro, y aplastó sus labios contra los de Mark. Al instante, él abrió la boca y sus lenguas se encontraron en un profundo y húmedo ataque. Ella sintió una oleada de calor recorrer su cuerpo cuando las manos de Mark empezaron a trazar círculos en sus costados, acercándola poco a poco mientras devoraba su boca.

Mark estaba tratando de contenerse, notó. Sus movimientos, aunque apasionados, también eran calculados. Ella ansiaba más que eso. Caroline quería hacerlo perder el control, así que pegó sus caderas a las de él y empezó a mover sus caderas, frotándose descaradamente contra la erección de Mark. Él la agarró por el pelo, tomando el control total de su cuerpo, dejando completamente a un lado la sutileza.

Ella se había visto atrapada en un remolino de pasión y sed que sólo Mark podía calmar. Había entrado por las puertas del cielo sin dar un solo paso, pero el murmullo de gritos y vítores les recordó donde estaban y Mark interrumpió el beso.

—Bien —aceptó Mark con la respiración entrecortada y con una sonrisa formándose en su rostro—. Tú ganas. Tú siempre ganas.

Caroline le regaló una sonrisa radiante como respuesta, entonces se alejaron de la multitud para disfrutar el uno del otro.

## CAPÍTULO XIII



Dicen que en el mar la vida es más sabrosa, y Caroline estaba empezando a estar de acuerdo con esa expresión. No es que pasara mucho tiempo en el mar, ni mucho menos.

*«El exceso de sol es perjudicial para mi piel.»*

Al menos esa era la excusa que ella daba cuando Lucy insistía en que abandonara la cama. No es que a su amiga le hiciera falta su compañía, porque para eso tenía a Chris. Habían pasado casi dos semanas desde su cita, y ahora eran inseparables. Ese arreglo era perfecto para ella, porque ella prefería seguir en su habitación.

No es que estuviese deprimida, enferma o muy concentrada en su manuscrito. No, nada de eso. Caroline se mantenía ocupada en otra clase de actividades que nada tenían que ver con escribir novelas románticas. El asunto iba más por la línea de hacer realidad unas cuantas escenas que había escrito en el pasado.

Cuando empezó aquel viaje junto a su mejor amiga, para olvidarse del desastre que era su vida personal, el plan había sido pasar un tiempo de chicas y que Lucy superara el bloqueo post-ruptura con su ex. El crucero estaba obrando magia en su amiga, y ella no podía quejarse tampoco. También había hecho varios descubrimientos en aquella travesía.

Caroline se giró en la cama, quedando frente a frente con el responsable de que su cuerpo estuviera dolorido en lugares que no recordaba pudieran doler. Sonrió. Últimamente parecía incapaz de dejar de hacerlo. Mark seguía dormido, pero incluso cuando sucumbía al sueño parecía seguir necesitando tocarla, sentir su piel, y eso a Caroline le encantaba.

Mark y ella tenían un pasado en común. Se conocían desde la infancia, pues habían sido amigos, y cuando empezaron a crecer Caroline empezó a verlo como algo más. Por desgracia él nunca se fijó en ella del mismo modo. Al menos eso había creído ella, pero ya no estaba tan segura.

Sin embargo, poco antes de iniciar aquella travesía algo cambió. Caroline sentía un

extraño aleteo en su estómago cuando recordaba la noche en que vio llegar a Mark algo pasado de tragos, algo que la hizo acercarse para ayudarlo a entrar a casa y que estuviera seguro. No sabía definir el momento exacto en que aquel contacto, que en otro momento hubiese pasado por casual y desinteresado, terminó en una exploración sensual. Entonces terminaron teniendo sexo en la sala como un par de salvajes. Y justo así se habían entregado el uno al otro a lo largo de las últimas dos semanas, como si no hubiese mañana.

Ella dudaba que hubiese un centímetro de su piel que Mark no hubiese acariciado, besado y recorrido con su mirada, una y otra vez, como si deseara grabarla en su memoria. Como si tuviera miedo de que aquella burbuja en la que vivían fuera a romperse de un momento a otro. Tenía que admitir que ella también tenía miedo de que eso sucediera.

Caroline también había estudiado el cuerpo de Mark con bastante detalle. Centímetro a centímetro. Cada músculo, cada tatuaje. Nada se le había escapado. Fue precisamente allí, en la tinta que cubría su piel donde encontró un poco de esperanza en el futuro de su relación.

*«¿Quién hubiese dicho que Mark Laurens era fanático de las novelas románticas.»*

Su cuerpo estaba cubierto de trazos que ella había imaginado y descrito en las páginas de sus libros. Los tatuajes más significativos, los más estúpidos... todos estaban grabados en su piel. A excepción de uno. El que más tiempo le llevo descubrir. Las iniciales de su nombre escritos en letra cursiva, muy similar a su caligrafía si le preguntaban, en un diseño sencillo pero hermoso, como si las letras formaran parte de una flecha que atravesaba su costado izquierdo.

El tiempo parecía correr a una velocidad distinta para ellos, entregados como estaban a disfrutar sus cuerpos y explorar sus sentimientos. Sin embargo aquellas vacaciones no durarían para siempre. Se acercaba el momento de volver a la realidad. Bien sabía la escritora que en Los Ángeles el pasado de ambos esperaba. Se trataba de una prueba de la que no estaba segura de salir indemne, por eso se aferraba a los pequeños momentos junto a Mark, aunque se sintiera como una acróbata en la cuerda floja.

—Tu mente está dándole tantas vueltas a las cosas —dijo Mark con la voz pastosa por el sueño—, que desde aquí puedo escuchar los engranajes de tu cerebro.

—No sé de qué hablas —negó con la cabeza mientras se pegaba más a su cuerpo.

Caroline arrastró uno de sus dedos por su mejilla, hacia su cuello, descendiendo por su pecho, pero antes de que pudiera seguir avanzando Mark atrapó su muñeca con una de sus manos.

—Habla conmigo —le pidió él, un poco más despierto. Sus ojos azules brillaban de un modo distinto. Una silenciosa súplica asomándose en ellos.

—Hablar... —suspiró ella—. Sabes que eso nos hubiese ahorrado mucho tiempo.

—Quizás tengas razón en eso —aceptó Mark—, pero correr era más fácil que hablar —le explicó—. Siempre he sido un idiota, tú lo sabes—sonrió con pesar—. Tú eras el cerebro de nuestro pequeño equipo, yo solo era el músculo —bromeó.

—¡Payaso! —Caroline sonrió.

Mark se inclinó un poco más hacia ella, usando sus manos ahora para pegarla más a su cuerpo.

—¿Puedo besarte? —le preguntó.

—Sí —contestó Caroline sin aliento. La intensidad de su mirada tenía ese efecto sobre ella.

—¿Quieres que te bese o dejas que te bese? —insistió Mark.

—Ambas cosas —sonrió ella, y la presión de los labios de Mark sobre los suyos no se hizo esperar.

El beso fue tentativo al principio, pero se volvía más feroz y exigente por momentos. Como si no pudieran tener suficiente el uno del otro. Como si esos besos fueran más necesarios que el aire.

Mark poco a poco fue situando a Caroline en el medio de la cama, su espalda firme contra el colchón y sus piernas envueltas en sus caderas. Se mecían el uno contra el otro en un ritmo fácil, preciso y cadencioso. Él arrastró sus labios por el cuello de Caroline, lamiendo su piel como si se tratara de su sabor favorito, mordisqueando su clavícula y deslizándose hacia sus pechos, mientras su miembro simplemente se frotaba contra su centro. Mark podía hacerla volar tan solo con la fricción.

El sonido de un teléfono vibrando sobre una mesa hizo que perdieran el ritmo por un

momento, y Caroline gimió frustrada.

—¿El tuyo o el mío? —preguntó, pero pareció pensárselo mejor—. No importa... déjalo.

No es que Mark quisiera revisar el teléfono de todas formas. No quería despegarse de ella. Y no lo hizo. Mark solo siguió ondulando sus caderas, recuperando el ritmo que habían construido y llevando a Caroline hasta el límite. Pero el teléfono volvió a vibrar.

«¡Maldita sea!»

Mark ya estaba empezando a molestarse. Por buena parte del viaje su teléfono no había servido para nada, pero repentinamente no hacía más que vibrar. Porque estaba seguro que era su teléfono el que estaba cortando el momento.

—Esto solo tomará un segundo —le dijo a Caroline antes hacia la mesita de noche para tomar el aparato con la intención de apagarlo.

El número del que lo habían estado llamando no estaba registrado en su agenda, y él frunció el ceño.

—¿Quién era? —preguntó ella.

—No sé... —admitió—. El número no está registrado.

Podía ser cualquier persona. Cualquiera de las mujeres que se había llevado a la cama, pensó, pero no iba a decir eso en voz alta. Apartando esa idea, decidió que lo mejor era desconectar el aparato, pero justo en ese instante entró un mensaje de texto.

*Pensando en ti.*

*¿Cuándo repetimos?*

*Lisa*

Mark tuvo que morderse la lengua para no soltar una maldición. Su cuerpo se tensó completamente, y Caroline lo sintió. Tenía que hacerlo, después de todo seguía pegada a su cuerpo.

—Sí —mintió.

Pero se prometió que eso dejaría de ser una mentira, porque si había algo que tenía claro era que no permitiría que su pasado le hiciera daño a Caroline. Ella no se lo

merecía.

—¿En qué nos quedamos? —preguntó mientras movía sus caderas para presionar el punto en el que su cuerpo se unía al de ella, tratando de recuperar el momento.

—Sí, por allí nos quedamos —sonrió ella, pero la sonrisa no le alcanzó la mirada.

La había mentido por mucho tiempo, se dijo, y ella lo conocía tan bien que dudaba lograr engañarla nuevamente.

\* \* \*

Varios días después, Caroline caminaba por la cubierta del barco con un pequeño morral colgando de su hombro y una sonrisa malvada en su cara. Su mejor amiga, Lucy, no había vuelto al camarote la noche anterior y ella estaba feliz por eso. Caroline había aprovechado su tiempo a solas para avanzar con la historia de Belial y Camille.

Desde que había empezado a quedar con Mark se había olvidado completamente del manuscrito. No es que tuviese prisa por terminarlo ni nada por el estilo, pero separarse un poco le daba un poco de perspectiva a las cosas. Para ella, al menos, que había tenido oportunidad de pensar sobre las llamadas telefónicas que Mark había empezado a recibir, que cada vez eran más frecuentes.

Él siempre les restaba importancia y enfocaba toda su atención en ella, en complacerla, como si necesitara compensarla por algo.

*«Por su pasado, tal vez.»*

Pero ella no había entrado a ciegas a una relación. Caroline conocía a Mark y era consciente de su pasado. Ella no lo juzgaba por él, pero tampoco la hacía feliz que ese pasado amenazara su presente o su futuro.

*«Si es que lo tenemos.»*

Sin embargo, aquella visita que había planeado no tenía que ver con Mark o sobre su incierto futuro. Tenía que ver con Lucy, y ella debía enfocarse en eso.

Antes de salir de la habitación había llamado para ordenar un desayuno para cuatro personas que sería enviado al camarote de Chris. Hacia allá se dirigía en ese momento con una muda de ropa limpia para Lucy. No iba a dejarla hacer el paseo de la vergüenza vistiendo el mismo vestido de la noche anterior. Por muy bonito que fuera el

vestido.

Que Lucy sedujera a Chris era una cosa, pero el resto de los pasajeros del barco no eran parte del plan.

Llegó al camarote que Chris compartía con su hermano y tocó la puerta. Al cabo de unos minutos un ojeroso Mark la dejaba entrar mientras se frotaba la cara con ambas manos, se acercó a ella y le dio un beso rápido.

—Di que viniste para que me pueda vengar de esos dos —suplicó—. No tienes idea de lo frustrante que es escucharles follar como conejos mientras estás solo en la habitación.

Mark hizo su mejor cara de cachorro y Caroline tuvo que reírse de ella.

—Lamento mucho que no te dejaran dormir, cariño —se disculpó y volvió a besarla.

Dejó el morral a un lado y le dio un vistazo a la sala de estar, que era idéntica a la de su camarote. Pero Mark no la dejó explorar mucho, porque la agarró por las caderas y la pegó contra su cuerpo mientras la abrazaba desde atrás. Aspirando el olor de su cabello para luego enterrar su rostro contra su cuello.

—Tengo una idea de cómo puedes compensarme... —murmuró contra su piel.

—Espero que hables de comida, porque el desayuno viene en camino —fue su respuesta.

Justo en ese momento un par de golpes sonaron en la puerta, haciendo que Mark resoplara antes de apartarse de ella y caminar hacia la fuente del sonido.

—Eres una mujer cruel —gruñó mientras hacía girar el pomo de la puerta.

—No tienes idea —respondió ella en voz baja.

El desayuno sorpresa planeado por Caroline fue más divertido de lo que esperó. Durante un momento, mientras Chris se levantó para ir al baño, Mark tomó su lugar junto a Lucy y empezó a interrogarla.

—Entonces... —dijo Mark, poniéndose cómodo.

Lucy empezó a jugar con el tenedor, haciendo figuras en su plato.

—¿Entonces qué?—preguntó la rubia haciéndose la tonta.

Caroline no iba a dejar que su amiga se saliera del lío tan fácilmente, así que se unió a la fiesta con insinuaciones poco sutiles.

—Te ves cansada esta mañana —la señaló.

—Mark también se ve cansado, no veo que le digas nada al respecto —respondió Lucy.

—Eso es porque no me dejaban dormir —dijo Mark sonriendo.

Lucy abrió la boca para responder, pero la cerró inmediatamente. Se sonrojó y trató de disimular una sonrisa.

—Así de bien, ¿eh? —se burló Caroline.

Pero Lucy no respondió porque justo en ese momento Chris volvió a la mesa. Terminaron el desayuno en silencio, pero ocasionalmente Caroline y Mark lanzaban miradas en dirección de Lucy, haciéndola sonrojar. Eventualmente las miradas empezaron a provocar risitas que Chris no alcanzaba a comprender, y que decidió ignorar con un encogimiento de hombros.

Aunque Mark estaba disfrutando las bromas a costillas de su hermano, empezó a sentir que la noche de insomnio le estaba pasando factura. Lanzó un largo bostezo y se disculpó antes de retirarse a su habitación, no sin antes darle un beso en el cabello a Caroline y pedirle que fuera a verlo antes de marcharse.

—Traje un poco de ropa para ti —Caroline le dijo a Lucy, quien asintió y sonrió. Luego desvió la conversación hacia su vecino—. Cuéntame Chris, ¿Qué harás al regresar a Los Ángeles?

—Antes de volver a Los Ángeles voy a ir a ver a mis padres —respondió él como si nada—. Quería visitarlos antes de volver a mi consulta.

—Uhhh... —la pelirroja frunció el ceño. Ella conocía de esos planes porque Mark se lo había contado. Incluso la invitó a pasar Acción de Gracias con ellos, cosa que todavía no aceptaba, por lo que asumió que Chris había hecho lo mismo con Lucy—. Pensé que habían hecho planes juntos.

Lucy abrió los ojos como platos y se atragantó con un pedazo de pan. Chris le dio golpecitos en la espalda y le tendió un vaso con agua para ayudarla.

—Caroline, creo que no es necesario hacer esto —le dijo su amiga apenas pudo hablar.

Ella se dio cuenta de su metida de pata y decidió guardar silencio. Quizás ella solo se estaba adelantando a los acontecimientos. No todas las parejas iban al mismo ritmo.

No es que hacer planes con Mark cambiara el hecho de que no tenía idea de lo que el futuro les deparara.

\* \* \*

La última noche a bordo del crucero celebraron una fiesta similar a la que los recibió, solo que esta vez se trataba de una fiesta temática ambientada en los 60s. Con disfraces de la época y disfrutando de la música, la compañía y los recuerdos que habían construido juntos, Lucy y Chris intercambiaban bromas con Caroline y Mark. El ambiente tenso del desayuno había quedado atrás, y el doctor insistió a su vecina en que se les uniera para el plan de Acción de Gracias. Los padres de Mark y Chris adoraban a Caroline desde la infancia. Habiendo crecido puerta con puerta, fueron muchas las ocasiones en que los Laurens celebraron las fiestas con su familia. Recuerdos agrídulces asaltaron a Caroline, que rápidamente escondió sus emociones en una cínica sonrisa.

—Estará bien no cocinar, para variar —dijo encogiéndose de hombros.

—Nunca cocinas en las fiestas —se burló Lucy—. Las pasas en mi casa, o en un bar.

Caroline palmeó el brazo de su amiga de manera cariñosa y todos se carcajearon.

«*Eso, Lucy. Desquítate lo de esta mañana.*»

Las risas siguieron hasta el final de la velada. Ella sabía que aceptaría acompañar a Mark. Caroline terminaría haciendo cualquier cosa para estirar su tiempo con él, porque al regresar a Los Ángeles las cosas cambiarían. Todavía no habían definido su relación, y ella había empezado a tener muchas dudas sobre el pasado de Chris. Si seguiría realmente en el pasado.

## CAPÍTULO XIV



*Varias semanas después...*

Después de Acción de Gracias, los padres de Mark habían insistido en que Caroline y su hijo se quedaran con ellos hasta Navidad. Ellos alargaron su estancia todo lo que pudieron, pero eventualmente tuvieron que regresar. No por gusto. Caroline hubiese preferido quedarse en San Diego en lugar de volver a Los Ángeles, pero el estudio encargado de la adaptación de su novela solicitó su presencia para la revisión preliminar del guión.

La noticia de la adaptación se había vuelto viral. Por suerte todo eso ocurrió mientras estaba en el crucero, con una conexión intermitente y con ningún interés por lo que ocurría fuera de su habitación. O de la habitación de Mark, cuando decidían quedarse allí.

El regreso a la realidad, como ella lo había llamado, no había sido tan duro. Mark y ella habían encajado en una rutina sencilla, alternando entre sus casas para pasar la noche. Cuando ella tenía que trabajar en las revisiones del guión, él trabajaba en su computadora sobre los bocetos de una moto que estaba armando. Aunque no compartía muchos detalles al respecto.

*«Su proyecto secreto.»*

Caroline sonreía cuando recordaba la expresión testaruda de Mark cuando ella insistía en ver el diseño, o algún detalle de relacionado con la moto.

La noche anterior, sin embargo, el pasado volvió a asomar su cabeza. Caroline había despertado en medio de la noche para encontrar que Mark ya no estaba en la cama junto a ella. No es que tuviese la obligación de quedarse, pero le sentó mal que él pudiera marcharse sin despedirse de ella.

Entonces escuchó un golpe fuera de la habitación, seguido de la voz de Mark discutiendo con alguien en lo que pretendía ser un tono bajo de voz. Caroline tomó la

camiseta de Mark que estaba tirada en el piso junto a la cama, y se la puso. Caminó hacia la puerta, escuchando cada vez más claro la discusión.

—¡No! —dijo él—. No me interesa volver a verte —hubo una pequeña pausa, entonces el sonido de sus pasos de un lado a otro—. Te dejé claro que no quería que me siguieras llamando —el tono con que hablaba era definitivo. No invitaba a réplicas, pero al parecer su interlocutor no entendía eso—. Voy a bloquear este número. Y cada número del que llames. No me interesa —gruñó—. Tú fuiste un polvo más, un cuerpo sin rostro más. No me interesa repetir. Gracias, pero no.

Segundos después se escuchó el sonido del teléfono estrellándose contra lo que Caroline presumió era la pared, y los pasos de Mark alejándose de allí. Cuando ella se atrevió a abrir la puerta se encontró, efectivamente, los pedazos del celular de Mark.

«¿Va a ser así siempre? ¿Mujeres llamándolo en la mitad de la noche?»

No importaba la respuesta a esa pregunta, se dijo. Lo que realmente importaba era saber si Mark se resistiría siempre a la tentación, o si eventualmente caería en ella.

\* \* \*

Esa mañana Caroline estaba más irritable que de costumbre. Que no era el estado ideal para sentarse por horas con un montón de desconocidos, quienes la miraban y luego susurraban entre ellos. Sí, había escrito un libro con escenas de sexo. Montones de escenas de sexo. Pero ¿acaso ellos, que llevarían uno de ese libro al cine, no iban a hacer dinero con él?

«Paciencia, Caroline.»

—Ahora vamos a escuchar la lectura del señor Collins junto a la actriz que seleccionamos para —anunció uno de los hombres, cuyo nombre ya había olvidado, después de aclararse la garganta.

Hicieron señas a un hombre joven, alto y desgarbado con una media melena castaña que vestía una camiseta gris que decía *Mis otras camisetas están llenas de pelo de gato*, para que fuera hacia la puerta y llamara al actor. Segundos después Michael Collins, dos veces seleccionado como el hombre más sexy por la revista *People*, entraba en aquel salón vistiendo unos vaqueros rasgados, una camiseta blanca y una

chaqueta de cuero.

«*Algo que Mark usaría.*»

Su estilo de cabello había cambiado, notó Caroline, pues lo había visto en su última película llevándolo largo.

«*Es que hasta el corte de cabello es igual.*»

Llevaba una copia del guión en la mano, pero se la tendió al muchacho de la camiseta gris antes de enfocar su atención en el director de *casting*.

—¿Listo? —le preguntó.

—Siempre —respondió el actor.

No había terminado de recitar el segundo párrafo cuando Caroline se puso de pie, llamando la atención de todos por interrumpir la lectura, para dar su opinión sobre Collins.

—Tiene que ser él quien haga el papel.

El director, los productores y el director de Casting habían llegado a la misma conclusión que ella, por lo que el proceso terminó bastante rápido. El agente del actor, un italiano con cara de haber tenido un mal día, estaba conversando en un rincón con los ejecutivos mientras que Michael parecía estar discutiendo con el muchacho el hombre joven que le sostenía el guión.

—¿Sabes? Realmente prefería como eras antes... —comentaba el actor—. Hace un año no me hubieses empezado a dar órdenes, como si olvidaras quién es el jefe.

—Mi jefe sigue siendo el señor Vincenzo —el muchacho se encogió de hombros—. Flavia es su sobrina. Hacerla feliz a ella es hacer feliz al jefe, y a ella le gustan los libros de Caroline James.

—Entonces ve y haz que se lo firme —respondió Michael como si no entendiera qué tenía que ver con él todo aquello.

—Es su regalo de Navidad —se quejó el muchacho—. El regalo que tú le darás.

—Mierda...

—Sí, eso mismo —el joven rodó los ojos como si no fuese novedad estar discutiendo con Michael Collins. Y quizás no lo era, pensó Caroline. Tal vez ella discutiría todo el tiempo con alguien que fuera por la vida diciéndole qué hacer, por eso ella no tenía asistentes.

Michael Collins se giró de repente y alzó las cejas sorprendido de que Caroline estuviese tan cerca. Luego sonrió de medio lado, de la misma forma en que Mark solía hacer cuando la atrapaba haciendo algo que no debía.

—Hola... —la saludó alzando la mano derecha.

—Hola —asintió ella con una sonrisa incómoda—. Lo siento, no quise interrumpir.

—No te preocupes, no interrumpiste nada que William no pueda retomar después —el actor se cruzó de brazos—. Últimamente disfruta pensando que él es quien manda —sonrió Michael—. Me alegra que te nos unieras en la lectura de hoy.

—Sí, estuvo muy bien —respondió Caroline sin saber muy bien qué decir—. Es la primera vez que participo en algo de esto.

—No será la última, por lo que he escuchado —dijo Michael bajando la voz—. Se comenta que el estudio está muy interesado en adaptar otro de tus libros cuando termine este proyecto.

—¿En serio? —eso la había sorprendido, no se lo esperaba.

—No sé por qué te sorprende —respondió él encogiéndose de hombros—. Tu trabajo es excelente. Mi esposa lo adora —le lanzó una mirada a su asistente que sonrió inocentemente.

—Eso escuché —sonrió Caroline con timidez.

Michael le devolvió la sonrisa antes de hablar.

—Entonces no te importará firmar uno de tus libros para ella, ¿no?

—En lo absoluto —aceptó Caroline, empezando a buscar un bolígrafo en su cartera mientras William, el asistente de la camiseta gris, le tendía una copia de **Unchained**—. ¿Cómo se llama tu esposa?

—Flavia —respondió el actor.

Michael guardó silencio mientras Caroline escribía una dedicatoria y firmaba su nombre, pero se atrevió a hablar nuevamente cuando ella le entregó el libro.

—A mí también me gustó mucho el libro —confesó—. Solo que me pareció triste que una historia tan intensa no tuviese un final feliz.

—No todos los romances tienen finales felices —se defendió Caroline.

—Lo sé —asintió el actor—. Pero deberían. Nunca dejes de buscar el tuyo —dijo antes de sonreír y ofrecerle la mano a modo de despedida.

\* \* \*

Mark pasó casi todo el día recorriendo la ciudad, junto a su primo que estaba de visita, buscando las piezas que necesitaba para terminar la *Harley*. Era una prueba para él, al igual que su relación con Caroline. Algo en lo que debía trabajar todos los días. Un reto, sí, pero también lo sentía como una recompensa que no creía merecer. A veces se preguntaba cuánto tiempo pasaría antes de que terminara dañándolo todo, como de costumbre. No porque quisiera hacerlo, sino porque... las cosas eran así.

—Vas a tener que hacer una de esas para mí cuando termines la tuya —comentó Joseph mientras revisaba una carpeta con los bocetos de Mark.

El diseño de la *Harley* estaba finalmente completo, la mayoría de las piezas originales estaban en el garaje de su casa, y en ese momento se dirigía a recoger algunas piezas *custom* que le añadieran personalidad a su trabajo. En las semanas que se había estado dedicando a trabajar con la moto decidió que no la vendería. A diferencia de trabajos anteriores, con esta moto tenía una conexión. Era como un sentimiento paternal, aunque fuera estúpido sentir esas cosas por objetos inanimados.

—Te va a costar... —sonrió Mark.

—Como si el dinero fuera problema alguna vez —Joseph resopló—. Ya que no quieres venir a Nueva Orleans para ayudarme con el hotel, debo hacerte trabajar de algún otro modo —sonrió.

—Esclavista —lo acusó.

—Vago —respondió su primo.

Mark estacionó el auto de Chris, que había tomado prestado para hacer sus diligencias, y entraron a la tienda de respuestos donde encargaba sus piezas personalizadas. Mientras su primo recorría la tienda, él se sacó del bolsillo su nuevo teléfono, uno que había tenido que comprar después de estrellar el anterior contra la pared en casa de Caroline, para ver la hora.

«*Ya tuvo que haber salido de su reunión.*»

Consideró por unos segundos llamarla o enviarle un mensaje, y se decantó por lo segundo en caso de que aun estuviera ocupada.

*¿Cómo salió todo?*

*Te extraño.*

Cuando terminó de escribir, se guardó el teléfono en el bolsillo y avanzó hasta el mostrador para llamar la atención del encargado.

—Laurens... —lo saludó un hombre latino, que tendría más o menos su edad.

—Hola Miguel, ¿ya tienen lo que encargué? —preguntó Mark. Joseph caminó hacia ellos ansioso de ver lo que su primo había encargado.

—Sí, las piezas salieron del torno ayer por la tarde —le informó el muchacho—, las tengo en la trastienda. Dame un minuto y voy por ellas.

—¿Y sobre lo otro?

—Mi prima estuvo trabajando en el diseño que trajiste, pero... —Miguel negó con la cabeza—, se tomó ciertas libertadas creativas.

—¿Cuándo podré ver lo que hizo? —Quiso saber Mark—. Me gustaría empezar de una vez el trabajo de pintura de la carrocería.

—Deja que llame a Patricia, y que ella misma te responda —Miguel le pidió que lo esperara un momento mientras buscaba las piezas y llamaba a su prima, luego regresó cargando una caja—. Dice que termina de imprimir el boceto y viene para acá —informó mientras dejaba caer la caja sobre el mostrador.

Empezaron a revisar las piezas que estaban dentro de la caja, y en ese momento empezó a repicar el teléfono de Mark alertando la llegada de un nuevo mensaje. Era de su hermano. Él y Caroline eran los únicos que tenían su número. Todavía debía llamar a sus padres para avisarles el cambio.

*¿Caroline está contigo?*

*Estoy tratando de llamarla, pero no contesta.*

Mark frunció el ceño por el mensaje de Chris, pero no tardó en responder.

*No, tenía una reunión o algo así.*

*¿Pasó algo?*

Patricia, la prima de Miguel, llegó con los bocetos mientras esperaba un nuevo mensaje de su hermano. La chica empezó a explicarle los cambios que hizo sobre su idea, pero justo en ese momento Chris respondió.

*No a ella. Es uno de mis pacientes, así que tengo que localizarla con urgencia.*

—Lo siento —la interrumpió—. Tengo que irme, es una emergencia —explicó mientras le hacía señas a Joseph para que lo ayudara con la caja—. ¿Te importa si te llamó luego y repasamos esto? —señaló los bocetos.

—Sí, pero yo no regreso a la tienda por el resto de la semana —respondió Patricia tomando las hojas donde estaban los diseños, girándolas para escribir en el respaldo. Allí garabateó su número de teléfono—. Avísame cuando tengas tiempo, o qué correcciones quieres hacer.

—Está bien —aceptó Mark, disculpándose nuevamente por su abrupta salida. Con la caja que le había entregado Miguel, Joseph y él salieron de la tienda.

## CAPÍTULO XV



Caroline no recordaba haber puesto su teléfono en silencio, por eso se sorprendió por la cantidad de llamadas perdidas y mensajes que tenía. Iba a empezar a revisar el registro de llamadas cuando el teléfono empezó a vibrar en sus manos. Lo contestó de inmediato.

—¿Hola? —dijo tentativamente, pues no conocía el número.

—Caroline, gracias a Dios —era la voz de Chris—. He estado tratando de contactarte.

—¿Pasó algo con Lucy? —preguntó con miedo, recordando que poco antes de Acción de Gracias el estúpido de su ex había entrado a su casa y la había destrozado.

Por suerte el idiota ese había cometido una infracción de tránsito y la policía pudo atraparlo mientras intentaba salir de la ciudad.

—Lucy está bien —la tranquilizó el doctor—. Pero hemos admitido a una amiga tuya. Ella te tiene como contacto de emergencia. Su nombre es Victoria Newman.

—¿Vicky, Mi editora? —Caroline frunció el ceño—. ¿Qué le pasó? ¿Está bien?

—Es un poco delicado para discutirlo por teléfono, Roja —le explicó—. Ven al hospital. Mark viene para acá, acabo de hablar con él. Pensé que estaban juntos.

—No, yo... —negó con la cabeza—. Tenía una reunión y tenía el teléfono en silencio. Ya voy para allá.

Apenas terminó la llamada con Chris, su teléfono volvió a vibrar. En esa ocasión era Mark.

—Caroline, ¿Dónde estás? —fue lo primero que preguntó—. Chris te ha estado llamando —su voz no era demandante, solo preocupada.

—Estoy a un par de calles del *Staples Center* —respondió—, acabo de hablar con Chris. Voy para el hospital.

—Bien —suspiró aliviado—. Joseph y yo vamos en camino, te alcanzo allá —le informó Mark—. Conduce con cuidado.

—Está bien, nos vemos allá.

«¿Sería un accidente de tránsito?»

No entendía por qué su editora la tenía como contacto de emergencia, pues Vicky tenía familia en la ciudad. Sin embargo, aquel no era momento para analizar esas cosas sino para actuar, así que arrancó el motor de su carro y, por primera vez desde que le dieron su licencia, rompió los límites de velocidad para poder estar donde la necesitaban.

Tardó casi media hora en llegar al hospital, y perdió cinco minutos más en el mesón de información porque nadie parecía saber si una Victoria Newman había sido ingresada. Ya estaba empezando a perder la paciencia cuando Mark llegó al hospital con su primo. Apenas vieron su cara las enfermeras empezaron a colaborar.

«Increíble. Ahora le dicen Mark el encantador de enfermeras.»

Con más paciencia de la que ella tenía, Mark empezó a explicarle a la enfermera lo poco que Chris les había dicho por teléfono, mientras su primo Joseph jugueteaba con su teléfono.

—¿Me repite por favor el nombre de la paciente? —le preguntaron a Caroline por millonésima vez, o quizás solo estaba exagerando.

—Victoria Newman —respondió.

Joseph alzó la vista hacia ella y frunció el ceño pero no dijo nada.

—Es paciente de mi hermano —agregó Mark.

—Un minuto... —les indicó la enfermera—. Debo consultarlo con Lorna.

—¿Y quién demonios es Lorna? —gruñó Caroline, pero la chica ya se había ido del mesón de información.

—Es la jefa de enfermería —respondió Mark—. Tiene años trabajando en este hospital. Si ella no sabe algo, nadie lo sabe.

—Esto es ridículo, ¿para qué tienen un sistema de ingresos si tienen que ir preguntándole a todo el mundo si ha visto un paciente?

Eso también le había parecido extraño a Mark, sin embargo no dijo nada. Joseph se alejó de ellos un momento para realizar una llamada y pocos segundos después les avisó que Chris venía en camino.

La enfermera Lorna y Chris llegaron casi al mismo tiempo, pero Chris le indicó que

él se encargaría de atenderlos.

—¿Me acompañan a mi consultorio? —les preguntó en voz baja. Caroline asintió y empezó a caminar tras él, buscando tentativamente la mano de Mark quién la sostuvo de inmediato. Joseph los seguía muy de cerca.

Entraron a la oficina donde Chris hacía su consulta, y él le indicó a Caroline que se sentara. No habló de inmediato, como si le costara decir lo que debía. Eso hizo que Caroline se pusiera mucho más nerviosa.

—Dime de una vez qué le pasó a Victoria —exigió.

—Primero tengo que preguntarte algunas cosas —explicó Chris dando la vuelta para sentarse frente a ella—. ¿Hace cuánto tiempo la conoces?

—4 o 5 años, hemos trabajado juntas por más o menos ese tiempo —respondió ella apoyando los brazos sobre el escritorio—, pero también hemos hecho una buena amistad. Yo conozco a su familia, hemos coincidido en varios eventos.

—En todo ese tiempo, ¿Victoria te comentó alguna vez que su pareja la golpea?

Caroline se dejó caer contra el respaldo de la silla con los ojos muy abiertos. Victoria, para ella, siempre había sido una mujer fuerte, independiente, sin miedo a expresar sus ideas. Las había impulsado, a Lucy y a ella, a ir más allá para crear sus historias. Siempre que la veían y ella decía que todo estaría bien, le creían porque ella proyectaba esa clase de seguridad. Saber que Victoria era víctima del maltrato de su pareja la sorprendía y le dolía.

—Por tu expresión asumo que no tenías idea —dijo finalmente Chris—. Alguien la encontró en la calle, estaba desorientada. Tenía varios hematomas —empezó a decir—. Unos golpes fueron más serios que otros —hizo una pausa—. Ella se está recuperando ahora, pero sería bueno que conversaras con ella. Se ha negado a poner la denuncia, y no puedo enviarla a casa si no puedo estar seguro de que su agresor no volverá a atacarla.

—Yo... —Caroline respiró profundamente—. Voy a hablar con ella.

\* \* \*

Cuando Caroline salió del consultorio con Chris, Mark se dio cuenta de que su

primo había estado muy callado. La violencia doméstica era un tema que los tocaba a todos ellos como familia muy de cerca. La madre de Joseph, hermana de su padre, había muerto cuando ellos tenían 11 años a causa de los golpes que diera el padrastro de su primo. Era algo de lo que nunca se hablaba en su familia.

—¿Estás bien? —le preguntó Mark.

—Sí... —asintió—. Es solo que...

—¿Te recordó lo que pasó con la tía Gigi?

—En parte, pero no, no es eso... —Joseph miró a Mark directamente a los ojos—. Creo que yo conozco a esa Victoria Newman.

—¿La conoces? —Frunció el ceño—. Conocer, conocer... ¿en el sentido bíblico?

—Sí, no... bueno... fue hace mucho tiempo... —Joseph apartó la mirada—. ¿Qué coño sabes tú de la biblia de todas maneras? —preguntó, a la defensiva.

—Relájate, campeón —Mark levantó las manos, con las palmas al frente—. Si es tu amiga podrías hablar con ella y animarla a denunciar al que la golpeó.

—No creo que ella quiera hablar conmigo si sabe que estoy aquí —suspiró Joseph—. La última vez que nos vimos no quedamos en los mejores términos.

«*Y es posible que ella haya terminado casada con un maltratador por mi culpa.*»

—¿Quieres un consejo de alguien que ha estado en esa posición? —Le preguntó Mark.

—¿Cuál posición, idiota? —Se burló su primo—. El hecho de que ahora tengas novia no te convierte en consejero sentimental.

—Quizás no, pero por andar de cobarde casi pierdo a mi chica.

—Victoria no es mi chica, Mark —respondió Joseph—. Ella está casada con alguien más.

—Alguien que la golpea —le recordó a su primo.

—Eso es algo que debe resolver ella, no yo.

A pesar de decir eso, Joseph hizo una nota mental para conversar en privado con su primo Chris sobre Victoria.

\* \* \*

Después de ver a Victoria, Caroline estaba muy alterada. Estaba llena de rabia. Sentía el impulso de correr, de lanzar golpes, de gritar, de desahogarse de alguna manera. Salieron al estacionamiento del hospital, pero ella tenía demasiadas cosas en la cabeza como para manejar.

*«Porque podría terminar pasándole, por accidente, el auto por encima al esposo de Victoria.»*

Mark se ofreció a conducir por ella, pero le pidió un momento para devolverle a Chris las llaves de su carro. Antes de ir a entregarlas, Joseph lo ayudó a sacar la caja con las piezas de la moto y los bocetos que hizo Patricia, la prima de Miguel, y guardar todo en el carro de Caroline.

—No tardo, ¿ok? —Mark la besó en la frente antes de correr hacia el interior del hospital.

Cuando se quedaron solos, Joseph se dijo que era su momento para sacar poco de conversación y confirmar si se trataba de la persona que él pensaba.

—Caroline... —se aclaró la garganta—. Esta amiga tuya... ¿va a estar bien?

—Chris dice que sí, pero es que... —gruñó—, me da tanta rabia. Vicky es una de las personas más geniales que conozco, y ese desgraciado la dejó hecha un cristo.

—¿Aceptó denunciarlo? —quiso saber él.

—Me prometió que lo haría, pero no estoy tan segura de que cumpla —resopló Caroline—. Estaba muerta de miedo, y ella no es de las que se asusta. Es que me provoca matarlo con mis propias manos —resopló.

—¿Qué va a hacer cuando le den de alta?

—No sabe —Caroline sintió ganas de llorar—. Le ofrecí venir a mi casa hasta que decida lo que va a hacer.

Joseph decidió que lo mejor era no seguir preguntando y quedarse con la duda, porque con su curiosidad no estaba ayudando a nadie. Eventualmente descubriría si se trataba de la misma Victoria. Segundos después Chris regresó trotando junto a ellos y Caroline le entregó sus llaves.

Mark abrió la puerta para ella y la ayudó a subir, luego rodeó el carro para subirse al asiento del conductor. Cuando cerró la puerta se dio cuenta de que su primo seguía parado junto al carro con la mirada clavada en sus pies.

—¿Joe? —Lo llamó—. ¿Vienes?

—No... —Joseph se sobresaltó y buscó la voz de su primo con la mirada—. Recordé que tengo que hacer algo antes de pasar por la casa. Tomaré un taxi.

—¿Seguro? —Preguntó Caroline frunciendo el ceño—. Porque podemos llevarte donde necesites.

—Sí, seguro —rechazó la oferta—. De todas formas creo que dejé algo en el consultorio de Chris.

Joseph se despidió de ellos y empezó a caminar en dirección al hospital, entonces Mark encendió el motor.

—Estaba algo raro, ¿no? —comentó Caroline mientras él ponía el auto en marcha.

—El vino así de fábrica —respondió Mark mientras se fijaba en el retrovisor—. Pero yo creo saber lo que le pasa... —dijo—, es que Joseph cree conocer a tu amiga Victoria. Pero no tengo detalles —se apresuró a aclarar cuando vio su expresión.

Caroline negó con la cabeza con el primer esbozo de sonrisa desde que habían llegado al hospital, pero desapareció rápidamente cuando empezó a ojear los dibujos que Mark había guardado en el carro y encontró un número de teléfono junto a un nombre de mujer. Patricia Hinojosa.

*«Esto tiene que ser una maldita broma.»*

Molesta, empezó a considerar si valía la pena o no preguntarle quién era esa mujer, porque no sabía si podía soportar la respuesta que le diera. Quizás Caroline estaba esperando que algo así sucediera desde que desembarcaron, que el pasado de Mark asomara su cabeza para sabotear su relación, porque en honor a la verdad él no le había dado motivos hasta ese momento. Ella lo escuchó al teléfono la noche anterior, hablando con una de esas tantas mujeres que pasaron por su cama, y no la estaba invitando a volver. Pero la posibilidad de que eso pudiera cambiar en un instante hacía que su estómago se retorciera.

*«Estúpida. Eres una estúpida Caroline.»*

Mark lanzó una mirada de reojo en dirección a su chica, y arqueó una ceja cuando vio lo que tenía en las manos.

—¿Vas a preguntar ahora, o esperarás a que lleguemos a tu casa? —preguntó sin quitar su atención de la vía. No había mucho tráfico, pero andaba mucho imprudente al

volante últimamente.

—No sé de qué hablas —Caroline decidió hacerse la tonta.

—Sí que sabes de lo que hablo —Mark tomó la primera salida disponible y se estacionó a un lado de la vía. Apagó el motor del auto y se giró en el asiento para quedar frente a frente. Caroline trató de apartar la mirada, pero él tomó su barbilla con la mano para evitar que lo hiciera.

—Esto no va a funcionar si no hablamos las cosas, ¿ok? —Mark hizo una pausa para organizar sus ideas—. Yo soy consciente de que no tengo el mejor historial, de que soy un bueno para nada que solo sirve para irse de fiesta emborracharse y follar —dijo con amargura—. Sé que tomaste un riesgo al apostar a una relación conmigo, y la mitad del tiempo estoy preguntándome cuándo vas a cambiar de opinión y decir que esto es un error —apartó la mirada un segundo—, pero yo estoy seguro de lo que siento. Siempre lo estuve. Solo que fui demasiado cobarde para ser algo al respecto.

—Yo también estoy segura de lo que siento, pero esto... —Caroline suspiró con cansancio—. A veces es difícil actuar como si no tuvieses un pasado esperando el momento de aparecer.

—Yo no te he pedido que hagas eso —le recordó—. El único que debe encargarse de mantener el pasado en su sitio soy yo. Lo estoy intentando, todos los días —Mark aseguró, y había sinceridad en sus palabras—. Quiero sentir que merezco estar a tu lado.

—¿Y no lo sientes?

—No... pero eso es culpa mía. Yo provoqué eso.

—Mark, no digas eso...

—¿Por qué no? —Se echó hacia atrás en el asiento—. Desde el principio hice todo para apartarte, y ahora no sé cómo mantenerte a mi lado. ¿No es irónico? —empezó a reír, pero no era un sonido divertido, sino uno amargo y triste—. Deja que te lleve a tu casa, Caroline.

Caroline sintió un nudo en la garganta. Miedo. No había dejado de sentirlo en ningún momento. Miedo a que Mark se diera cuenta de que ella era muy poca cosa para mantener su atención. Pero no se dio cuenta de que él también podría estar asustado.

A ella le aterraba que llegara el día en que Mark decidiera que la monogamia y el

compromiso no eran lo suyo, y con sus dudas lo que estaba haciendo era plantarle una idea equivocada a él. La idea de que no merecía amor.

«*Eres de lo peor, Caroline James.*»

Mientras él volvía a poner el carro en marcha, Caroline empezó a jugar con las hojas y se fijó en los diseños. Uno de ellos simulaba el tatuaje con su nombre, pero estaba estampado sobre lo que parecía ser la parte delantera de una moto. Al pie de la imagen estaba una firma. El mismo nombre que acompañaba el número de teléfono.

«*Este era el misterio alrededor de la moto...*»

—Ahora sí quiero preguntar —susurró, desconociendo su propia voz. Solo que en esa ocasión, no sentía miedo de la respuesta.

—¿Qué quieres saber Caroline?

—¿Empezamos de nuevo? —preguntó.

—¿Y hacer como si las últimas semanas no sucedieron? —Sonrió él arqueando una ceja en su dirección—. No lo creo, porque eso significaría que todos los recuerdos que tengo contigo no existirían —Mark se aclaró la garganta—. No soy el tipo más romántico, y ciertamente no soy detallista, pero... espera un minuto... — y volvió a orillarse con el auto, porque esa conversación requería toda su atención—. Como te decía, no soy romántico o detallista, la gran parte del tiempo soy un puto desastre, pero yo te amo, Caroline —tomó su rostro entre las manos, y presionó su frente contra la de ella—. Y habrá días buenos, y habrá días no tan buenos para nosotros, pero siempre haré lo que esté en mis manos para merecer que tú también me ames.

—Yo también te amo, Mark —Caroline arrojó con sus manos las que Mark tenía sobre su cara—. Todo de ti. Cada detalle. Incluso esos que te hacen imperfecto —añadió—. Porque yo no quiero a alguien perfecto. Yo te quiero a ti.

Entonces Mark besó a Caroline con todo lo que tenía. Era un beso desordenado, húmedo, desesperado..., pero cargado de amor y de pasión. Un beso que lo decía todo, y a la vez reservaba promesas de algo más. Minutos después, aunque parecían horas para ellos, se separaron para recobrar el aliento

—No se te olvide eso cuando haga una de las mías y te haga molestar —dijo mordisqueándole el labio antes de voltearse para poner el carro en marcha por segunda vez—. Que es lo más probable, teniendo en cuenta que es de mí de quien hablamos.

—Estoy segura de que no dejarás que se me olvide —bromeó ella sintiéndose más ligera. Aliviada. Segura.

—¿Lo dices por mi encanto y mi arrolladora personalidad? —Mark le mostró su sonrisa más brillante.

—No, lo digo porque no puedes tener la boca cerrada jamás —respondió ella soltando una carcajada cuando él se hizo el ofendido.

—Bromas aparte... —se aclaró la garganta—. Esto entre nosotros iba a pasar en algún momento. Yo estaba seguro de que no iba a poder seguir huyendo de ti.

—¿Y eso por qué lo dices? —preguntó Caroline.

—Porque tú eres como el pecado... —la miró de reojo, sonriendo de medio lado—. Tentadora. Irresistible. Y la carne es débil —se encogió de hombros.

—¿Sí, débil? —la sonrisa calculadora de la pelirroja le avisó a Mark que lo que seguía no sería fácil—. ¿Por qué no averiguamos qué tan débil eres? —arqueó una ceja antes de deslizarse hacia abajo en su asiento, atrapar la cremallera de su pantalón y alzar a mirada para guiñarle un ojo.

*«Lo que dije antes... esta mujer es como el pecado, y yo me iré al infierno. Directo y sin escape.»*

# EPÍLOGO



*Un año después... En Nueva Orleans.*

Había algo particularmente inspirador sobre encontrar la felicidad, aunque Caroline no sabía si era el término correcto. Era más bien balance. Sí, se dijo, había encontrado balance. Su relación con Mark era un trabajo en progreso además de una continua aventura.

Tenían muchas cosas en las que trabajar, pero ponían el corazón en ello. La confianza, un punto tan delicado entre ambos, poco a poco se iba consolidando. La comunicación era mucho más abierta y fluida. Se respetaban y consideraban la opinión del otro.

*«Y el sexo sigue siendo tan espectacular como el primer día.»*

Su relación no se parecía a la de ninguna otra pareja que conociera. Ellos la hacían única. No seguían patrones o expectativas ajenas, solo se disfrutaban el uno al otro. Se amaban el uno al otro. Caroline no tardó en darse cuenta de que eso era lo que faltaba en su hogar mientras crecía. Amor. Que quizás por eso terminó dedicándose a inventar historias que giraran en torno a ese sentimiento que tanta falta le hizo.

Belial y Camille seguían con ella incluso después de un año. La adaptación cinematográfica de uno de sus libros le dio más trabajo del que imaginó, separándola de sus queridos personajes durante algún tiempo. Giras promocionales, asistir a convenciones alrededor del mundo, la promoción de sus libros en otros idiomas..., era una locura, pero Caroline lo había estado disfrutando. Un par de meses antes decidió retomar el manuscrito. Después de rehacer varias páginas, la historia por fin estaba tomando el rumbo que ella quería.

*Camille caminó sintiendo el concreto frío bajo sus pies descalzos. Llevaba un arma. Una espada con intrincados diseños, que era tan ligera como una pluma en*

*sus manos. Recorría un angosto pasillo, guiada solo por las voces de su cabeza, a través de la oscuridad que la envolvía.*

*Tras unos cuantos pasos tuvo que detenerse. La oscuridad se convirtió en luz. Tanta que no podía soportarla. Paredes de fuego se alzaban a su alrededor, acariciando su piel, lamiéndola, invitándola. Y ella acudiría a su encuentro.*

*—Guarda esto por mí —le había dicho Belial, quitándose la cadena que siempre llevaba. La que tenía el dije con forma de alas de ángel—. Volveré. Es una promesa.*

*Ella pensaba hacerle cumplir esa promesa, pensó mientras acariciaba el dije que reposaba contra la piel de su pecho. Entonces jadeó ante la sensación de filosas navajas atravesando su piel, retorciéndose en su carne, marcándola con patrones que le eran desconocidos. El dolor era insoportable, pero no se permitiría llorar.*

*De su cuerpo parecía desprenderse una luz que hacía el fuego retroceder. Era como si Belial estuviera allí con ella, protegiéndola.*

*Todavía tenía el arma en su mano, se recordó, y estaba dispuesta a usarla cuando llegara el momento. Solo tenía que aguardar. El guardián se acercaría. Entonces tendría una oportunidad. Una oportunidad de recuperar lo que había perdido. Porque no se iría sin encontrar lo que había ido a buscar.*

*«Belial.»*

*Él se había cambiado por ella. Había descendido al infierno para asegurar que ella viviera. Pero había sido traicionado, y ella no podía pasar un segundo más sin hacer nada.*

*Asmodeus y Samael estaban muertos. Valac y Tamiel, a regañadientes, la ayudaron a cruzar el umbral del Inframundo, y aguardaban por su señal para devolverla a la tierra. Ambos le explicaron que era una misión peligrosa, pero no podían acompañarla. Tenían que quedarse a vigilar en caso de que Azrael y Lilith dieran problemas.*

*Camille no tenía un plan, estaba improvisando, sin embargo estaba resuelta a llevarlo de vuelta a casa. Con esa idea, hizo a un lado el dolor y siguió marchando. Solo se escucharon sus pasos contra el concreto frío por unos minutos. Luego los vellos de su nuca se levantaron en alerta. Había dejado de estar sola.*

*Camille se giró sobresaltada, solo para encontrar dos rostros que le eran muy*

familiares.

—¿Realmente pensabas que te íbamos a dejar tener toda la diversión? —eran Valac y Tamiel uniéndose a ella en el descenso.

No iba a negar que tener ayuda la hacía sentir aliviada, pero...

—¿Y quién se supone que va a ayudarnos a regresar? —preguntó Camille.

—Sariel regresó hace un momento —respondió Valac—. Ya Lilith no supone un peligro para ninguno de nosotros —explicó—. Y Azrael no se atreverá a atacar mientras estemos contigo aquí. Así que es más seguro si estamos juntos de todas formas.

—Sí, lo que él acaba de decir —dijo Tamiel—. Ahora vamos por el jefe —anunció—. A él nunca le ha gustado demasiado el calor, y estoy seguro que si lo dejamos permanecer más tiempo aquí nos terminará reubicando a todos en Alaska.

Entonces avanzaron los tres. Ni Valac ni Tamiel, dijeron nada sobre la luz desprendiéndose del cuerpo de Camille, aunque a ambos les recordaba un tiempo en el que solían caminar junto a Belial por un pasillo como aquel. La luz de su comandante guiándolos, como ahora lo hacía Camille. Y volverían a estar juntos. O dejarían la vida intentándolo.

Mark entró a la habitación del hotel vistiendo unos pantalones rasgados y una camiseta de rayas. Se quitó sus lentes de sol y los enganchó en el frente de la camiseta, arqueando una ceja y sonriendo de medio lado. Caroline conocía esa expresión. Era la que usaba cuando a ella se le olvidaba algo. Generalmente algo importante.

—¿Cómo va ese capítulo? —fue lo que preguntó, en lugar de apuntar lo que sea que hubiese olvidado.

—Bastante bien, la verdad —respondió encogiéndose de hombros—. Aunque ha terminado convirtiéndose en algo totalmente inesperado.

—Que no te esperabas, ¿dices? —sonrió mientras negaba con la cabeza.

—Sí, es que... —ella arqueó una ceja cuando vio que Mark estaba riéndose de ella—. Olvidé algo importante, ¿verdad?

—¿Importante? Eso depende... —él dio dos pasos en su dirección—. ¿Qué tan importante es llegar a tiempo a tu firma de libros? Porque estoy seguro de que tenías

que estar lista hace más de 20 minutos para salir.

—¡Arrggh! —Gruñó mientras presionaba el control de teclas para guardar los cambios—. Perdí la noción del tiempo, lo siento —hizo un puchero, cerrando el documento para apagar el computador.

—No te disculpes conmigo, no soy yo el que está haciendo fila desde esta mañana para verte —Mark se encogió de hombros—. Joseph y yo pasamos por allí, y déjame decirte, parece fila para un concierto de John Legend.

—Eres un exagerado —Caroline se levantó de la cama, fue hacia él para darle un beso y luego corrió al baño para refrescarse un poco antes de vestirse. No tenía tiempo para un baño.

—No digas que no te lo advertí... —respondió Mark—. Los rumores eran que ibas a aparecer junto a Michael Collins o con el sexy muso de tu última novela —se burló mientras asomaba la cabeza en el baño.

En su última firma de libros en Los Ángeles, Michael Collins había hecho una aparición sorpresa por sugerencia de los ejecutivos del estudio. Había sido parte del marketing de para la película, y sus lectores habían enloquecido. Desde entonces sus eventos eran cada vez más concurridos.

—No sé de dónde sacaron esa idea —se defendió ella.

—Ni yo —Mark le guiñó el ojo antes de ir al armario para sacar un bolso. Empezó a sacar prendas de ropa negra y luego miró por encima del hombro—. Date prisa mujer, que llegarás tarde.

—¿Qué se supone que haces?

—Vestirme para acompañarte, ¿qué parece que estoy haciendo?

—¿Vestido así?

—¿Prefieres que vaya desnudo? —se carcajeó—. No es que a tus lectoras vaya a molestarles.

Ese había sido un tema sobre el que bromeaban muchas veces. Las vívidas descripciones de Caroline sobre el cuerpo desnudo de Mark llenaban muchas páginas de sus libros, y eventualmente las lectoras terminaron sumando uno más uno. Al principio se acercaban con timidez para pedirle fotos en las firmas de libros, pero con el tiempo se volvían más atrevidas. Ahora también le pedían a él que firmara los

ejemplares. Era una locura.

*«No tiene nada que ver que ella coloque fotos mías en Internet diciendo que soy su muso, o como quiera llamarme ahora.»*

Caroline negó con la cabeza antes de entrar en acción. Entonces Mark sacó algo más del morral.

—Tengo algo para ti —le dijo, tendiéndole una bolsa de regalo.

Mark siempre tenía formas curiosas de mostrarle lo importante y especial que ella era para él. Regalos de broma, pequeños detalles sobre su escritorio, notas o una simple taza de café cuando ella no alcanzaba a despegarse del computador para prepararlo por sí misma. Con cada detalle la enamoraba más, porque no eran típicos o cursis. Eran muy Mark, y a ella le encantaba. Estaba segura de que ese regalo no sería diferente.

Sin perder tiempo abrió la bolsa, descubriendo una camiseta negra dentro. La sacó y extendió frente a ella para leer lo que decía.

*Sé un unicornio en un campo lleno de caballos.*

Caroline se mordió el labio y luego se lanzó a sus brazos para agradecerle el detalle con un beso. No tenían tiempo para nada más, por el momento. Después de agradecerle a su chico por el regalo, la escritora se vistió y peinó en tiempo récord. Su nueva camiseta como pieza principal de su *outfit*.

Sin que la sonrisa se le borrara de la cara, se dio una pasada de maquillaje y tomó su cartera. Ya estaba lista para salir.

\* \* \*

El evento de Caroline parecía estar saliendo bien. Era la primera vez que Joseph cedía las instalaciones de su hotel para algo de ese tipo, y la oferta no había sido del todo desinteresada. Llevar a Caroline a Nueva Orleans para una firma de libros significaba que su primo también iría, y por lo tanto podía ayudarlo con algunos asuntos del hotel. Mark siempre lo había asesorado antes de invertir en

remodelaciones, ampliaciones o la compra de nuevas propiedades. Confiaba en su criterio para los negocios. Así que contar con su opinión sobre lo que pensaba hacer era importante.

Ese no era el único interés de Joseph.

La razón fundamental de todo aquel montaje era que, si Caroline acudía a un evento literario en su hotel, su editora también podría hacer una aparición. Y él deseaba volver a ver a Victoria. No estaba seguro si ella acudiría, pero tenía los dedos cruzados. Puede que también haya mentido diciendo que estaría fuera de la ciudad para inclinar un poco las cosas a su favor.

*«En los negocios, y en la vida, uno debe aprovecharse de todas las oportunidades.»*

Las cosas habían cambiado desde que se reencontraron un año atrás. Vicky finalmente había hecho la denuncia por maltrato en contra de su esposo y había interpuesto la demanda de divorcio. Caroline la había ayudado a conseguir un apartamento y luego, cuando se mudó con su primo a un lugar nuevo, le rentó su casa.

Victoria estaba sentando las bases para un nuevo comienzo en su vida, y Joseph quería ser parte de eso. Solo tenía que convencerla.

Sabía que no sería fácil, especialmente considerando su historia. Pero él ya no era el universitario estúpido que no sabía lo que quería en la vida. Él era un hombre adulto que cuando tenía una idea en mente, no descansaba hasta lograr lo que quería.

Joseph no se había burlado de su primo, en todos los años que estuvo enamorado de Caroline y huyendo de sus sentimientos, porque él había hecho lo mismo. Pero que Mark consiguiera quedarse con la chica al final, a pesar de su historia, le había dado esperanza. Él esperaba correr con la misma suerte.

\* \* \*

Victoria volvió a revisar su aspecto frente al espejo. Insegura. Asustada. Nerviosa. Empezar una nueva vida no era fácil, pero al menos tenía su trabajo para distraerla de la vida. Leer. Pulir historias para destacar su belleza. Una belleza que solo encontraba en la ficción, y de la que su vida personal estaba muy lejos.

A veces veía su rostro en el espejo y recordaba las marcas de los golpes. A veces incluso sentía el dolor entumecerle los brazos, las piernas, el estómago. Algunas noches se despertaba con el temor de que él llegaría, borracho como siempre, y encontraría una excusa para atizarle. O no se molestaría con las excusas, al fin y al cabo ¿a quién se las daría?

«¿Alguna vez dejaré de sentir todo eso?»

Ella deseaba que la respuesta a esa pregunta fuera sí. Con el tiempo, quizás. Eso esperaba. Los últimos meses habían sido difíciles. Tenía que recordarse constantemente que él ya no formaba parte de su vida. A veces también tenían que recordárselo a él. Por eso no había dudado cuando la editorial le pidió acompañar a Caroline en el evento de Nueva Orleans. Había aceptado aunque corriera el riesgo de encontrarse con Joseph Laurens.

Volverlo a ver, justo después de salir del hospital tras la golpiza que le había dado su esposo...

—Ex esposo —se recordó.

Fue sorprendente. Él era la última persona que esperaba encontrar en la puerta de la casa de Caroline, con las manos en los bolsillos traseros de su pantalón, y con el arrepentimiento escrito por toda su cara. Como si supiera lo que había pasado y se sintiera responsable. Y tal vez lo era. Ella no habría terminado con Clark si Joseph no se hubiese portado con un idiota con ella. Victoria había estado orbitando a su alrededor, enamorándose con su encanto, su inteligencia...

Y cuando las cosas parecían avanzar entre ellos, él simplemente desapareció de su vida sin dejar rastro.

Ahora había vuelto a aparecer, después de ocho años, casi tan repentinamente como había desaparecido. Todos los sentimientos que creyó sepultados volvieron a asomarse. Pero Victoria ya había sufrido mucho. Clark la había destruido, y dudaba que en ella quedara algo que valiera la pena rescatar. Cuanto más, querer.

\* \* \*

*Dos días después...*

Caroline estaba tecleando furiosamente en el computador una idea que se le había ocurrido a última hora para la parte final de su novela. Tenía que dejarlo todo por escrito antes de tomar el vuelo de regreso a Los Ángeles porque, con la agenda que tenía por el estreno de **Unchained**, dudaba tener oportunidad de hacerlo luego.

En la habitación empezó a escucharse *All of Me* de **John Legend**, y ella tardó en darse cuenta de que lo que sonaba era su celular.

«¿Cuándo cambié el tono de las llamadas?»

El nombre de Mark parpadeaba en la pantalla. Entonces cayó en cuenta de que no fue ella quien cambió el repique, sino él. Sonrió.

—¿Ya estás lista? —le preguntó apenas le atendió—. Porque tenemos menos de media hora para llegar al aeropuerto si no queremos perder el vuelo.

—Pero... —Caroline frunció el ceño—. Nuestro vuelo a Los Ángeles no sale hasta las 10 de la noche.

—Sí, nuestro vuelo desde Las Vegas hacia Los Ángeles —la corrigió él, sorprendiéndola.

—¿Nuestro qué...?

—¿Vuelo? —respondió Mark sonriendo, con el teléfono en la mano mientras entraba a la habitación.

—¿Y por qué vamos a volar a Las Vegas, Mark? —preguntó ella dejando caer el teléfono sobre la cama.

—Vamos a Las Vegas para que puedas darme un regalo —se encogió de hombros—. Siempre soy yo el que te está dando cosas. Así que podríamos cambiar las cosas, para variar.

A él le encantaba sorprenderla. Dejarla sin palabras. Y al parecer su plan estaba funcionando.

—¿Y cuál es regalo que se supone voy a darte?

—Solo dos palabras —dijo Mark, sacando una pequeña caja de su bolsillo, abriéndola lentamente y cayendo frente a Caroline sobre una rodilla—. Solo dos palabras, nena. Ese es el único regalo que necesito.

El anillo que estaba dentro de la caja era perfecto. El diseño era moderno, sin

embargo también era tradicional. Clásico, pero a la vez poco convencional. Era una banda de platino con un diamante corte esmeralda en el centro, y dos diamantes similares, pero más pequeños, a los lados realzando la piedra central.

—¿Qué me dices? —preguntó Mark, regresando a Caroline de vuelta al presente. Pero ella no dijo nada de inmediato. No hasta que se levantó de la cama, corrió hacia él y se lanzó a sus brazos, haciéndolo caer de espaldas. No hasta que no terminó de cubrir su rostro con besos.

—Sí, quiero —respondió.

—Entonces apaga ese computador para que podamos irnos —dijo él antes de darle un beso en los labios. Y ella así lo hizo. Después de responder a ese beso.

**Fin.**

## *Esta es la música que escuché mientras escribía...*



1. *Counting Stars* – **OneRepublic**
2. *Cake by the Ocean* – **DNCE**
3. *On the top of the world* – **Imagine Dragons**
4. *Maps* – **Maroon 5**
5. *Let's hurt tonight* – **OneRepublic**
6. *Pompeii* – **Bastille**
7. *Radioactive* – **Imagine Dragons**
8. *Let her go* – **Passenger**
9. *If not now, when?* – **Incubus**
10. *Secrets* – **OneRepublic**
11. *Shots* – **Imagine Dragons**
12. *Animals* – **Maroon 5**
13. *Problem* – **Ariana Grande Ft. Iggy Azalea**
14. *Demons* – **Imagine Dragons**
15. *All of me* – **John Legend**
16. *Something just like this* – **The Chainsmokers**
17. *In the company of wolves* – **Incubus**
18. *Love runs out* – **OneRepublic**
19. *Friction* – **Imagine Dragons**
20. *Uptown Funk* – **Bruno Mars Ft. Mark Ronson**
21. *Don't wanna know* – **Maroon 5**

Escucha los temas de **#IrrisistibleNovela** en [Spotify](#).

## NOTA DE LA AUTORA



Cuando estaba terminando de escribir esta novela, leí varios artículos de prensa relacionados con la violencia contra la mujer. En algún punto también leí una novela, genial por cierto, titulada **Sueño de Cristal** de una escritora, amiga mía. Su nombre es Marta Sebastián. El personaje de Victoria, cuando lo escribí por primera vez en *Inevitable*, no me decía muchas cosas. Sí, los personajes me hablan, ya ven. Pero leyendo estos artículos que comento al inicio, Victoria me susurró algo al oído.

He tenido la idea de escribir algo sobre el tema en muchas ocasiones. Pero es algo delicado de lo que quise documentarme antes. Hay muchos factores, físicos y emocionales, relacionados con el maltrato. Muchas personas me están echando la mano con la investigación. Profesionales que comentan conmigo el proceso de las víctimas, mujeres que han vivido situaciones de maltrato físico o verbal, y son esas personas justamente, a través de Victoria, quienes contarán una nueva historia: **Inolvidable**.

No tengo fecha tentativa de publicación, por ahora, pero eventualmente empezaré a dar actualizaciones sobre el tema en mis redes sociales. Tengo algunas páginas escritas, y han sido muy fuertes a nivel personal. Siempre he procurado mantener las cosas simples, divertidas y ligeras con mis personajes. Pero un autor siempre debe estar dispuesto a salir de su zona de confort. Un autor debe estar dispuesto a explorar otras cosas. Este es mi reto. Contar la historia de Victoria y de muchísimas mujeres. Espero poder hacerlo de la manera más respetuosa y realista. Pero sobre todas las cosas, espero darles un “*felices por siempre*” a todas ellas, porque se lo merecen. Aunque a veces no lo crean así.

# AGRADECIMIENTOS



*«Aquí estamos otra vez...»*

Hace poco más de dos años se publicó *Inevitable*, la novela donde leyeron por primera vez sobre Mark y Caroline. Ellos aparecieron en aquella historia, (no tan) tímidamente, acompañando a los protagonistas en un viaje que les permitió encontrar confianza, inspiración y amor, por supuesto. Ellos tenían voces muy fuertes, me temo, y en algún momento reclamaron contar su versión de lo que pasaba, pero pasaron cosas, la vida se interpuso y la oportunidad no llegó sino hasta ahora.

Muchas cosas han cambiado, para ellos y para mí. El manuscrito cambió de forma, desapareció y volvió a aparecer. La novela se estancaba, pero entonces empezó a fluir. Así, sin más. Había llegado el momento de prestarle mis dedos a Caroline y Mark para que nos hablaran de su romance, para que nos revelaran sus secretos y pudiéramos descubrir si estos chicos consiguen sus felices por siempre.

Escribir esta parte no siempre es fácil. No porque no me sienta agradecida, al contrario, sino que mencionar personas y expresar lo importantes que son para mí como autora, o para mi novela, es una responsabilidad. No quisiera ofender a nadie dejando nombres por fuera, así que... si eso sucede, me disculpo de antemano.

En primer lugar agradezco a mi familia, por ser mi motor y mi punto de apoyo. Este año no ha sido fácil para nosotros, sin embargo aquí estamos. Fuertes contra el viento. Luchando, soñando, creciendo, amando. Gracias por el ejemplo y por la confianza. Por todo. Gracias. Siempre.

Hubo gente que apostó a esta pareja desde el principio, aunque yo estuviera renuente a regresar a Los Ángeles o a ese crucero por El Caribe para recordarles. Gente que siempre preguntaba por ellos, y que prácticamente los arrastró fuera de esa gaveta donde los tenía guardados. A Licoa, Erika, Caro Castellaro, Emi Gómez, y todas las abogadas de Mark, muchas gracias por quererlo. Ustedes tienen razón. Los chicos como él también merecen amor.

Mi agradecimiento a Cecilia Pérez y sus Divinas Lectoras por el cariño hacia Inevitable, por apoyar Simplemente Perfecta, y por estar allí para mí.

A Ceci, mi cuñada, muchas gracias por prestarme tus ojos de vez en cuando, por tus sugerencias para que mi chico se viera mejor y por acompañarme en este viaje. Nos merecemos otra rosa de 5 sabores solo por llevar todo esto hasta el final.

A Patricia Hinojosa, mi Pati, por su fe en mi trabajo, por conseguir el rostro perfecto para Mark y por sus palabras de ánimo. Gracias por compartir tu talento conmigo y darle color a mis letras.

A los blogueros que me han acompañado a lo largo del camino, a los amigos y colegas escritores, a cada miembro de esta comunidad literaria que me ha brindado su apoyo y su cariño. Por mostrarme que no existen distancias ni limitaciones. Por enseñarme que las historias se sueñan, pero también se viven. Gracias por eso.

A ustedes, que compran mis libros y apoyan mi trabajo, no hay palabras que expresen lo agradecida que estoy con ustedes. Son la razón para que siga sentándome frente al computador a soñar. Gracias por dejarme hacerlo y por darle un lugar en su corazón a mis novelas.

## SOBRE MIRIAM MEZA



Miriam Meza es una escritora venezolana, nacida en Maracay. Se graduó como Ingeniero en Informática, pero ha estado enamorada de las letras y la música desde temprana edad.

Sus historias combinan el humor y el romance, un claro ejemplo de ello es **Miss Fatality** (publicada por **Ediciones Tagus**), gracias a la que logró conectar con seguidores de la novela romántica. Sin embargo le gusta experimentar un poco con la fantasía urbana y el New Adult.

Miriam es fanática de las redes sociales y dedica mucho tiempo a sus lectores a través de Twitter y Facebook. También suele colaborar con el sitio de reseñas Bukus, más recientemente con la revista Escribe Romántica, y cuelga periódicamente algún dato sobre sus lecturas, obras o la música que escucha en su propio blog.

Más información sobre ella en su: [Facebook](#) | [Twitter](#) | [Instagram](#) | [Website](#)